



Mónica Maier

MALDITAS

PALABRAS DE AMOR



Copyright

EDICIONES KIWI, 2019
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, octubre 2019

© 2019 Mónica Maier
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)
[Nota del Editor](#)
[UNO](#)
[DOS](#)
[TRES](#)
[CUATRO](#)
[CINCO](#)
[SEIS](#)
[SIETE](#)
[OCHO](#)
[NUEVE](#)
[DIEZ](#)
[ONCE](#)
[DOCE](#)
[TRECE](#)
[CATORCE](#)
[QUINCE](#)
[DIECISÉIS](#)
[DIECISIETE](#)
[DIECIOCHO](#)
[DIECINUEVE](#)
[VEINTE](#)
[VEINTIUNO](#)
[VEINTIDÓS](#)
[VEINTITRÉS](#)
[VEINTICUATRO](#)
[VEINTICINCO](#)
[EPÍLOGO](#)
[Agradecimientos](#)

Para Julio y Diego.

*Quando no tengas donde ir
solo vete donde de más miedo.
Las cosas que no puedes cambiar
son las mismas que acaban cambiándote luego.
Te echo de menos, de Beret.*

Me pregunto una y otra vez qué nos ha pasado. Cuándo dejamos de ser nosotros y nos convertimos en dos extraños. Amor, tenemos que hablar, con calma, mirándonos a los ojos. Tus ojos. Hoy no los he reconocido. Me pregunto a quién ves tú cuando miras a los míos. Te espero en casa, por favor, cariño, ven... por favor. Te quiero

UNO

Si cierro los ojos todavía puedo verme allí, parada en medio del Starbucks con la taza quemándome las yemas de los dedos y la mirada clavada en la acera de enfrente. Quise girar la cabeza, salir corriendo, borrarlo todo, pero no lo logré; estaba paralizada. Era como mirar un accidente, sabes que no debes hacerlo y, aun así, no lo puedes evitar. En realidad, me sentía igual que si hubiese sido víctima de uno. Los órganos vapuleados, el cerebro confundido, el miedo que lo llena todo. Mientras, ellos se besaban ajenos al estruendo de metal doblándose y cristales rotos.

Los había visto detenerse junto al semáforo. Caminaban agarrados de la mano como cualquier pareja. Me fijé primero en ella. Rubia. Menuda. Con el aire soñador que otorga el amor recién estrenado. Eso fue lo que me llamó la atención. No, no había nada más reconocible en ella para mí. En él sí. Sentí una náusea y, a duras penas, logré no doblarme por la mitad. Él la atrajo hacia su cuerpo y le besó el cabello con ternura. Ella se giró y le rodeó el cuello con los brazos, le acarició la nuca con dedos delicados. Él colocó las manos en su cintura. Se sonrieron con complicidad. Se besaron. El semáforo cambió a color verde para los peatones y entrelazaron de nuevo sus dedos. Pasaron de largo, indiferentes a nada que no fuesen ellos dos, sin escuchar el fragor de mi mundo al romperse en pedazos.

No recuerdo dónde dejé el café o cómo llegué hasta el coche. Si las aceras estaban llenas o me detuve en algún paso de peatones. Las calles podrían haberse abierto ante mis narices y no hubiera quedado registrado en mi memoria. Solo recuerdo la sensación de las lágrimas que me ahogaban mientras trataba de mantenerme a flote aferrada al volante, amparada por la oscuridad de un aparcamiento silencioso. Tan silencioso como la casa que me recibió. Miré a mi alrededor y la sentí hostil. Donde unas horas antes veía muestras de amor compartido, en ese momento solo encontraba vergüenza, mentira. Me habían expulsado del paraíso de una patada sin necesidad de que mordiese la manzana.

La ira tomó el mando y fue ahí cuando entendí una frase muy manida que dice que del amor al odio hay solo un paso. Porque juro que lo odié. Odié cada sonrisa, caricia y beso dado. Cada pensamiento, fracción de tiempo o energía que le dediqué. La soberbia del que se cree con derecho a cultivar para luego prenderlo todo en llamas, sin importarle las cicatrices que dejará el fuego a su paso.

Cuando Marco llegó a casa, yo ya tenía la maleta hecha. No sé si fue la sorpresa de verse descubierto o un último atisbo de decencia frente a lo que habíamos compartido durante cinco años, pero no tuvo el valor de negarlo. Él, que siempre tenía la palabra adecuada, se sentó a los pies de la cama en silencio. Nuestra cama. El primer mueble que compramos. El único que nos pareció imprescindible. Tres días atrás habíamos hecho el amor en esa misma cama. Sentí rabia, asco y pena. Esa fue nuestra despedida. Sin palabras. El ambiente cargado de las emociones que se escapaban de los ojos y la piel para ir a estrellarse contra el suelo.

Las tres semanas siguientes las pasé de okupa en casa de mis padres, en mi antigua habitación, entre el desconcierto, la incredulidad y la tristeza o, más bien, sumida en un remolino de las tres. Cuando me marché cuatro años atrás, nunca pensé que regresaría con el corazón y la dignidad

hechos pedazos. Y a pesar de que me acogieron con los brazos abiertos y toneladas de cariño y pañuelos de papel, no dejé de sentir que daba pasos hacia atrás, que no me encontraba en el lugar correcto. Necesitaba distancia. De Marco. De mí. De todos los lugares comunes que me recordaban lo que ya no éramos. Buscar perspectiva. Necesitaba poder caminar por la calle sin el temor continuo a encontrármelos al doblar una esquina. Un lugar donde la rabia no me acosase en cada acera. Donde nadie me conociese y pudiera enfrentarme a todo lo que estaba ocurriendo sin simular una fortaleza que en ese momento no poseía. Donde pudiera llorar, patear y hasta gritar, si lo necesitaba, sin preocupar a las personas que me quieren y sufren con mi dolor.

Todo eso es lo que me ha traído aquí, a cruzar hasta el otro extremo del mapa. Al lugar más lejano que he encontrado de las brasas que todavía escuecen en la piel. Siempre he estado orgullosa de mi ascendencia madrileña, pero hoy echo de menos el no haber tenido pueblo. Un lugar con sabor a infancia y aromas propios —me imagino el de la chimenea y las galletas recién horneadas— donde refugiarme hasta que decida qué quiero hacer con los restos del naufragio y, sobre todo, me refiero a las cosas materiales que Marco y yo compartíamos en nuestra vida común como el alquiler del piso, la cuenta bancaria y la reserva de las vacaciones en Grecia para el próximo verano. De lo sentimental poco se puede salvar ya. O eso me digo. Aunque me temo que por muy traicionado que se sienta uno, borrar de golpe ciertos sentimientos no es posible. El corazón siempre atiende a sus propias razones.

Un atisbo de color viaja desde el rabillo del ojo a mi atestado cerebro. Resulta curioso cómo, incluso cuando tu vida se cae a pedazos, el mundo real siempre se las apaña para abrirse paso a codazos. La luz encendida del testigo de la reserva me lo recuerda. No sé cuánto tiempo lleva así. La pantalla marca que puedo recorrer veinte kilómetros. Me froto los ojos. Este descontrol, en el que me muevo de puntillas desde hace semanas, no es propio de mí e incrementa una desagradable sensación de ir a la deriva que no recuerdo haber sentido nunca antes.

No me encuentro en una carretera perdida donde no pasa un alma y la cobertura de móvil sea una simple fantasía y, con todo y con eso, empieza a agobiarme el no ver cerca el cartel de ninguna gasolinera. Cantamañanas, idiota, patán, majadero. Insulto a Marco. Más de una vez y de todas las formas que se me ocurren. Los adjetivos empiezan a escasear; se está convirtiendo en una costumbre. Sé que no soluciona, pero sirve de desahogo. Y ya que él es el culpable de toda esta situación, me parece lo más justo.

En el horizonte, el asfalto se extiende en una línea recta sin final y contengo las ganas de pisar el acelerador a fondo. Quedarme tirada en una carretera desconocida sería la guinda del pastel que coronaría este desastre de día que ha empezado con un chorro helado sobre mi cabeza llena de champú, cuando se ha acabado el agua del termo, del que no he podido reponerme porque no quedaba ni una gota de café en la cafetera y mucho menos en la despensa.

Recorro los siguientes kilómetros despacio, siempre pendiente de la pantalla. Me resultan interminables. Tanto que se me escapa una risita un poco histérica al distinguir a lo lejos la señal con el inequívoco surtidor negro dibujado sobre fondo blanco. Indica una distancia de dos kilómetros. Miro de reojo la aguja del combustible que cabecea peligrosamente a la izquierda. En la pantalla se lee NECESARIO REPOSTAR y juro que nunca en la vida había visto ese mensaje. Mis palmas se humedecen contra el volante. Y no solo las palmas. Sudo cada metro que avanzo como si lo estuviese recorriendo a pie con el coche a cuestas. Meapilas, canalla, lechuguino, mequetrefe.

El contorno del techado que cobija los surtidores consigue que vuelva a respirar con normalidad. Activo el intermitente derecho y recorro los últimos cien metros con una sonrisa victoriosa que se refleja en el retrovisor. No me considero supersticiosa, pero esta tendencia al desastre empezaba a parecerme una sutil señal que me advertía del resultado de este viaje tan poco propio de mí. Yo que no suelo dejar nada a la improvisación he alquilado una casa, que no he visto más que por fotografías, en un pueblo, vete tú a saber dónde, y me he venido con solo una maleta y una determinación suicida.

Detengo el coche a la altura del primer surtidor del lado derecho y me bajo. Como no llevo dinero en efectivo, el cajero automático no funcionaba —a estas alturas tengo muy claro que mi relación con Murphy no está pasando por su mejor momento—, me dirijo al interior de la gasolinera para pagar antes de repostar, no quiero tentar a la suerte o a la falta de ella.

Le indico al empleado que me cobre cincuenta euros de diésel y le entrego la tarjeta de crédito. Mientras el hombre trastea con el ordenador, bailoteo inquieta sin quitar los ojos de sus manos, y aguanto la respiración al teclear el código pin. Cuando me indica que ya puedo retirar la tarjeta, le regalo mi sonrisa más luminosa. El hombre me mira raro, creo que piensa que no estoy muy cuerda. Me da igual mientras no suceda ningún contratiempo más.

Pero, al parecer, he cantado victoria demasiado rápido y mis deseos no van a ser atendidos por el momento, porque la sonrisa se me borra en cuanto atravieso la puerta y veo el enorme paragolpes de un todo terreno pegado a mi maletero. Tardo un segundo en reaccionar y salir disparada hacia él.

A medida que me acerco y la distancia disminuye, mi enfado, el que lleva días cocinándose a fuego lento en mi interior, aumenta. No ayuda que el conductor se encuentre sentado tras el volante absorto en la pantalla de su móvil y casi ni pestañee cuando aporreo su cristal ni tampoco que se limite a levantar la vista y observarme a través de la ventanilla, durante los segundos suficientes para dejar de ser educado, antes de decidirse a bajarla. Cuando por fin lo hace, me siento como una olla de vapor a punto de explotar.

—Disculpa, por si no te has dado cuenta tu coche está embistiendo al mío.

Por respuesta solo recibo un parpadeo y un leve arqueado de cejas.

—¿Es que estás sordo? El coche. Tienes que moverlo. —De forma inconsciente la puntera de mi zapatilla ha comenzado a marcar un ritmo sordo en el suelo.

Como si le costase la vida misma, el tipo mira hacia mi coche y luego a mí de nuevo. ¿Es que hablo en chino? Entre la neblina del enfado, un destello de lucidez se abre paso en mi cabeza. Mirándolo bien, chino no sé, pero español puede que tampoco entienda si tengo en cuenta el pelo rubio y los ojos azules, casi transparentes, que no dejan de observarme. ¿Será alemán? Con mi suerte, seguro. Un guiri en busca del sol de la Costa Brava. Mierda. Cierro los ojos, suspiro y trato de esbozar algo parecido a una sonrisa.

—*Do you speak english?*

Tras un segundo sus labios se estiran en una sonrisa que me pilla por sorpresa. Y menuda sonrisa. Casi me hace olvidar por un momento que ha golpeado mi coche.

—La verdad es que se me da mejor el español —me responde en un perfecto castellano que me indica que de alemán solo tiene la apariencia.

Los acontecimientos del día se suman unos con otros y hago un esfuerzo por contener la bola de fuego que me sube por la garganta.

—Mueve tu coche. Ya.

—No...

—O lo quitas ahora mismo o llamo a la policía —siseo mientras le taladro con los ojos. Si las miradas matasen supongo que habría caído fulminado a mis pies.

Me encuentro a punto de arder por combustión espontánea cuando mi amenaza parece convencerlo. Con un soplido resignado gira la llave, pone la marcha atrás y se separa. ¡Dos palmos! Estupendo.

Me acerco para decirle bien alto y con todas las letras lo que opino de él, cuando veo que mi coche se desplaza muy despacio hacia atrás hasta topar de nuevo con el suyo. Sin pensar, salgo corriendo, me abalanzo sobre la puerta y tiro del freno de mano.

Todavía derrumbada sobre el asiento con la respiración acelerada, escucho ponerse en marcha el motor del todo terreno. Suspiro y observo con disimulo por el espejo retrovisor cómo se aleja, y rezo en silencio a todos los santos que recuerdo para que siga su camino. Por supuesto, no lo hace. Se detiene a un par de metros de distancia y la puerta del conductor se abre de nuevo.

Si el bochorno fuese manchas me hubiera convertido en un dalmata en este mismo instante. Y puestos a elegir, hubiera dado cualquier cosa por que fuese de peluche. Al menos, así no tendría que enfrentarme a la mirada que noto como unos dedos helados sobre mi nuca.

El silencio se estira y se vuelve pegajoso como un algodón de azúcar chupado mientras yo permanezco muy quieta con la esperanza de que el falso guiri me deje por imposible y escuche sus pasos alejarse, pero nada, solo se escucha el trinar de un pájaro. Antes de traspasar el límite del ridículo absoluto me incorporo y salgo del coche. Como me temía, me está observando y, a pesar de mi metro sesenta y ocho, me siento muy pequeñita bajo el escrutinio de sus pupilas. Sin embargo, saco fuerza de flaqueza, rescato el último rastro de mi dignidad y consigo sostenerle la mirada.

—Supongo que debería darte las gracias. —Y quizá también disculparme, pero su expresión burlona provoca que las palabras se me queden atascadas en la garganta.

—Eso sería un buen comienzo.

Nos quedamos callados. Su mirada es demasiado directa y siento que invade mi espacio personal. Pasan los segundos y, al final, soy yo la que se da por vencida y baja los ojos.

—Esto... ¿gracias?

—De nada. —Se muerde el labio inferior en un intento de ocultar su sonrisa, pero no se mueve y continúa observándome.

Me gustaría saber por qué me estudia de esa manera y ya de paso darle un bofetón que le borre esa expresión de listillo, pero lo que hago es inspirar con fuerza.

—Bueno, pues si esto es todo, yo me voy ya.

—Vas a tener que dar parte a tu seguro.

Su voz grave detiene mi huida. Me giro muy despacio, miro su paraguas impoluto y la mala leche que me lleva rondando todo el día, por fin, encuentra una vía de escape.

—¡Venga, hombre, estás de coña! Si solo tienes una rayita que seguro que no te he hecho yo.

—No lo digo por mi coche —responde sin inmutarse y señala a mi espalda con un gesto de la cabeza.

Sigo la dirección con la mirada y encuentro un desconchón con la forma de Italia en la pintura de mi maletero. La situación empieza a ser surrealista. Y bochornosa, muy bochornosa. Aunque a

estas alturas mi maltrecha dignidad ya es lo de menos y lo único que quiero es llegar a la casa, meterme en una bañera a rebosar de agua caliente con una botella de vino y olvidarme de este día y de todos los anteriores. Mameluco, soplagaitas, tarugo, zopenco. Y esta vez la retahíla no va dedicada solo a Marco.

—Vale. Mejor lo solucionamos cuanto antes —digo resuelta y vuelvo a sumergirme en el interior de mi vehículo. Abro la guantera y solo encuentro un paquete de pañuelos de papel, un bote de colonia, una agenda con un logotipo de publicidad y ni rastro de los papeles del seguro. Revuelvo un poco más, sin éxito, antes de darme por vencida, abro la agenda y garabateo en una de las hojas la marca y matrícula del coche, la compañía de seguros en la que tengo la póliza, mi nombre y mi teléfono. El falso guiri no se ha movido ni un milímetro, así que me estiro y se lo tiendo—. Toma son mis datos. Por si quieres arreglar el arañazo —digo con chulería.

Coge el pedazo de papel y se lo guarda en el bolsillo trasero de los pantalones vaqueros sin mirarlo. Mientras yo meto la llave en el contacto se inclina sobre el coche.

—¿No quieres los míos?

Ni siquiera lo miro.

—No, gracias —le respondo con una sonrisa exageradamente empalagosa que estoy segura de que mis ojos contradicen, cierro la puerta y arranco. Según me alejo, levanto la mano a modo de despedida y piso el acelerador todo lo que la seguridad me permite para largarme cuanto antes de esa gasolinera y de la extraña incomodidad que me provocan el tipo del todoterreno y su mirada.

DOS

Diez minutos después, una casa de piedra marrón de dos alturas se alza frente a mí. La estudio a través del parabrisas. El portón de madera bajo el arco de medio punto y los balcones enrejados le dan el aspecto de una fortaleza en miniatura. Inspiro con fuerza y suelto las manos del volante al que vuelvo a estar agarrada como si fuese la única cosa fiable que, hoy por hoy, puede mantenerme anclada y en pie en este mundo.

Es mediodía y la calle, que más bien parece un callejón por lo estrecho y empinado, se encuentra desierta. Me sorprende la quietud. Nunca había experimentado un silencio igual en un lugar habitado, tiene tanta presencia que resulta un elemento más del paisaje. Lo curioso es que no resulta tétrico o descorazonador. Posee un componente acogedor, cálido, que te abraza y te hace sentir en calma. Sonrío de verdad por primera vez desde que me monté en el coche ocho horas atrás.

Recojo el sobre que descansa sobre el asiento del copiloto y saco el juego de llaves que sé que guarda en su interior junto con unas instrucciones detalladas de cómo llegar hasta la casa —que no he necesitado consultar porque a fuerza de leerlas de forma compulsiva en estos últimos días he terminado memorizándolas—. Escojo la única que es de hierro y la introduzco en la cerradura de la cancela donde, para mi sorpresa y a pesar de su apariencia tosca, gira con suavidad.

En el interior reina la misma quietud que en el exterior. La luz del sol entra libre sin la barrera de las contraventanas y baña la estancia. Giro sobre mis pies. De primeras, lo que veo me gusta más de lo que esperaba. Las fotografías del anuncio del portal inmobiliario no le hacen justicia. Los muros son gruesos y los espacios amplios, y está decorada con mucho gusto en un estilo rústico, pero confortable. Me asomo por la puerta de la cocina y ahogo una carcajada. El sol ilumina un patio de piedra. Un árbol enorme destaca en el centro y sus ramas dan resguardo a una preciosa mesa de madera. Si en su momento el precio me pareció demasiado bajo, ahora me resulta ridículo, casi un regalo. Me imagino en la butaca con un libro en el regazo y un café sobre la mesa, y algo del peso que me aplasta se aligera.

Vuelvo al exterior y me monto en el coche. Busco de nuevo dentro del sobre hasta dar con un pequeño mando y pulso el botón izquierdo. El portón del garaje asciende con un ritmo lento. Giro la llave en el contacto y acelero despacio hasta adentrarme en mi nuevo y particular universo. El refugio que espero que me mantenga entera y a salvo hasta que la tormenta amaine y mi mundo deje de dar vueltas de campana.

Como quiero situarme lo antes posible, empleo las primeras horas que paso en la casa en colocar el equipaje y familiarizarme con cada rincón. Resulta una aventura con sabor agrídulce porque el placer del descubrimiento se ve empañado por esta amalgama de emociones negativas que me he traído en la maleta junto con la ropa y cubren un amplio abanico, que va desde la pena hasta la rabia. Emociones que se agitan con cada prenda que coloco en un nuevo cajón o armario que no es el mío, el de mi casa de Madrid, la que ya nunca me pertenecerá junto con mi antigua vida.

Cuando termino de instalarme, regreso a la cocina a por un vaso de agua. Mientras me lo bebo apoyada en la encimera, mis ojos vagan por la estancia. Me fijo en la mesa de madera

maciza, en las ventanas con cuarterones, en cómo combinan el suelo de piedra con dibujos florales y la pila de mármol, claramente restaurados, con las líneas *vintage* de la nevera Smeg. Detengo mi inspección, miro con más atención la puerta del frigorífico y descubro un papel sujeto con un imán que hasta ahora me ha pasado desapercibido.

Bienvenida, Eva:

Espero que las indicaciones que te envié te fueran de ayuda y hayas llegado sin contratiempos. Te pido disculpas de nuevo por no haber ido a recibirte, pero, como ya te dije, la persona que me ayuda en el horno está convaleciente y nadie ha podido sustituirme. Te he hecho un pequeño plano por si te animas a pasar por aquí. No tiene pérdida, está en el centro del pueblo, solo tienes que seguir la guía que te proporciona la torre del Homenaje. Es el edificio más alto del pueblo y se ve desde cualquier punto. Estaré encantada de resolverte las dudas que tengas. Puedo recomendarte el mejor restaurante (ya te adelanto que solo tenemos uno) o dónde comprar las mejores verduras. Como de los dulces me encargo yo, te he dejado una muestra en la despensa, ya juzgarás tú si son los mejores o no.

Para cualquier cosa que necesites, sabes dónde encontrarme. Feliz estancia.

Un abrazo,
Olivia.

Con una sonrisa sorprendida coloco el papel de nuevo bajo el imán y me dirijo a la despensa. Abro la puerta y un aroma dulce y delicioso me envuelve. La nota y el regalo inesperado avivan mi curiosidad por conocer a Olivia; no hemos tenido ninguna forma de comunicación aparte de los varios correos electrónicos que hemos cruzado en las últimas semanas y ahora me gustaría ponerle cara.

A pesar de que el sol brilla en el cielo, la temperatura no debe sobrepasar los quince grados. Me ajusto el pañuelo que llevo en el cuello y me cierro el abrigo. Las calles continúan desiertas y doy vueltas a la absurda idea de ser la única habitante en un pueblo fantasma y las posibilidades que eso me proporcionaría. Callejeo mientras camino despacio sobre el pavimento empedrado con el mapa de Olivia en el bolsillo por si necesito orientarme y siempre con las almenas de la torre del Homenaje en el horizonte. Paso bajo varios arcos. Me siento como Alicia cuando cae por la madriguera. Pierdo la torre de vista por un momento, giro a la derecha en la siguiente esquina que encuentro y desemboco en una preciosa y diminuta plaza porticada que me deja sin aliento. Al fondo, distingo un cartel con la palabra HORNO y me encamino hacia allí.

Una voz, que podría estar hecha de los mismos aromas que te envuelven nada más traspasar el umbral, me pide desde algún lugar detrás de la pared que espere un momento. No contesto. Me limito a seguir sus instrucciones y permanecer de pie junto al mostrador mientras admiro el surtido

de dulces que se alinea tras las vitrinas.

—Perdona, ya estoy contigo. Tenía que sacar la bandeja de suizos o hubieran servido de carbón para los Reyes Magos. —Me lo dice una chica pelirroja que se limpia las manos en un paño que cuelga del cinturón de su delantal. Tiene el rostro tan sonrojado que las pecas que salpican su cara apenas se distinguen—. Eres Eva, ¿verdad? —Esboza una sonrisa enorme—. Sí, tienes que ser tú. Eres igualita a como te había imaginado.

Ella no se parece en absoluto a la imagen mental que me había creado, pero no se lo digo. Esperaba a una chica menuda, rubia, de piel blanca, delicada, y no a una amazona de casi metro ochenta con aire de sentirse a gusto en su propia piel. Ese rasgo es algo que se nota, se intuye, y que siempre he envidiado. El aplomo, la seguridad de no necesitar la aprobación de los demás. Nunca me he considerado una persona insegura, sin embargo, ahora me siento así en muchos aspectos. Y no solo insegura, también débil e incorrecta. Vivimos en la época del «me elijo a mí». Escuchamos cien veces al día que la felicidad empieza por uno mismo. Y no es que yo no me quiera, sino que muchas veces nos convertimos en un reflejo de lo que ven los ojos de otro, tanto para lo bueno como para lo malo. Y aunque sé que no fue culpa mía, él tomó la decisión, la infidelidad de Marco ha sacado a la luz mi parte más vulnerable. Los ojos de Marco, aunque yo no quiera, me definen.

—Gracias. Supongo.

Su risa suave es contagiosa. Me mira con una curiosidad que no se molesta en disimular y me pregunto si debería caerme aunque fuera un poco mal. Imposible. Con los bollos, la nota de bienvenida y su sonrisa ya me ha ganado.

—Y bien, ¿has pasado ya por la casa?

—Sí. —Y al decirlo mi sonrisa se ensancha—. Me encanta. Es mucho más bonita que en las fotos.

—Tendrías que haberla visto hace unos años. Estuvo mucho tiempo deshabitada y por dentro se encontraba casi en ruinas. Todo, menos los muros exteriores, es nuevo.

—Quién lo diría. Tiene ese aire de las cosas con solera.

—Es una de las virtudes de Bruno. Hace magia con las cosas que parecen irrecuperables.

Ante mi mirada interrogante, procede a explicarse.

—Es el propietario de la casa. Yo solo le hago un favor al ocuparme del alquiler. Me imagino que no tardarás en conocerlo, como casi al resto del pueblo. Este sitio no es lo suficientemente grande para que no te cruces con todos los que vivimos en él durante los próximos días. A no ser que hayas venido de retiro espiritual o seas una ermitaña moderna... —Deja la frase en el aire y me mira con atención.

Supongo que tiene motivos para sentir curiosidad. No creo que sea muy habitual que una persona sola alquile una casa y se mude en apenas dos semanas, fuera de temporada vacacional y sin una fecha prevista de finalización del contrato.

—No exactamente. Es una historia aburrida y bastante común, me temo.

Apoya la cadera en el mostrador.

—Cualquier cosa que no tenga nada que ver con lo que sucede en quince kilómetros a la redonda me parecerá apasionante, créeme. Si algún día te apetece charlar delante de una taza de café o, en caso extremo, de una botella de ron sabes dónde encontrarme. Y si no estoy aquí solo tienes que girar la esquina y llamar al timbre. Vivo arriba.

Me sonríe y yo le devuelvo mi sonrisa más sincera. La conozco desde hace cinco minutos, pero ya sospecho que pronto aceptaré ese café.

TRES

Cuando todas las certezas que tienes acerca de tu vida desaparecen de un plumazo empiezas a moverte en una especie de limbo. O, al menos, así lo siento. Me encuentro en un lugar desconocido y no me reconozco en lo que fui ni tampoco tengo idea de hacia dónde voy. Me limito a levantarme cada mañana y ver qué me depara el nuevo día. También a lidiar con mis sentimientos. Como ya he dicho, he traído demasiadas cosas de mi vida anterior en la maleta.

Lo cierto es que, acostumbrada al ritmo frenético de la ciudad, la quietud que se respira en el pueblo no ayuda demasiado a evadirse. En los días que llevo aquí las emociones han resultado escasas. El lugar es tan tranquilo como parece. Un puñado de casas repartidas entre cuatro calles principales que desembocan en la plaza. Por lo que he averiguado, en verano la mayoría de las viviendas están llenas, las familias vuelven de la ciudad y también algunos turistas que buscan la tranquilidad y el encanto de la zona terminan desembarcando aquí. Ahora el panorama es bastante diferente.

El sol luce sereno e imperturbable en un cielo azul sin rastro de nubes. Recorro las calles adoquinadas y me adentro en el pueblo. Zigzagueo por paseos y callejones sin cruzarme con nadie ni preocuparme demasiado de la dirección de mis pasos, no parece posible perderse. Noto las mejillas calientes. El viento me silba suave en los oídos y entremezcla mis mechones. Es reconfortante sentir el aire fresco después de tres días en los que no he salido de entre los muros de la casa, pasando casi del sofá a la cama con la cabeza a mil por hora y sin avanzar. Porque sigo igual de enfadada, sin entender nada de lo que ha pasado y sin verme capaz de tomar decisiones. No es cierto. He tomado una. He decidido que pensar está sobrevalorado y enfocar mi estancia aquí como un tiempo para mí. Para desconectar y serenarme. Necesito ser egoísta y no preocuparme por nada que no sea yo misma. Necesito recuperar el control.

Y si Marco tiene prisa por cambiar el alquiler o cancelar las vacaciones va a tener que esperar. A la fuerza. Porque aunque resulte difícil de creer que exista un solo rincón habitado en España sin cobertura, este parece ser uno de los pocos afortunados. Y casi lo agradezco. De esta manera, no hay expectativas de llamadas que puede que nunca llegasen ni tentaciones que vencer. Solo añadido el «casi» porque tampoco hay internet y el correo electrónico es la única manera de mantenerme en contacto y al día con mi trabajo.

El olor a café flota en el ambiente cuando paso por delante de la puerta del único bar que hay en el pueblo. La televisión está encendida y el sonido de una de esas tertulias matutinas llega hasta la calle. A esta hora hay poca gente. Solo una mesa con cuatro parroquianos jugando al dominó que levantan la cabeza al verme pasar. Sigo mi camino, consciente de su escrutinio. No los culpo. Imagino que en un pueblo pequeño la presencia de un extraño debe generar cierta expectación.

Olivia está colocando unas bandejas en el expositor cuando entro en la panadería. Me sonrío y hace una mueca.

—Buenos días. Dichosos los ojos. Creí que habías dicho que no eras una ermitaña.

Suspiro y me apoyo contra el mostrador.

—Necesitaba tiempo a solas. Para organizarme y ordenar un poco las ideas.

—¿Y cómo lo llevas con eso? —pregunta divertida.

—Fatal. Pensar está muy sobrevalorado.

—Ves, ahí te doy la razón. Es un error muy común creer que por darle vueltas una y otra vez a un mismo asunto lo vamos a ver más claro. Pero, por experiencia, te puedo decir que la mejor manera de aclararse es cambiar de perspectiva y hacer cosas diferentes. Y cuando menos lo esperes la respuesta aparecerá ante tus ojos. Encerrada a solas con tus pensamientos lo único que vas a conseguir es un dolor de cabeza.

Lo que dice tiene sentido. La miro con curiosidad.

—Te lo cuento el viernes en el bar delante de una cerveza. Así sales un rato y te aireas. Vas a ver lo que es vivir la noche. —Me guiña un ojo y las dos reímos—. ¿Qué tal en la casa? ¿Te apañas bien?

—Sí, aunque la caldera a veces se apaga.

—Puede ser por la falta de uso. No te preocupes, yo me encargo.

—¡Ah! Y no me dijiste que no tenía línea de teléfono.

—Porque no me lo preguntaste. —Se encoge de hombros, risueña—. A la mayoría de la gente que viene por aquí no le resulta un problema.

—La verdad es que no pensé que la necesitaría hasta que descubrí que en este pueblo tampoco hay cobertura de móvil.

—Eso no es exacto. Solo en la parte baja del pueblo —puntualiza con una sonrisa—. De la plaza para arriba sí que llega la señal de la antena. De todas maneras, en la biblioteca del Ayuntamiento hay un par de ordenadores con acceso a la red, por si los necesitas.

Charlamos un rato más del pueblo y dónde comprar qué, con Olivia es fácil, y quince minutos después salgo por la puerta con una bolsa llena de palmeras de chocolate en la mano y una sonrisa en los labios. Como todavía es pronto para comer, decido escuchar su consejo, cruzar la plaza e ir hasta el ayuntamiento para ver si consigo solucionar mis problemas de desconexión.

Las puertas automáticas de cristal se abren en cuanto el sensor detecta mi presencia. Las cruzo y me dirijo al pequeño mostrador con el cartel de información que veo a mi derecha. Una chica con unos voluminosos rizos morenos que contrastan con su piel blanca me dedica una sonrisa desde detrás.

—Hola. ¿Te puedo ayudar?

—Hola. Creo que sí. Me han dicho que tenéis algún ordenador con acceso a internet para uso público.

—Sí, en la biblioteca hay dos.

—¿Y qué tendría que hacer para usarlos?

—Solo rellenar esta ficha y dejarme tu carné de identidad para que haga una fotocopia. —Sonríe y coloca frente a mí un tarjetón de cartón junto con un bolígrafo.

Le entrego el DNI y mientras ella trastea con la fotocopidora yo voy rellenando los datos que me pide la ficha. Cuando se gira hacia mí de nuevo, se la entrego.

—¿Es este tu domicilio? —Señala en la tarjeta la dirección en la que he vivido los cuatro últimos años y siento un pinchazo en la boca del estómago.

—Sí, aunque voy a estar alojada aquí un tiempo. He alquilado una casa en las afueras del pueblo.

Sus ojos se agrandan por un instante y ya no dejan de observarme. Los siento pegados a mi

nunca incluso cuando salgo por la puerta.

Después de mi paseo matinal, la tarde transcurre en un goteo lento. Desde uno de los sillones del salón veo cómo la claridad poco a poco desaparece. El portátil descansa abierto sobre la mesa junto a mi teléfono móvil. Se han convertido en dos trastos inútiles en este limbo de desconexión. Sin embargo, el saberlo no evita que, de vez en cuando, sucumba a la tentación de pasar el dedo por la pantalla. Al parecer, aunque tu cerebro sea consciente de que no hay cobertura el hábito de consultar el dichoso aparato no cesa.

Me llevo la taza a los labios y hago una mueca cuando dos gotas heladas son lo único que consigo rescatar. Suspiro y abandono mi sitio para prepararme otro café. Camino de la cocina me reprendo por perder el tiempo en mirar a las musarañas en vez de adelantar el proyecto en el que estoy trabajando y que, debido a los últimos acontecimientos, ya va con retraso. Aunque no es exactamente culpa mía. Al menos, no hoy. Y es que no consigo concentrarme, ya que la cafeína es solo una de las dos cosas que necesito para que mi cerebro se ponga en funcionamiento tras la siesta que, después de comer, se ha alzado vencedora frente a mis antiguos hábitos y sentido común. La otra es la ducha que ha quedado descartada por tiempo indeterminado cuando la caldera ha decidido dejar de funcionar de manera definitiva hace unas horas.

Regreso al salón con una taza humeante repleta hasta los bordes que coloco junto al ordenador y me acomodo sobre una montaña de cojines. Antes de que pueda evitar el impulso, estiro la mano y el rostro de Marco y el mío me sonríen desde la pantalla del teléfono móvil. Nos observo con atención. La fotografía es de unos cuatro meses atrás. Él me sostiene por la cintura y yo apoyo mi espalda sobre su pecho. Estudio la postura y nuestras expresiones, mientras busco alguna señal premonitrice en ellas de lo que ocurrió después y que yo no vi venir. Paso de una imagen a otra. Adelante. Atrás. Una y otra vez sin encontrar nada. Solo una pareja que posa feliz. Solo nosotros. Solo un fantasma. Y me pregunto cuántas mentiras se pueden esconder tras unas palabras que parecen de amor. Cuántos secretos en una mirada confiada.

Doy un respingo cuando el sonido del timbre me trae de vuelta al mundo real y miro el reloj extrañada. Son las nueve, una hora poco común para recibir visitas. Por un segundo, un nudo se atasca en mi garganta como si el haber mirado esas fotos y todos los recuerdos que contienen hubiese podido conjurar a Marco. Desecho la idea rápido. Mi ex, cómo me duele todavía decir esa palabra, nunca ha sido dado a escenas de caballero de brillante armadura. Me levanto y descalza como estoy voy hasta la puerta. Aun con la certeza de que es casi imposible que se encuentre al otro lado, cuando apoyo la mano en el tirador un cosquilleo nervioso se revuelve en mi estómago.

—¿Qué haces tú aquí? —La voz me sale más aguda de lo habitual y no consigo disimular el tono de sorpresa—. ¿Acaso me has seguido? ¿No serás un acosador? —Miro a ambos lados de la calle vacía y me cuadro en el umbral, empiezo a ponerme nerviosa ante la falta de respuesta—. No sé cómo me has encontrado, pero ya puedes dar media vuelta y largarte. Lo digo en serio.

El falso guiño de la gasolinera ni se inmuta y se limita a estudiarme desde la acera con esa mirada demasiado directa que tanto me incomoda. Tras unos segundos, sus labios se curvan en una sonrisa socarrona y me tiende la mano.

—Tú debes de ser Eva. Hola, soy Bruno. Olivia me ha dicho que tienes problemas con la caldera.

Me quedo clavada al suelo y una oleada de calor arrasa mi piel. Me gustaría ser capaz de decir algo para romper el silencio que se vuelve denso y pesado por momentos, como una manta que se enrolla a mi alrededor y me quita el oxígeno. Hago un esfuerzo, abro la boca y tartamudeo sin llegar a construir una palabra coherente. Mientras tanto, mi casero se dedica a observarme y me deja rebozarme en mi vergüenza. Pasan unos segundos que me resultan eternos hasta que se apiada de mí y rompe el silencio.

—¿Puedo entrar?

—Sí, claro, perdona. —Consigo articular las palabras necesarias y me aparto de la puerta todavía con la cara en llamas.

Bruno pasa por mi lado, se para en el recibidor y espera a que lo preceda hasta la cocina. Aunque conozca la casa mejor que yo, respeta que ahora sea mi espacio y no avasalla mi intimidad. Me gusta el detalle y me sorprende. No le pega nada a su actitud de imbécil arrogante.

—¿Desde cuándo no funciona? —Se detiene frente a la caldera y desmonta la tapa que cubre la parte inferior.

—Falla desde el primer día, pero hoy ha muerto del todo.

Alza una ceja ante mi expresión. Sin dedicarme ni una palabra más se sube las mangas de la camisa y comienza a tocar llaves y botones. Me quedo unos minutos de pie clavada en el sitio mientras él me ignora, hasta que reacciono y decido que ya que tengo que esperar prefiero hacerlo sentada.

Recojo mi café del salón y me acomodo en una de las sillas frente a la mesa de la cocina. Él trabaja concentrado y en silencio y yo, como no tengo nada mejor que hacer, me dedico a observarlo con disimulo desde detrás de mi taza. Hago un examen objetivo superficial y llego a varias conclusiones. La primera, que su pelo ya no me parece tan rubio bajo la luz eléctrica. La segunda es que sus ojos siguen siendo muy claros y entre ellos se forma una pequeña arruga cuando mira algo con atención. Y, la tercera, un rasgo que me llama poderosamente la atención en los hombres y en el que siempre me fijo, que tiene unas manos anchas de dedos largos que se mueven con una delicadeza tan poco propia de su tamaño que me hipnotizan. Tanto que casi derramo todo el café cuando su voz, de improviso, me saca del trance.

—¿Puedes abrir el grifo? —Se gira y al ver la mancha en la mesa, sus labios se curvan. Cretino.

Decido ignorarlo y voy hasta el fregadero.

—Debería salir caliente.

Coloco un dedo bajo el chorro y espero a que poco a poco suba la temperatura del agua.

—Sí, ya sale.

—Perfecto, pues ya puedes cerrarlo.

Ajusta las llaves una última vez y se acerca para lavarse las manos. Lo veo recorrer la estancia con la mirada y me parece leer cierta melancolía.

—La casa es fantástica. Olivia me contó que la reformaste tú —digo mientras le tiendo un trapo para que se seque.

—Sí. Cada centímetro de esta habitación. De esta y de todos y cada uno de sus rincones.

—Te debió de dar mucha pena alquilarla.

—Solo es una casa. Nunca lo sentí un hogar. El hogar no lo componen un techo o unas paredes que forman un espacio, sino las personas que lo habitan y este nunca fue el mío. —Me sorprende

el discurso y su tono inexpresivo—. Aunque espero que tú logres encontrar en ella lo que hayas venido a buscar.

—¿Y qué te dice que estoy buscando algo? —contesto cortante. No me gusta su prepotencia ni que saque conclusiones acerca de mí, por muy acertadas que sean.

—Aquí solo vienen tres tipos de personas *hippies*, guiris o urbanitas en busca de nuevas experiencias.

—¿Y yo en cuál encajo?

—Entre las víctimas de un naufragio.

Mis ojos lo traspasan, pero no añade nada más. Me devuelve el paño y con un leve gesto de cabeza se despide y sale por la puerta dejándome desconcertada por ser tan transparente y mucho más enfadada todavía por que se haya atrevido a juzgarme.

CUATRO

Un murmullo amortiguado me recibe cuando cruzo la puerta del único bar que hay en el pueblo. La televisión está encendida en el canal de la MTV y la música se escucha de fondo tras la mezcla de voces. Varios grupos se reparten por el local y deduzco que debe de ser el lugar de encuentro para los fines de semana. Reconozco algunas caras de mis escasas salidas a comprar víveres, entre ellas la de la chica que me atendió cuando fui al ayuntamiento. Está sentada con otras dos mujeres que me observan con la misma mirada curiosa que ya me dedicó su amiga. Resulta demasiado exhaustiva y evidente, y me hace sentir cohibida. Imagino que en un pueblo tan pequeño donde los turistas habitualmente llegan en los meses estivales todos tratan de catalogarme e incluirme en alguno de los diferentes tipos de personas que suelen recalar por aquí, como dijo Bruno. Trato de ignorar la expectación que levanta mi presencia y continúo con mi barrido visual hasta que en la barra distingo una coleta rojiza. Una sonrisa se me dibuja de inmediato y me dirijo hacia ella.

A medida que me acerco, una pequeña sensación de náusea se aferra a mis tripas. No acostumbro a ser una persona tímida. No, si no me sacas de mi zona de confort. Y no puedo encontrarme más fuera de ella en un pueblo desconocido, rodeada de desconocidos y sintiéndome una extraña incluso para mí. Sin embargo, cuando me detengo junto a Olivia y sus labios se curvan al verme, la sensación se atenúa un poco.

—Me has sorprendido. Pensé que iba a tener que ir a sacarte a rastras de la casa vistas tus rutinas.

—¿De qué rutinas hablas?

—Ni idea. —Ríe—. Porque casi no sales de entre esas cuatro paredes.

—Trataba de dedicarme un poco de tiempo y tenía que ponerme al día con el trabajo.

—Como quiero ganarme tu confianza, ya que eres la única mujer de menos de treinta y cinco mínimamente interesante en los alrededores, voy a ignorar esa primera parte y voy a ir a lo sencillo. ¿En qué trabajas?

—Soy traductora.

—Dime que trabajas para una gran editorial y traduces todos los *best seller* que van a salir al mercado y me muero de envidia.

—Siento decepcionarte, pero mis textos no son ni mucho menos tan interesantes. Sobre todo traduzco textos jurídicos.

—Ves, eso no me lo esperaba. ¿Y cómo termina uno traduciendo textos jurídicos?

—Fácil. Haciéndote mayor. Estudié Filología Inglesa en la Universidad Complutense con intención de ser intérprete y trabajar para Naciones Unidas o algo así. Siempre se me han dado bien los idiomas y quería viajar y conocer medio mundo. Terminé la carrera, hice un par de trabajos y luego conocí a Marco, nos enamoramos y decidí que prefería quedarme cerca de él.

—Ves, este tema suena mucho más interesante. ¿Y dónde está Marco ahora y por qué no está aquí contigo?

Esa sensación de ahogo tan familiar para mí en las últimas semanas hace acto de presencia. Doy una vuelta al anillo que llevo en el dedo corazón. Se me humedecen las manos. Me cuesta

mucho hablar de este tema. Me avergüenza. Me hace sentir estúpida, crédula e infantil. Pero miro a Olivia que espera con una sonrisa alentadora en los labios y su cálida mirada, y bajo las barreras.

—En Madrid, imagino que acostándose con otra en nuestro piso.

—Vaya —exclama sorprendida—. Bueno, si es así, estás mejor sin él.

—Supongo —digo con desgana. De lo último que me apetece hablar esta noche es de Marco—. Tu turno. ¿Y cómo termina una siendo pastelera en un pueblo de cien habitantes en el interior de Cataluña?

Sonríe soñadora mientras gira su copa.

—Creo que siempre lo quise. Solo me costó algo de tiempo darme cuenta. El horno era de mis abuelos. Recuerdo los momentos más felices de mi infancia con la cara llena de harina y las manos pringosas. Nosotros vivíamos en Barcelona, pero muchos fines de semana y la mayor parte del verano los pasábamos aquí. Eran los mejores meses del año. Cuando terminé el instituto, me empeñé en estudiar Derecho. Al acabar la carrera comencé las prácticas en un bufete en el que luego me quedé. Trabajaba más de diez horas al día y tenía la agenda siempre a rebosar. Hasta que mi abuela cayó enferma. Un fin de semana vine a visitarla. El primero en muchos meses. Tuve una especie de epifanía, de repente todo me vino a la cabeza: lo mucho que los echaba de menos a ella, al pueblo y a mi vida aquí, y me di cuenta de que mi lugar no estaba en ese bufete ni en Barcelona.

—¿Y lo dejaste así? ¿De un día para otro?

—No exactamente. Regresé a Barcelona y a mi rutina. Aguanté un mes. El peor de mi vida.

—Hay que ser muy valiente.

—O simplemente infeliz. Y yo lo era, no me había dado cuenta hasta entonces. Me limitaba a hacer lo que se suponía que tenía que hacer, pero no lo disfrutaba.

—Yo no hubiera sido capaz.

—Todos somos capaces con el estímulo correcto. Todas las cosas y las personas que me importaban estaban aquí.

Nos quedamos unos segundos calladas pérdidas en nuestros pensamientos.

—Yo lo odio —musito.

Me mira interrogante.

—Que me hayan robado mi vida.

Sus ojos se dulcifican.

—Te va a sonar hueco, pero el tiempo todo lo cura. No digo que no duela, pero sí que el paso del tiempo le da a las cosas otra perspectiva.

Quiero creerla, sin embargo, me parece lejano el día en el que vuelva a encontrarme feliz y en paz.

—Uy, esa cara. Hoy no es día para ponerse triste. Ya te he dicho que el mejor remedio para la incertidumbre es tirarte de cabeza a ella y probar cosas nuevas. Así que vamos a ponerlo en práctica.

Le hace un gesto al camarero y deja un billete sobre la barra. Luego me coge de la mano.

—Vamos.

—¿A dónde?

—A un karaoke rural. Apuesto a que nunca has estado antes.

Niego entre carcajadas y con un poco de miedo me dejo llevar.

Me despierto con el trinar de los pájaros que pone banda sonora al silencio, y la luz del sol acariciándome la piel. Una dulce pereza se ha adueñado de mi cuerpo y me permite moverme lo justo para acomodarme mejor en la almohada. El espejo del tocador —sí, la habitación tiene tocador y un cabecero de forja blanca de princesa de cuento— me devuelve mi imagen y sonrío a pesar del pelo revuelto y los párpados hinchados. Me siento bien y se ve en las mejillas sonrosadas y el brillo en los ojos que últimamente no estaba. Puede ser porque por primera vez en semanas he dormido diez horas de un tirón o porque anoche lo pasé genial. Bailé, reí, bebí. Cantar no canté, pero hablamos sin parar y brindamos muchas veces: por los comienzos, por los corazones rotos, por nosotras. Empiezo a pensar que haber venido hasta aquí no ha sido tan mala idea como me pudo parecer al principio.

Tras remolonear un rato en la cama, me decido a levantarme y bajo a la cocina. La luz entra a raudales por las contraventanas abiertas. Me asomo al patio y la estampa me resulta tan apetecible que no me resisto a disfrutar el desayuno al aire libre. Mientras sale el café, subo a la habitación a por una chaqueta de lana que colocarme sobre el pijama y unos calcetines gruesos. Ya voy teniendo experiencia con este clima y, aunque el sol brille alto en el cielo, no puedo olvidar que todavía estamos comenzando la primavera y la temperatura suele ser más baja de lo que aparenta.

Coloco en una bandeja el café, la leche, el azúcar, unos bollos del horno de Olivia, que solo con el olor me hacen salivar como el perro de Pavlov, un vaso de agua y salgo.

El enorme sauce que por las tardes cobija la mesa ahora derrama su sombra hacia el otro lado. Me acomodo en una de las sillas y entre bocado y bocado de sol y azúcar decido que no tengo ganas de pasarme el día encerrada. Lo que de verdad me apetece es ver el mar. Sentarme en la arena de una de las recónditas calas de las que me habló ayer Olivia y dejar que la brisa salada y la marea limpien y se lleven todo lo que pesa en mi interior. Llenarme de energía positiva. Sentir su inmensidad que todo lo relativiza. Antes de que pueda arrepentirme, me levanto, recojo la mesa, subo a la planta de arriba y me meto en la ducha.

En treinta minutos estoy sentada frente al volante con la música de Taburete sonando a todo volumen, el cielo azul y el asfalto en el horizonte como una postal. Sigo las indicaciones del navegador y conduzco relajada mientras disfruto del trayecto y el paisaje, y en otros treinta minutos he aparcado frente a una pequeña tienda de ultramarinos que hay a la entrada del pueblo en el que finaliza la ruta. Compró agua y unas patatas fritas y aprovecho para pedir indicaciones de cómo llegar a la cala.

Vuelvo al coche y continúo por la carretera principal. Me gusta lo que puedo ver del pueblo a medida que lo atravieso y hago una anotación en mi lista mental de cosas pendientes para volver con más calma en otro momento. Cuatro kilómetros más tarde, exactamente donde me ha dicho la dependiente de los ultramarinos, encuentro un pequeño desvío que sale de la carretera hacia un camino de tierra. Pongo el intermitente derecho y conduzco despacio unos cuantos metros más por una pista de arena hasta que me encuentro en un claro del que parte un único sendero que se esconde entre los árboles y solo es transitable a pie. Un único sendero que tras quince minutos me deja sudorosa y con el corazón desbocado ante una de las playas más bonitas que he visto en mi vida.

Me tomo unos segundos para asimilar la imagen mientras mis pulsaciones vuelven a su ritmo

normal y luego me deshago de las deportivas y los calcetines. La arena fina y dorada roza suave contra la piel de mis pies y pierde la calidez cuando se hunde por mi peso. Saco una toalla de mi bolsa y la extiendo cerca de las rocas. Me encuentro completamente sola frente a las aguas cristalinas que vienen y van, y la sensación que me produce es inquietante. No escucho la música del grupo de al lado ni las conversaciones alrededor ni a los niños chillar. No respiro el olor de los bronceadores ni del chiringuito. Nadie pasa demasiado cerca y levanta la arena con los pies. No siento la presencia de Marco a unos centímetros de mí. Solo estamos el aire cargado de mar, la canción de la marea y yo. Fijo la vista en las nubes de espuma que crean las olas al romper en la arena e inspiro hasta que atrapo en los pulmones toda la brisa salada que soy capaz. Lo repito varias veces y poco a poco la sensación va desapareciendo.

Y al hacerlo deja un hueco que ocupa Marco, que ya se ha abierto paso a base de recuerdos. Y con él nuestras primeras vacaciones juntos en un apartamento en el que como único mobiliario encontramos una mesa plegable adosada a una pared del diminuto salón cocina, una televisión en la que solo se veían cuatro canales con interferencias y un sofá cama demasiado estrecho, que no nos lo pareció tanto porque no éramos capaces de poner un milímetro de distancia entre nuestras pieles. La casa encantada perdida en un monte de La Coruña donde las paredes susurraban y hacíamos el amor hasta caer rendidos para poder dormir. Y luego hoteles, en México, Miami, más grandes, más lujosos, con camas *king size*, gracias a los ascensos de Marco en el banco.

Y nunca en ninguno de los lugares que visitamos buscamos una playa como esta, desierta, solo para nosotros dos. Para amarnos con calma. Porque Marco siempre ha sido poco de naturaleza. A él le va más lo civilizado. No lo digo yo, son palabras salidas de su boca.

Y con los recuerdos también viene la tristeza. ¿Éramos felices? Yo, al menos, lo creía. Y hablo en pasado porque ahora no sé qué pensar. No sé cuándo lo nuestro dejó de ser de verdad, si algún día lo fue. Dudo de todo. Me recuesto sobre la toalla y dos lágrimas escapan por el borde de mis ojos, las noto resbalar hasta mojar el nacimiento de mi pelo.

De pronto, un sonido me saca de mi montaña rusa emocional y me incorporo. Me seco la cara y miro alerta a mi alrededor. Lo último que me apetece es que alguien me encuentre rumiando mis penas en medio de una playa desierta. Y debiera darme igual lo que puedan pensar de mí unos desconocidos a los que no voy a volver a ver en mi vida, sin embargo, me importa. Porque ahora mismo necesito hasta el último ápice de mi autoestima para mantenerme en pie y no dejarme llevar por la autocompasión.

Sin embargo, no es un desconocido sino Bruno, vestido con un neopreno y una mochila al hombro, quien aparece tras el recodo de rocas que divide este trozo de costa en dos medias lunas casi idénticas. ¿Quién si no? Pienso en lo vergonzoso de mi estado y cruzo los dedos para que pase de largo, pero como viene siendo costumbre, su comportamiento es indiferente a mis deseos.

Desde mi posición sobre la arena me parece todavía más alto y tengo que alzar la vista cuando se detiene frente a mí.

—Vaya, otra vez tú, ¿no me estarás siguiendo? —Sonríe y yo lo imito sin ganas.

Es una de las últimas personas a quién querría ver en este momento; ya me he avergonzado suficientes veces delante de él. Pero Bruno, inmune a mi estado de ánimo y sin esperar invitación, se deja caer a mi lado. No me dice nada, solo apoya los brazos sobre sus rodillas y mira relajado hacia el mar. Nos mantenemos así unos pocos segundos.

—Veo que has encontrado mi escondite.

—No es culpa mía. Olivia me habló de él.

—No importa, puedo compartirlo contigo.

—Gracias, eres muy generoso. —Aprieto los labios y apenas consigo contener un suspiro contrariado. Lo veo sonreír por el rabillo del ojo.

—Sí, es una de mis pocas virtudes.

El sonido de las olas llena el silencio. Su expresión se vuelve seria y cuando habla no queda ni rastro de diversión en su voz.

—Eva... —Hace una pausa y tras un leve carraspeo continúa—. Quería disculparme por mi comentario del otro día. No se me da bien medir mis palabras, es uno de mis muchos defectos. Me pasé de la raya, no pretendía meterme en tu vida y mucho menos hacerte sentir mal.

Lo miro y la determinación en sus ojos me indica que está siendo sincero. Suspiro de nuevo. Tengo dos opciones: continuar enfadada o dejarlo pasar. Y creo que no poseo suficiente fuerza para albergar más sentimientos negativos en mi interior. Así que, le regalo una pequeña sonrisa como muestra de paz.

—Disculpas aceptadas. No estuviste muy acertado, pero quizá yo me lo haya tomado demasiado a la tremenda. No me pillaste en un buen momento. Puede que esté algo más susceptible de lo normal.

Es la realidad. Bruno no ha hecho nada que pueda lastimarme. Ni siquiera me conoce. La herida ya venía conmigo cuando llegué aquí. Y lo que duele es todo lo perdido, lo que se quedó en Madrid. Mi vida.

Mueve una pequeña concha entre sus dedos. Se estira y la lanza al agua.

—Me parece que no hemos empezado con muy buen pie.

—No, creo que no —respondo—. Tampoco ha ayudado que sea una alumna aventajada cuando se trata de avergonzarme delante de ti.

—No ha sido tan malo. —La diversión le brilla en los ojos.

—Vale, dímelo, ¿cuánto he hecho el ridículo desde la primera vez que nos vimos?

Sonríe de lado.

—Yo no lo diría así. Ha sido... instructivo.

Nos quedamos callados con la vista perdida en el mar. El sol crea un camino dorado sobre el agua. Respiro hondo y me pierdo en su vaivén tranquilo. Vuelve a ser él quien rompe el silencio.

—Y bueno, ahora que somos algo así como amigos. —Alza una ceja interrogante y yo asiento—. ¿Qué te ha traído hasta aquí? ¿He interrumpido algo?

Todavía puedo notar la humedad de las lágrimas en mi pelo.

—No, solo me apetecía ver el mar. Por desgracia, no lo tengo todos los días al alcance de la mano.

—¿Echas de menos la gran ciudad?

¿Lo hago? Extraño parte de lo que dejé allí. A mi familia y a mis amigos, y las costumbres cotidianas a las que casi no les prestas atención y que cuando te faltan pasan a convertirse en instantes únicos. Pero soy consciente de que hoy por hoy esta distancia es necesaria. El tráfico, el ruido, la contaminación. Eso no lo añoro en absoluto. Siempre me ha gustado disfrutarlo a pequeñas dosis.

—Algunas cosas. Las cañas de los viernes en el barrio de las Letras, los paseos por el Retiro, los *fetuccini* Alfredo de mi restaurante preferido y, sobre todo, el cine. Hay unas salas en la calle

Santa Isabel donde echan películas antiguas y en blanco y negro. Cuando tengo un día raro me gusta ir allí.

—Yo prefiero pasarlos en el mar. A medida que me alejo de tierra firme me resulta más fácil relativizar. Me ayuda a cambiar la perspectiva.

—¿Haces surf?

Sonríe y se aparta el flequillo de la cara.

—A veces, cuando hay buenas olas. Los días como hoy prefiero nadar.

Ahora entiendo que no lleve tabla y los músculos que se le intuyen bajo el neopreno.

—Tendrías que probarlo algún día. Es... liberador.

—No creo que tuviese el valor suficiente. El mar solo me gusta en condiciones controladas.

Me mira interrogante.

—Vamos cuando no me cubre más allá de la cintura y soy capaz de ver el fondo y todo lo que en él habita.

Se ríe y yo me defiendo.

—Me da mucho respeto. Tiene vida.

—Y esa es su magia. Sentir su inmensidad, su poder, dejarte llevar, contagiarte de su energía y fluir con él, ser parte suya.

Dicho así suena tentador. Trato de imaginarlo y me veo tragada por una ola gigante. Niego con cara de susto.

—No sé, me temo que soy demasiado práctica y tengo mucho aprecio a mi vida. No lo disfrutaría.

—No puedes saberlo si nunca lo has probado —dice con una sonrisa enigmática.

Un barco asoma a lo lejos. Lo sigo con la mirada hasta que vuelve a desaparecer en la distancia.

—Y bien, ¿qué tal la vida rural?

—Tranquila.

—Si no era tranquilidad lo que querías te equivocaste de lugar.

Lo que quiero no creo que lo pueda encontrar en un lugar con una ubicación física en el mapa. Quiero no sentir una punzada en el pecho muchas mañanas al despertarme y buscar el calor del cuerpo de Marco a mi lado en la cama y solo encontrar unas sábanas frías, no tener que aguantar las lágrimas al oler el aroma de su colonia que todavía perdura en alguna de mi ropa, no apagar la radio cada vez que suena *Stay with me* de Sam Smith porque me recuerda al primer beso que nos dimos, no sentir un vacío inmenso. Quiero que deje de doler. Que no sea tan difícil dejarlo atrás. Porque no solo es el dolor, es la sensación de sentirme pequeña y estúpida por no saber cómo hacerlo, por no poder sacarlo de mi cabeza y mucho menos de mi corazón con la misma indiferencia con la que él lo hizo conmigo. Pero claro eso no se lo digo a Bruno, ni a él ni a nadie.

Suenan tres pitidos seguidos y Bruno lleva la mano a su reloj.

—Me tengo que ir ya. ¿Quieres que te suba? Me imagino que habrás dejado el coche en la explanada al lado de la carretera —dice solícito mientras se levanta y se sacude la arena.

—No, gracias. Voy a quedarme un rato más.

Me mira, mira el mar y sus labios se curvan.

—Disfruta. Nos vemos, Eva.

—Sí, nos vemos.

Observo cómo se aleja con su mochila al hombro hasta que desaparece tras las rocas. Permanezco sentada sobre la arena. Hundo los pies en ella y la cojo con las manos para dejarla escapar muy despacio entre mis dedos. Las olas se deshacen con suavidad al llegar a la orilla. Siguiendo un impulso me levanto y camino hasta ellas. Tiro de mis pantalones hacia arriba y meto los pies en el agua. Doy un gritito, está fría, y luego rompo a reír. Avanzo unos pasos más hasta que me cubre por debajo de las rodillas. El vaivén me hace cosquillas. Me siento bien. Viva. Consciente del mundo y de mí. Es mucho más de lo que puedo decir de las últimas semanas. Puede que no esté tan mal sentirse parte de algo más grande. Dejarse llevar, no buscar el control. *Sentirse mar.*

CINCO

Parece mentira que haya pasado ya una semana desde que aterricé en este pueblo en el que el tiempo tiene otra consistencia. Es como si me hubiese trasladado a una realidad paralela en la que las horas y los días se funden unos con otros. En cualquier momento de mi vida, esto me hubiese frustrado y vuelto un poco loca, pero ahora lo agradezco. Yo que siempre necesito tenerlo todo organizado y bajo control.

Por eso esta aventura es tan poco propia de mí. Y, sin embargo, en el balance de estos siete últimos días pesa más lo bueno: las conversaciones con Olivia, el mar, los despertares y los desayunos en este jardín con el sol caldeándome por dentro y por fuera. Y aunque no logran hacer desaparecer el enfado, la tristeza o el caos en mi interior, los suavizan, eliminan la sensación de urgencia y asfixia de la que no lograba desprenderme en Madrid. No digo que no tenga momentos bajos, pero los sobrellevo mejor. Y es que a pesar de mis buenos propósitos, los recuerdos y mi cabeza me traicionan más a menudo de lo que me gustaría.

Coloco los restos del desayuno en la bandeja y los llevo a la cocina. Ignoro el lavavajillas junto al fregadero y, con la mirada perdida en las flores que crecen en el jardín, enjabono la taza y la cucharilla mientras tarareo una melodía cualquiera. Curiosamente, ahora que tengo tiempo, he descubierto que fregar me relaja, así que me lo tomo con calma, las aclaro con mimo y las coloco en el escurrerplatos.

Cuando me giro, ya no estoy sola. Un gato me observa sentado en el primer escalón. Su mirada es esquiva y se le notan los huesos bajo el pelaje blanco y negro. Doy un paso hacia él y retrocede. Se encoge junto a la puerta en actitud defensiva, pero no hace amago de marcharse.

Imagino que tiene hambre, así que busco por los armarios una lata de atún mientras sus ojos dorados siguen todos y cada uno de mis movimientos. Cuando la encuentro la vuelco en un cuenco de cerámica y me acerco despacio. El animal se incorpora sin moverse del sitio y yo me detengo a una distancia prudencial, coloco el cuenco en el suelo y me aparto. Pasan dos o tres minutos hasta que con paso cauteloso deshace la distancia y hunde el hocico en la comida.

—Muy bien, bonito. Buen chico —lo digo muy bajito para no espantarlo.

Me quedo de pie viéndolo comer. Su mirada me busca cada poco y vuelve a su cuenco al comprobar que no me he movido. Cuando termina, se relame y con un pequeño ronroneo trota hasta la puerta y desaparece de la misma manera que apareció.

—Hasta la próxima. Y de nada —grito hacia al jardín y sonrío.

La inesperada visita consigue que empiece el día de buen humor y recorro con paso alegre el camino hasta el ayuntamiento. Con la sonrisa pintada en la cara, saludo cuando paso por delante del mostrador de información. Su ocupante me devuelve una sonrisa breve mientras habla por teléfono y me sigue con la mirada hasta que giro por el pasillo a la derecha. No sé si algún día voy a acostumbrarme a ser objeto de tanta atención.

Los ordenadores están colocados en un rincón de la pequeña biblioteca. Cuando entro, el silencio en la sala es absoluto. No hay un alma. Mientras cruzo la estancia, observo los lomos perfectamente alineados que se apiñan en las estanterías y hago una nota metal para sacar uno en préstamo y así tener algo que leer por las noches.

Las sillas son casi iguales a las de mi época escolar. Recuerdo que me dieron mi primer beso en una de estas sillas. Sonrío y me siento. Mientras el ordenador arranca, cuelgo el bolso en el respaldo, saco el resto de mis cosas y las coloco sobre la mesa. Miro la tarjeta con las claves de acceso que me dieron cuando hice el registro y las tecleo.

La pantalla de inicio aparece enseguida. Solo muestra tres iconos. Muevo el puntero hasta el acceso directo a Internet Explorer y pulso sobre él. Mientras carga la pantalla, la sonrisa se va desvaneciendo poco a poco y un lazo invisible empieza a apretar mis costillas como si la red fuera un hilo imaginario que me conectase de nuevo con el mundo real y todo el lastre que dejé aparcado en él tirase de mí.

Cuando entro en la aplicación de correo electrónico parece que un elefante se ha sentado en mi pecho. Durante unos segundos, miro la pantalla sin verla, perdida en el caos de pensamientos que se arremolinan en mi cabeza. Y es que me muevo de un extremo a otro, en una dualidad que me vuelve loca, entre las ganas de que Marco haya escrito y a la vez el temor a lo que pudiera decirme. Aprieto los dientes y pulso el ratón con rabia, no me gusta verme reflejada en el espejo de mi cobardía.

Cuando la bandeja de entrada me muestra que hay mensajes nuevos, mi corazón parece rebotar dentro del pecho; el lazo aprieta tanto que le falta espacio. Recorro la lista de destinatarios con cautela. El pellizco de desilusión no tarda en aparecer al ver que no hay mensajes suyos y sube hasta mis ojos como un relámpago que los inunda. Me siento estúpida.

Me tomo un minuto para serenarme y miro los mensajes con más atención. Los que están relacionados con el trabajo los leo rápido y les doy una respuesta breve. Dejo para el final el único que es de carácter personal. El de mis padres. En este me tomo más tiempo. Y a medida que avanzo por el texto me vuelven a entrar ganas de llorar. No porque me cuenten nada triste, todo lo contrario. Percibo el claro esfuerzo que hacen por sacarme una sonrisa con sus cosas del día a día, contadas con la gracia con la que solo mi padre puede hacerlo. Es solo que la avalancha de cariño que me traspasa desde sus palabras me hace echarlos muchísimo de menos y sentirme muy sola.

Me apoyo en el respaldo y dejo que mi mirada vague por el techo. Necesito sacudirme la tristeza. Serenarme. Necesito un café.

Saco el monedero del bolso y pongo rumbo a la máquina que hay en la entrada. La chica de información observa la calle mientras mueve un bolígrafo entre sus dedos. No parece que tenga un trabajo muy estresante. Cuando paso por delante de ella nuestras miradas se cruzan.

—¿Te apetece uno? —le digo mientras busco unas monedas.

Abre los ojos sorprendida y una sonrisa se dibuja en sus labios.

—Un capuchino sería genial. —Se mueve para coger su bolso y la detengo con un gesto.

—No te preocupes, yo invito.

Introduzco las monedas y espero a que la máquina haga su trabajo. Cojo un café en cada mano, me acerco y dejo su vaso sobre el mostrador. Antes de llevárselo a los labios inhala su aroma.

—Gracias. —Me dedica una sonrisa tímida—. Me estaba quedando dormida.

—Sí, el silencio aquí es imponente.

—A veces tanto que estoy deseando que lleguen el verano y los turistas. Y, sin embargo, cuando llevan aquí un mes llenándolo todo lo que quiero es que se vayan de una bendita vez. Hasta aburrirme me parece un buen plan con tal de que vuelva la calma. —Su risa suave flota por

la recepción.

—Debe ser raro tener el pueblo lleno de gente. Resultará muy diferente.

—Sí que lo es. Los niños corretean por las calles a todas horas, el bar de Joan siempre está lleno y puedes escuchar hablar en más idiomas que si estuvieses en el Circo del Sol.

—Pues no me suena tan horrible. —Un poco de ambiente no puede ser tan malo. Me cuesta imaginarme viviendo cada día del año en esta vasta calma—. Parece entretenido.

—Ya me lo contarás si todavía estás aquí para entonces —dice divertida.

El verano. Se me antoja demasiado lejano para pensar en él. Hubiera debido pasar buena parte dorándome al sol sobre playas de arenas blancas bañadas por aguas turquesa. Ahora, no sé ni lo que va a pasar mañana. Aunque supongo que ya no estaré aquí. Un día me levantaré con las suficientes ganas y energía para regresar a Madrid y continuar con mi vida.

—Por cierto, bienvenida. Me llamo Montse.

—Eva.

Se inclina sobre el mostrador y me da dos besos.

—Entonces... ¿eres amiga de Bruno? —Da vueltas a su café con el palito de plástico y me mira de reojo con expectación mal contenida.

—En realidad, no. Alquilé la casa a través de un portal inmobiliario.

Sonríe y parece aliviada.

—Lo cierto es que ni siquiera supe que era el propietario hasta que llegué aquí. Lo he visto solo un par de veces.

—Si quieres mi opinión, no te pierdes nada. Salvo lo que se puede apreciar por fuera. —Le da un último sorbo a su café y tirar el vaso a la papelera.

Me sorprende el tono de desdén con el que pronuncia las palabras. Mientras decido si debo seguir preguntando, suena el teléfono y me quedo sin oportunidad. Montse descuelga el auricular y cuando veo que va para largo le hago un gesto de despedida con la mano. Regreso a la biblioteca y me siento frente al ordenador. Pienso en Bruno, en lo que me transmite. Creo que esconde más caras de las que muestra. También puede que esté equivocada y lo que yo creo que es la excepción, sea su verdadero yo. No importa demasiado. Lo bueno de estar tan decepcionada con el género masculino es que ya no te pueden decepcionar por encima de esa decepción.

SEIS

El reloj en la pantalla del teléfono móvil marca las seis y media y llevo lo que me parece una vida dando vueltas en la cama. Noto las sábanas calientes y arrugadas y, por más que busco, no encuentro ninguna postura que me resulte cómoda. Me siento inquieta. Me he despertado cuando la oscuridad todavía se escurría por las rendijas de la contraventana y no he conseguido deshacerme de la sensación desagradable que baila en la boca de mi estómago. Lo he probado todo desde contar ovejitas hasta centrarme en mi respiración y nada da resultado.

Aparto el edredón sobre el que la claridad que entra del exterior dibuja pequeñas formas y poso los pies en el suelo. Necesito aire. Respirar. Sin dudarlo, me visto con unas mallas y una sudadera y me calzo las zapatillas de deporte.

Las luces de algunas farolas todavía permanecen encendidas cuando salgo a la calle. Como de costumbre no se ve un alma. Comienzo un trote lento. Mis pisadas son el único sonido que se escucha. Su cadencia y el aire frío en la cara me calman un poco, pero no lo suficiente. Evito las calles principales y me alejo de la zona donde se concentran las viviendas. Giro en una esquina y tomo un camino de tierra que parece rodear el pueblo. A medida que avanzo, el olor a tierra y vegetación se acentúa. Inspiro con fuerza y trato de no perder el ritmo de mi respiración.

Tras varias semanas de vida sedentaria, el esfuerzo comienza a pasarme factura y noto unos pequeños pinchazos en las pantorrillas, pero no quiero parar. Odio sentirme frágil, derrotada. La vista se me nubla y parpadeo con fuerza. Siento cómo el viento extiende la humedad por mi cara y acelero sin tener claro por qué lloro en realidad.

Debo llevar un par de kilómetros recorridos cuando, sin previo aviso, una gota se estrella contra mi brazo. Me detengo y miro hacia arriba. El cielo parece haberse cubierto con un manto oscuro. Un segundo después, empieza a llover. Rápido, fuerte. Me quedo inmóvil en el sitio y alzo el rostro. El agua me moja el pelo y se escurre por mi piel. No reacciono hasta que una mano toca mi hombro.

—Eva.

Mi grito se ha debido escuchar hasta en los Pirineos.

—Tranquila, soy yo.

Me giro y me encuentro con la mirada de Bruno. Parpadeo confundida.

—Venga, vamos —lo dice con suavidad, como si estuviese hablando con un cachorrito asustado—. Te estás empapando. —Con un gesto de la cabeza señala la casa que tenemos enfrente y coloca una mano en mi espalda invitándome a moverme.

Hasta que no siento el calor de su palma traspasando mi ropa y deshaciéndose en mi piel no consigo reaccionar y ponerme en marcha.

Camino delante de él con paso rápido. Un relámpago corta el cielo y lo ilumina todo. Acelero para alcanzar el resguardo del porche. Bruno pasa por mi lado y se para frente a la puerta de entrada.

—Ven, pasa. Te vas a congelar. —La sujeta abierta para mí y me sigue cuando la cruzo, pero no se detiene—. Tienes toallas en el armario del baño. —Lo escucho decir mientras señala su derecha y se pierde al fondo del pasillo.

Me quedo parada al lado de la puerta. Tengo la ropa pegada al cuerpo y empiezo a notar el frío que me traspasa. Necesito secarme si no quiero ponerme enferma. Dudo un instante, pero me rindo ante la evidencia y sigo los pasos de Bruno.

En el pasillo solo hay una puerta en el lado derecho por lo que me dirijo hacia ella. Apoyo la mano en el tirador y cuando lo voy a girar un movimiento me alerta. Vuelvo la cabeza de manera instintiva y mis ojos chocan contra el torso desnudo de Bruno justo en el momento en el que él lo cubre con una camiseta seca. La escena me confirma la impresión que me dio en la playa. Tiene un cuerpo delgado, pero fuerte. Nada que ver con los clásicos músculos de gimnasio. Natural. Bello, es la palabra que me viene a la cabeza. Nuestros ojos se cruzan un instante antes de que entre en el cuarto de baño y cierre la puerta tras de mí a toda prisa.

La imagen que me devuelve el espejo con la coleta desecha, el pelo revuelto pegado a la cara y la ropa empapada resulta bastante lamentable. Además, a pesar del calor que arrasa mi cara, estoy helada. Lo primero es lo primero. Me quito la goma, cojo una toalla y me seco el pelo que gotea sobre mi espalda. Como con la ropa hay poco que pueda hacer, me deshago de la sudadera, que está demasiado mojada para que pueda volver a ponérmela, y mantengo el top, que ha conseguido mantenerse seco salvo en un par de puntos. Luego me paso la toalla por los brazos y el pecho retirando los restos de humedad, me peino el pelo con los dedos y hago un rápido repaso visual. Me encojo de hombros ante la Eva que tengo enfrente y decido que estoy lo más presentable que puedo con lo que tengo.

En el salón, Aerosmith suena bajito y huele a café. Bruno se gira cuando entro. Se ha puesto un jersey de lana fina sobre la camiseta y sujeta una taza.

—Todavía está caliente. —Hace un gesto hacia la cafetera y sonrío.

Asiento y me muevo por la habitación un poco cohibida por invadir su espacio. Él se limita a beber sin moverse de su taburete. Sobre la encimera ha dejado una taza, azúcar y el cartón de leche. Mientras me preparo el café miro con disimulo a mi alrededor. No hay muchas cosas, de hecho la estancia parece a medio terminar: la madera del suelo es de dos tonalidades diferentes, en una de las paredes todavía se puede ver el ladrillo y las bombillas cuelgan desnudas del techo. Sin embargo, lo que sí hay es bastante significativo. No me cuesta imaginarlo sentado en el enorme sillón de cuero desgastado por el uso, frente a la chimenea encendida mientras trabaja concentrado, con esa arruga que se le forma en la frente, en los planos que ocupan la mesa, la música de uno de las decenas de vinilos que abarrotan la estantería del rincón sonando y mezclándose con el sonido de la lluvia que impacta contra los grandes ventanales desde los que se puede ver el campo. Todo el conjunto desprende un cierto aire de desorden controlado que resulta acogedor y en el que Bruno y su estilo encajan a la perfección.

Cuando me doy la vuelta me está mirando. No suelo ser muy observadora y si me fijo en algún rasgo de la cara suele ser en la boca, pero con Bruno es imposible no ser consciente de sus ojos. De su intensidad cuando te mira. Cuando lo hace siento como si supiese algo que yo todavía no sé. Me pone nerviosa.

Me llevo la taza a los labios a modo de escudo protector.

—No tienes puertas.

—Muy perspicaz. —Sonríe con sus ojos clavados en los míos y yo desvío la mirada—. Supongo que cuando vives solo dejas de considerarlas una prioridad. ¿Te apetece comer algo?

Niego con la cabeza y me concentro en mi café. Fuera la tormenta azota con fuerza y la lluvia

repiquetea contra el techo.

—Para estar de vacaciones madrugabas mucho.

Alzo la cabeza y me encuentro con su expresión tranquila y una mirada suave. Inspiro y el aire y el calor de los ojos de Bruno me llenan y desbordan las compuertas. Y sé que podría responder cualquier trivialidad, pero hoy no me siento capaz. Estoy cansada de refugiarme en verdades a medias, de avergonzarme, de sentirme menos por algo de lo que no soy responsable. Así que bajo las barreras y las palabras salen solas.

—Mi novio me engañaba con otra. No sé quién es ella, dónde la conoció ni desde hace cuánto tiempo. Cuando lo descubrí, hice la maleta y me marché de casa.

Pasa un minuto largo hasta que Bruno rompe el silencio.

—Y tu plan es esconderte aquí para lamerte las heridas. Sabes que a largo plazo no te dará resultado, ¿verdad?

Siempre sin rodeos. Suspiro y dejo que mi vista vague por el paisaje al otro lado de la ventana. Mi plan. En realidad, no creo que tenga ninguno. Solo voy improvisando sobre la marcha. Si me lo hubiesen preguntado unos meses antes no hubiese dudado cuales eran mis planes: seguir trabajando, mantener las cosas del día a día organizadas, preparar las vacaciones a Grecia. Me parecía tenerlo todo bajo control. Ahora me doy cuenta de que me había aferrado a una vida cómoda y sin sobresaltos, en una palabra: predecible, y en la que me dejaba llevar sin llegar a cuestionarme en ningún momento si era lo que realmente quería. ¿Y lo era? Porque ahora que ya no tengo esa vida, no hay nada en el futuro para mí.

—Puede ser —respondo—. Supongo que solo espero a que duela menos para poder volver y zanjarlo.

—Los problemas no tienden a solucionarse solos. No suele ser tan sencillo.

—No lo está siendo, pero supongo que la decisión ya está tomada. Solo es cuestión de tiempo. Sus ojos recorren mi cara.

—¿Le perdonarías si te lo pidiese?

Sus palabras se clavan en el centro de la herida. La pregunta es tan directa como su mirada. Y demasiado personal, pero he sido yo la que ha abierto la veda. Y no sé qué contestar. Es algo que he pensado mucho. Incluso las primeras semanas fantaseaba con ello, cuando la opresión que sentía en el pecho parecía que iba a romperme en dos. Cuando mi piel seguía pidiendo sus abrazos para calmar el dolor. Con que Marco volviese arrepentido y suplicando mi perdón. Y aunque siempre he sido una firme defensora de que el respeto es uno de los pilares de la pareja y que la infidelidad lo pisotea, en mis fantasías lo perdonaba y todo volvía a ser como antes. Qué diferentes se ven las cosas cuando es tú mundo el que se encuentra del revés. Pero el caso es que él no ha dejado abierta esa puerta. Y ahora tampoco sé si lo quiero, que todo sea como antes, porque en ese antes Marco me ha engañado. Y duele tanto permanecer a su lado como alejarse. Quererlo como tratar de dejar de hacerlo.

—Creo que no podría —digo con sinceridad.

Parece sopesar mis palabras unos segundos. El tañido de unas campanas se escucha a lo lejos y da por finalizada la conversación de la misma manera abrupta que ha comenzado.

—Lo siento. —Mira su reloj y toma un último trago de su café—. Tengo que irme. He quedado con un cliente. Si me das un minuto para recoger unas cosas, te acerco a casa. Sigue lloviendo.

En efecto, las gotas impactan con fuerza contra los cristales donde forman pequeños ríos.

Bruno desaparece de nuevo por el pasillo. Mientras regresa, termino mi café y dejo la taza en el fregadero. Cuando vuelve a entrar en el salón lleva una sudadera en la mano.

—Toma, pónitela. Hace frío para ir en tirantes.

La recojo de su mano con un «gracias» y me la pongo.

El trayecto hasta mi casa lo hacemos en silencio. Cuando nos detenemos frente a la puerta, la tormenta se ha convertido en llovizna. Me desabrocho el cinturón de seguridad y agarro la sudadera por el elástico. Bruno me detiene colocando su mano sobre la mía.

—Quédatela, ya me la devolverás.

Asiento y le dedico una sonrisa agradecida.

—Vale. Prometo llevártela lavada.

Se ríe de la misma manera que lo vi hacerlo por primera vez en la gasolinera y mis labios se curvan como reflejo de los suyos.

—Gracias por el cobijo, el café y... —Hago un gesto vago con la mano—. Todo lo demás.

Asiento con la sonrisa todavía en la cara y yo me giro para salir del coche.

—Eva. —Me llama y vuelvo la cabeza—. A veces hace falta algo más que poner kilómetros de distancia para marcharse del todo.

Lo miro confusa, pero no me da pie para que pueda preguntar. Se despide con un «que tengas un buen día» y en cuanto me bajo del coche acelera. Lo veo desaparecer calle arriba, con la sensación que cuando él está cerca no hay mar que se sienta en calma.

SIETE

Esta mañana he encontrado una caja llena de películas en DVD en un cajón del aparador. Tengo que reconocer que su propietario tiene buen gusto porque mientras rebuscaba entre los viejos títulos he disfrutado como una niña pequeña. Al final, me he decidido por *El príncipe de las mareas*. El problema radica en que llevo más de una hora obligándome a no mover los ojos de la pantalla para no perder el hilo, sin éxito. Y todo porque mi atención vuela, en cuanto me descuido, a la sudadera que cuelga del respaldo de una de las sillas que rodean la mesa del comedor. Lleva en ese mismo lugar dos días y todavía no me he decidido a ir a devolvérsela a su dueño. Y en realidad no sé qué es lo que me retiene. O puede que sí y que se deba a su forma de ser, a sus preguntas, que me obligan a mirarme en un espejo que me descubre demasiadas cosas que no me gustan.

Me giro un poco, en busca de una postura más cómoda, y fijo mi atención en Barbra Streisand que, todo hay que reconocerlo, está estupenda en esta película. De pronto, escucho un ruido y la desagradable sensación de que no me encuentro sola en la habitación se extiende por mi columna. Me incorporo y miro despacio tras de mí. Mi mano derecha vuela hasta mi pecho y se detiene sobre el corazón que salta alocado.

—¿Tú crees que se puede entrar así en casa de los demás? Casi consigues que me dé un infarto.

El gato gira la cabeza y mueve las orejas al oír mi voz.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Se relame y me mira sin mucho interés apoyado sobre las patas traseras.

—Ya veo que solo te intereso por la comida. Tú también eres de esos, eh. Bonitos por fuera, pero todo egoísmo por dentro.

Me sostiene la mirada unos segundos y luego se levanta y se estira a placer. Cuando creo que va a salir trotando por donde ha venido, comienza a caminar con sus andares de rey en mi dirección. Se detiene junto a mis pies y me echa una mirada perezosa. No me muevo por miedo a asustarlo. Se acerca más y lo dejo hacer. Su hocico húmedo se roza contra mi piel y me hace cosquillas en los dedos. Cuando se cansa de olisquearme, ondula entre mis piernas y pone rumbo a la cocina. De camino se para junto a la sudadera, la huele y frota su cabeza contra ella.

Observo cómo gira en el umbral y desaparece. Miro la sudadera, luego el vano vacío y me levanto de un salto.

Lo veo desde lejos. Está sentado en el porche, absorto en el cuaderno que apoya sobre su pierna doblada. Y, aunque desde la distancia no puedo distinguirla todavía, soy capaz de imaginar con claridad su expresión de concentración.

Me acerco despacio con la intención de no asustarlo y, por qué negarlo, poder disfrutar de la libertad para observarlo que me proporciona la clandestinidad. El flequillo le cae sobre la frente y los músculos de su brazo se tensan ligeramente cuando desliza el lapicero sobre el papel. No puedo negar que Montse tiene razón acerca del envoltorio. La imagen quita la respiración. Del resto todavía no he conseguido formarme una opinión.

Los acordes de *November Rain* se escuchan de fondo. Me detengo a los pies de la escalera.

Está tan ensimismado que no se da cuenta de mi presencia hasta que le hablo.

—Hola —digo con una sonrisa más tímida de lo que me gustaría.

Levanta la mirada y, al verme, las líneas que, efectivamente, cruzan su frente se suavizan.

—Eva.

Pronuncia mi nombre como si esas tres letras tuvieran un significado más allá. Eso unido a la sonrisa que me dedica me provoca un cosquilleo en el estómago que me descoloca por un momento.

—¿Hoy vienes andando?

—Sí. Y seca —respondo. Los dos volvemos a sonreír—. En realidad, solo me he acercado para devolverte esto. —Balanceo la bolsa con la sudadera que cuelga de mi mano.

—No hacía falta. La verdad es que te queda mejor a ti. —Me dedica una de «esas» sonrisas y casi me sonrojo como una quinceañera—. ¿Te vas a quedar ahí abajo?

—Eh... no. —Y el «no» suena más como una pregunta que como una afirmación.

Subo los escalones acompañada de su risa y concentrada en no tropezarme y terminar desplomada como un saco en el suelo, vista mi capacidad para hacer el ridículo cuando él está delante. Una vez en el porche no sé muy bien qué hacer, así que me coloco junto a la barandilla.

—Tienes cara de frío. ¿Te apetece un café?

—Vale.

Se levanta, deja el cuaderno sobre la silla y desaparece en el interior de la casa. Sin poder evitarlo, mis ojos van a la página que ha quedado expuesta. Lo que a primera vista me parecen dibujos de estrellas, cuando me fijo bien veo que son varios diseños diferentes de rosas de los vientos.

—¿Te gustan? —La voz de Bruno a mi espalda me sobresalta. Me giro y me lo encuentro a pocos centímetros.

Me entrega mi taza y se lleva la suya a los labios mientras se coloca a mi lado y examina su trabajo desde mi perspectiva.

Bruno tiene mucho talento. Sus trazos tienen fuerza y a la vez son delicados. Todos los dibujos tienen alma y todos son preciosos, en especial el que ocupa la parte inferior de la página.

—Son muy bonitos —digo con sinceridad.

—Elige uno.

—¿Cómo?

—Que me digas cual escogerías si fuese para ti.

Lo miro con recelo y él me guiña un ojo desde detrás de su taza de café.

—Vamos, deja de fruncir el ceño y dime uno. —Desliza su índice con suavidad por mi frente y destensa los pliegues que se han formado en mi piel. Luego, se inclina hacia mí y me mira a los ojos. Los suyos brillan con un azul vibrante—. No es tan difícil.

Recorro su rostro en busca de un indicio de burla que no encuentro. Me vuelvo hacia el cuaderno y, sin dudar, señalo el último dibujo.

—Perfecto. Ya tenemos un ganador.

—Solo espero que a quien te lo haya encargado le parezca una buena elección.

—Estoy seguro.

—¿Cómo lo vas a saber?

—Porque es para mí.

Abro los ojos sorprendida y Bruno se ríe.

—Quiero colocarlo en un mosaico a la entrada del jardín.

Supongo que se refiere al espacio que se intuía a través de las ventanas en la parte trasera. Trato de imaginarlo una vez plasmado sobre el suelo. Por lo que he podido ver en mi casa, sea donde sea, seguro que Bruno hará que encaje.

Cojo el cuaderno y examino el dibujo más de cerca.

—El significado de la rosa de los vientos está asociado a no perderse en medio del océano — se explica sin necesidad de que pregunte—. Cuando las herramientas para cruzar el mar eran muy rudimentarias, este era el único instrumento que permitía surcar los mares. Esta rosa se sitúa en los mapas para marcar hacia dónde has de dirigirte.

Me giro y busco su rostro.

—¿Y tú para que la quieres entonces en tierra firme?

—Las rosas de los vientos son guías y nos ayudan a mantenernos enfocados en el rumbo correcto, pase lo que pase, continuando por el buen camino. —Su tono es relajado, pero algo en su expresión me dice que habla más en serio de lo que pretende demostrar.

Pienso en lo bien que quedaría cualquiera de esos dibujos en un tatuaje. Un símbolo de nueva vida y rumbo. Y sé por qué lo necesito yo, pero no por qué lo quiere él.

OCHO

Miro el reloj y relajo el paso, todavía faltan diez minutos para las ocho. Es sábado y el plan de esta noche pasa por cenar en casa de Olivia. Me apetece mucho. No puedo decir que seamos amigas en el sentido más estricto de la palabra, pero sí que existe cierta complicidad que podría derivar en algo bonito. También me sienta bien ver que a pesar de todos estos cambios, que me tienen dando vueltas como una veleta a merced del viento, hay cosas buenas esperándome ahí fuera, solo tengo que abrirles la puerta y dejarme llevar.

Un alegre «hola» y la sonrisa sincera de Olivia me reciben cuando se abre la puerta. Se la devuelvo y le tiendo una bolsa de papel con dos botellas de vino que he ido a comprar a propósito a una bodega del pueblo de al lado que Joan, el del bar, me ha recomendado.

—No hacía falta que trajeses nada, pero siendo vino... —Mira el interior de la bolsa—... bueno, no lo voy a rechazar. —Se ríe, me da dos besos y me invita a pasar—. Espero que no te importe que tengamos compañía. Ha venido a ayudarme con una mesa y me ha sido imposible echarlo.

—Di la verdad. —Bruno sale de la cocina y viene directo hacia mí. Cuando me intercepta me da un beso, solo uno, que me caldea la mejilla. Me resulta agradable e íntimo, como si él ya me hubiese incluido en su círculo y no fuese una extraña en su mundo, como si fuéramos más amigos de lo que en realidad somos—. No sabe cocinar y no quería quedar mal.

—¿Y de qué me vale que seas mi amigo si no puedo aprovecharme de ti? —Olivia pasa por su lado y le da un golpe con la cadera—. Además, ya que tienes la mala costumbre de vaciar mi despensa, lo mínimo que puedes hacer es cocinar para mí—. Saca tres copas y un abridor y los coloca sobre la mesa—. Anda, deja de quejarte y abre el vino. Lo ha traído, Eva.

Bruno coge la botella y la gira en su mano.

—Ves, Olí, Eva es una chica con buen gusto.

—Me lo recomendaron en la bodega —digo como una niña pillada en falta.

Se miran y se echan a reír. Y al momento mis risas se unen a las suyas. La complicidad y la confianza de quienes han compartido mucho son palpables entre ellos, sin embargo, no me siento excluida.

Ponemos la mesa entre los tres y ellos mantienen la conversación viva entre puyas y risas. Yo participo de vez en cuando, pero sobre todo me dedico a observar a Bruno en esta faceta más cálida que me sorprende y me gusta a partes iguales.

—Parece que os conocéis mucho —digo desde mi sitio en el sofá. Olivia está sentada a mi lado y Bruno en uno de los sofás enfrente de nosotras.

—A veces yo pienso lo mismo, solo que el *mucho* lo cambio por demasiado. —Olivia le tira una servilleta de papel arrugado y él la coge al vuelo.

—Muy graciosa, pecosa, pero eso no lo decías cuando te defendía de los niños que te llamaban jirafa.

—Cierto. Te castigaron dos semanas por abrirle la cabeza a uno de ellos de una pedrada, así que nunca lo podré olvidar.

Miro a Bruno a medio camino entre escandalizada y divertida y él se encoge de hombros.

—No fue para tanto. En realidad, no quería darle, pero tenía muy mala puntería. —Alarga la copa para que Olivia le sirva, después de llenar la mía y la suya.

—Y peor fama —apunta Olivia.

—¿Así que de pequeño eras un malote? —pregunto.

—No, solo un defensor de las causas justas. Nunca he tolerado a los abusones.

—Créelo, en realidad no es tan fiero el lobo como lo pintan. La mayoría de las veces hasta es un buen tipo.

Lo miro mientras recuerdo nuestro encontronazo inicial. Algo debe de ver en mi cara porque media sonrisa se dibuja en sus labios.

—Me parece que Eva no opina lo mismo.

—No es eso —me defiende.

—Va, Eva, no te cortes. —Me anima Olivia.

—Es solo que la primera vez que nos vimos me dio la impresión de que eras... un capullo.

—No te sientas mal, le pasa a menudo. A veces es poco comunicativo y parece un gilipollas arrogante. ¿Y qué te hizo exactamente? Ah, ¿Y cuándo?

—El día que llegué. Golpeó mi coche.

—En realidad, evité que tu coche terminase en medio de la autovía. Y en mi defensa diré que ese día había circunstancias atenuantes. —Apura el vino y coloca la copa sobre la mesa. Olivia lo mira y su expresión risueña desaparece durante un instante—. ¿Es que no pensáis comer nada?

Los platos y la segunda botella se van vaciando entre conversación y risas. Las que provocan las historias vergonzosas de la niñez y adolescencia del otro con las que se pican. Y así, averiguo que han compartido veranos y fines de semana desde que tienen memoria. Que cuando llegó la hora de dejar el instituto, los padres de Olivia le alquilaron un piso para que estuviese más cerca de la universidad y tuviese más independencia, y Bruno se mudó a Barcelona con ella. Que se tienen tomada la medida a la perfección y tanta conexión que podrían pasar por pareja.

—Cuéntale la historia del licor de melocotón.

—¿No me has avergonzado bastante hoy? —Bruno suspira y se acomoda en el asiento—. Fue en segundo, un año duro. Olivia había cortado con su novio de los últimos meses. —La mira y alza las cejas dos veces—. Y estaba desatada, así que salíamos mucho. Yo tenía novia, pero a veces le ponía excusas para no dejar sola a esta descerebrada.

La aludida parpadea coqueta y le tira un beso.

—Esa noche íbamos a quedarnos en casa, pero a Olivia le dio el bajón y, después de acabar con todo el alcohol que encontramos, me convenció para que saliésemos a bailar. En el metro, de camino al centro iba tan mareado que en uno de los frenazos perdí el equilibrio y acabé encima de la mujer que ocupaba el asiento justo detrás de mí. Era la madre de mi novia. Para colmo, cuando intenté disculparme, todo el alcohol decidió abandonar mi cuerpo y le vomité sobre los zapatos. Media botella de licor de melocotón, que fue lo único que habíamos encontrado en casa. No le contó nada a su hija pero estuvo poniendo melocotón en almíbar de postre durante un año. Desde entonces odio el melocotón, solo el olor me pone malo. —La expresión se le descompone al recordarlo y los tres nos echamos a reír.

La conversación sigue fluyendo y va cambiando de un tema a otro sin que seamos conscientes del paso del tiempo. Al quinto bostezo de Olivia, Bruno se levanta.

—Deberíamos recoger. Estás muerta de sueño y mañana madrugas.

Miro el reloj. La tarde ha pasado en un suspiro. Aun así, siento un aguijonazo de decepción. Ha sido agradable. Mucho. Y no solo por Olivia. Con ella me he sentido cómoda desde el primer día. Sin embargo, con Bruno las cosas han cambiado. Sigue siendo demasiado intenso para mí, incluso cuando, como hoy, está relajado, pero la inquietud que me produce es distinta y más parecida a la curiosidad.

Olivia se tapa la boca que vuelve a abrirse y niega con la cabeza.

—¡Dios de mi vida! ¿Cuándo me he convertido en la amiga aburrida?

Bruno se inclina al pasar por su lado con las manos cargadas de platos vacíos y le besa la coronilla.

—Nunca lo has sido. Solo trabajas demasiado. Ahora mueve el culo. Cuanto antes terminemos antes te podrás ir a dormir.

Los observo con envidia. Una vez yo tuve una complicidad parecida con Marco. Que luego, cuando comenzamos nuestra relación, se transformó en amor. Uno que yo creía sólido.

—Sí, yo también debería irme.

No me pasa desapercibida la mirada de Bruno cuando me escucha. Si no supiera que es imposible, a veces creería que puede escuchar mis pensamientos.

En diez minutos hemos puesto el lavavajillas y terminado de recoger. Recuperamos nuestros abrigos y Olivia nos acompaña a la puerta.

—Descansa, pecosa. —Bruno y ella se abrazan y él le deja un beso suave en la mejilla.

Llega mi turno y me acerco para despedirme.

—Gracias por la cena. Lo he pasado genial.

—Yo también. Tenemos que repetirlo, pero la próxima solo noche de chicas. —Me guiña un ojo y, para mi sorpresa, también me abraza después de darme los dos besos de rigor.

En la calle, el cielo está totalmente despejado y la temperatura ha bajado unos cuantos grados, tanto que pequeñas nubecitas blancas se dibujan frente a nuestras bocas.

—¿Has traído el coche?

Niego dando saltitos sobre mis pies.

—Entonces, te acompaño.

—No hace falta.

Me ignora y tira de mi brazo con suavidad.

—Mejor lo discutimos mientras andamos. Joder, qué frío. —Se lleva las manos a la boca y sopla.

A pesar de la temperatura, caminamos despacio. El silencio que llena las calles nos acompaña en nuestro paseo y tengo la sensación de que somos las dos únicas personas que habitan el planeta. Miro a Bruno de reojo, con el cuello del abrigo levantado, los labios rojos por el frío y los ojos brillantes, y pienso que no sería el peor destino. Ese pensamiento me recuerda otro que lleva rondándome parte de la noche. Consigo contenerme unos metros, pero, al final, mi curiosidad es más fuerte que mi prudencia.

—Me ha quedado una duda en tu historia del licor de melocotón. ¿Qué pasó con tu novia?

—Que se convirtió en mi mujer.

No entiendo el peso que siento en el estómago cuando escucho la última palabra, porque después de todo a mí no debería importarme si ha estado casado o lo sigue estando. Reconozco que es guapo y tiene un algo que atrae, pero lo último que necesito en este momento de mi vida es

pensar en historias de cualquier tipo.

—Y tú, ¿dónde conociste a tu ex?

—A través de un amigo común. De vez en cuando salía con nosotros. Congeniamos muy bien desde el primer día. Y poco a poco una cosa dio paso a la otra. Estuvimos juntos cinco años. El resto ya lo sabes. No lo vi venir.

—No creo que sea cierto.

Su contundencia me molesta.

—Sí que lo es.

—La mayoría de las veces preferimos ignorar las señales.

—Puede que en otros casos sea así, pero no en el mío. No hubo señales, nosotros teníamos una buena vida y nos llevábamos bien, ni siquiera discutíamos.

—Ahí lo tienes.

—No te entiendo.

—Vale, a ver si acierto. Os veíais poco entre semana. Los sábados salíais a cenar con alguna pareja de amigos y los domingos comíais con la familia. Solo os besabais en los labios para saludaros o despediros y, cómo no, en la cama los sábados porque tocaba sexo. ¿Sigo?

—Teníamos mucho sexo. —Es lo único que puedo rebatirle, porque el resto, con matices, se parece demasiado a mi vida.

—¿Siempre?

No, no siempre. Habíamos tenido una etapa en la que el sexo se había vuelto más esporádico, pero en los dos últimos meses las cosas habían cambiado y parecía que estábamos recuperando la pasión perdida. El sabor acre de la traición me llena la boca cuando me doy cuenta de la realidad: que esa salida de la rutina no tenía nada que ver conmigo y mucho con la culpabilidad que sentía Marco.

Bruno asiente, al aparecer, mi silencio resulta más esclarecedor que las palabras. Aun así, no me doy por vencida. Porque hacerlo sería como reconocer que me he estado engañando y que he normalizado, por costumbre o por rutina, aspectos de mi vida que no me gustaban o con los que no estaba conforme. Y eso me entristece y me hace sentir que he perdido mucho más de lo que creía: una parte de mí, solo que mucho antes y sin darme cuenta.

—El sexo no lo es todo. Las cosas cambian, se vuelven más calmadas, y eso no es malo necesariamente.

—El sexo no lo es todo, pero es lo que diferencia a una pareja de amigos de una de amantes. La complicidad, la pasión, el deseo. Y es un indicador más del estado de una relación.

No tengo energía para rebatírsele, porque en el fondo sé que tiene razón. Envuelvo el abrigo con más fuerza alrededor de mi cuerpo como si así pudiese paliar el frío que se me ha quedado dentro. Bruno me mira y debe percibir mi estado de ánimo, porque no vuelve a despegar los labios hasta que me da las buenas noches en la puerta de mi casa.

Cuando entro y cierro tras de mí, suspiro agradecida. Mi humor se ha vuelto del mismo color que la noche y solo tengo ganas de meterme en la cama y hacer un fundido en negro. No quiero pensar.

NUEVE

Me duele la espalda y noto los ojos reseco. El lunes recibí un correo electrónico de la editorial en el que me pedían una traducción urgente por un error en la edición de un libro que está a punto de publicarse. No pude negarme y llevo, prácticamente, toda la semana viviendo pegada a esta silla y a la pantalla del ordenador. Me estiro contra el respaldo y roto los hombros y el cuello. Aun así, la tensión de mis músculos no cede. Es hora de hacer un descanso.

Montse me sonrío cuando me ve aparecer por el pasillo y se levanta de su silla.

—Hoy me toca a mí. —Sale de detrás del mostrador y va directa a la máquina de café. Saca su capuchino y un café con leche largo para mí y me lo entrega. Es nuestro pequeño Kit Kat de la mañana y se ha convertido en una costumbre disfrutarlo juntas.

—¿Cómo lo llevas?

—Avanzando, pero todavía creo que el tiempo es demasiado justo. Ya veremos.

—Si necesitas trabajar alguna tarde, podría pedir permiso.

—Gracias, pero no es necesario. Me organizo bien con el material que me llevo preparado de aquí.

—De todas formas, si lo necesitas solo tienes que pedírmelo. No me cuesta trabajo.

Le sonrío con gratitud.

—No creo que lo necesite, pero lo tendré en cuenta.

El sonido de las puertas automáticas al abrirse interrumpe nuestra conversación y nos hace girarnos. Un súbito ramalazo de alegría me asalta cuando veo a Bruno al otro lado del cristal. Mi reacción me hace sentir un poco tonta, pero luego me digo que somos algo así como amigos y que es normal.

Lo observo avanzar con la mirada fija en unos papeles. Viste una camisa azul vaquera, que destaca el color de sus ojos, abierta sobre una camiseta blanca y el pelo le cae revuelto sobre la frente. Se lo aparta de un manotazo en un gesto muy suyo y al alzar la vista sus ojos me encuentran y se detienen en mí durante un instante.

Su expresión me resulta indescifrable cuando pasa frente a nosotras y nos da los buenos días. No sé si lo que veo en sus labios es una sonrisa o una mueca de disgusto mal disimulada. Me recuerda al Bruno que conocí en la gasolinera. ¿Cuál será hoy su excusa?

Durante los diez minutos siguientes me dedico a controlar el pasillo por el rabillo del ojo mientras hablamos de nimiedades y algo me dice que no soy la única. Esta vez cuando Bruno reaparece camina directo hacia nosotras y se detiene justo a mi lado.

—Hola. En urbanismo me han dicho que me podrías hacer una copia de estos papeles. —Los deja sobre el mostrador y Montse los recoge.

La observamos en silencio mientras los hojea en un vistazo rápido, antes de poner rumbo a la fotocopidora y dejarnos solos.

—Así que es aquí donde te escondes.

Lo veo sonreír por el rabillo del ojo y me pregunto si eso quiere decir que me ha buscado o es solo una manera de romper el hielo.

—No creo que sea posible esconderse en un pueblo de cien habitantes.

Nos callamos cuando vemos aparecer de nuevo a Montse. Sin prestarnos ninguna atención, consulta algo en el ordenador y se vuelve a marchar quejándose entre dientes.

—¿Tienes algo que hacer esta tarde? Me gustaría enseñarte una cosa.

Pienso en las páginas que aún me quedan por traducir y corregir y, en un intento de justificarme, le digo a mi Pepito Grillo particular que no pasa nada si lo hago por la noche. Un poco de distracción no puede venirme mal.

—Nada especial.

—Entonces, te espero en casa. Pásate cuando quieras.

—Dos euros con cuarenta. —La voz de Montse me sobresalta.

Bruno sonríe y deja el dinero sobre el mostrador. Cuando Montse se gira para guardar el dinero en la caja, se inclina hacia mí.

—Deberías ponerte más esos pantalones.

Lo miro y me guiña un ojo. Luego nos da los buenos días y se aleja, dejándome con un cosquilleo en el estómago.

Las dos nos quedamos mirando el espacio que ocupaba Bruno, ahora vacío. No resulta muy elegante por mi parte, pero es como si tuviese un diablo y un ángel sobre cada uno de mis hombros y esta vez ha ganado el diablo.

—¿Conoces a su mujer?

—¿A Marta? Sí, la conocí. Una historia triste.

La última frase me sorprende. Trago saliva y espero.

—Me acuerdo de que al principio venían algunos fines de semana. Yo todavía era pequeña, pero recuerdo verlos abrazados por la plaza. Ella siempre sonreía y conseguía que Bruno también lo hiciese. Era muy divertida.

Trato de imaginarlos. Sí, seguro que también era guapa.

—Luego se casaron y se les empezó a ver menos. Imagino que por el trabajo y demás. Hará cosa de dos años Bruno volvió. Al parecer había comprado la que es ahora tu casa e iba a rehabilitarla. Volvían al pueblo de forma permanente. O eso dijo él, porque Marta rara vez aparecía.

Me tenso ya que me temo que esta es la parte que no me va a gustar.

—La última vez que estuvo aquí los gritos se escuchaban por toda la calle. Ella lo acusaba de mentirle, de haberla dejado de querer y no tener agallas para decírselo. Se marchó muy alterada. Tuvo un accidente a quince kilómetros del pueblo. El coche dio varias vueltas de campana y quedó siniestro. Los bomberos tardaron una hora en sacarla. Estuvo en coma varios meses, luego... bueno, ya te imaginas.

Se me congela la expresión en la cara.

—Siempre se ha rumoreado que Bruno la engañaba. Meses antes y también después del accidente lo vieron en un restaurante de Barcelona con una mujer morena.

Me despierto desorientada tras un sueño profundo y agitado. He llegado a casa tan cansada, que en cuanto mi cuerpo ha tocado el sofá con el estómago lleno me he quedado dormida. Mientras bebo un vaso de agua para tratar de bajar el nudo de angustia que todavía me oprime la garganta, las palabras de Montse vuelven a mi cabeza.

Y allí continúan durante el trayecto hasta casa de Bruno. No sé qué pensar. Me cuesta mucho

conciliar la imagen que me he ido construyendo de él con la de la persona que ella ha descrito. Aunque quizá esté equivocada. Es cierto que no lo conozco lo suficiente y que a veces puede comportarse como un idiota sin pizca de tacto. Además, la infidelidad no es un rasgo de carácter que se lleve escrito en la frente. Y no podemos dejar de lado que mi capacidad para juzgar a las personas no se encuentra en su mejor momento. Como prueba de ello, el motivo de mi presencia aquí.

Vuelvo a encontrarlo en la terraza, apoyado en la barandilla, y esta vez es él quien me ve primero y me saluda con la mano en alto. Levanto la mía para devolverle el saludo e imprimo un poco de velocidad a mis pasos.

—¿Estás bien?

Es lo primero que me pregunta con el ceño fruncido cuando subo los escalones del porche. Odio ser tan transparente a sus ojos. Maldito, Bruno.

—Sí, solo un poco cansada. Demasiado trabajo esta semana. —Me giro y llevo la vista al frente para evitar su mirada—. El cielo está increíble esta tarde. —Y aunque es cierto, lo que pretendo es desviar su atención.

Sus ojos recorren mi rostro y aguanto su escrutinio. Su expresión se suaviza y sé que va a dejarlo correr.

—Sí, hay pocos atardeceres como estos.

Nos quedamos callados admirando el espectáculo que la naturaleza nos ofrece. Cuando el sol casi se ha ocultado del todo, suspiro y me giro hacia él.

—Y bien... ¿qué me querías enseñar?

Bruno sonrío.

—Ya veo que tienes prisa.

—No... yo...

Se ríe y tira de mí.

—Anda, vamos.

Entramos y cruzamos el salón. Bruno abre la cristalera y con un gesto me invita a pasar. Salimos a un pequeño jardín rodeado de árboles que parece formar parte del bosque que se extiende a continuación y justo en el medio, hecha de piedra, veo la rosa de los vientos que yo elegí. Mis ojos recorren las líneas, los colores. Las piedras pulidas brillan y los tonos contrastan y a la vez se funden con la naturaleza que los rodea.

—¿Qué te parece? —Se ha parado a mi lado con las manos dentro de los bolsillos de sus pantalones vaqueros.

Me giro y busco sus ojos.

—Maravillosa. —Y mis pupilas brillan contagiadas de la magia que es capaz de crear con sus manos.

—Te aseguré que no defraudarías a quien lo había encargado —dice con media sonrisa.

—¿Puedo?

—Claro.

Avanzo y me coloco en el centro exacto. Giro sobre mis pies. El norte enfoca hacia la casa.

—El hogar. —Se adelanta Bruno leyendo la pregunta en mi cara—, No como algo físico, sino como un punto en el que te sientes bien contigo mismo sin necesidad de nada más. Ese es el rumbo que no quiero perder nunca. —Carraspea y se pasa una mano por el pelo—. Por cierto soy una

mierda de anfitrión, ni siquiera te he preguntado si quieres tomar algo.

Esta vez soy yo la que lo dejo correr porque a veces me cuesta llamar a las cosas por su nombre y no sé si me gustarían las respuestas a las preguntas que querría plantear. Lo cierto es que me gusta estar con Bruno. Esta especie de rara amistad. Y, por ahora, no la quiero perder. Así que sonrío y solo le digo que una cerveza está bien.

Me siento en el escalón y observo el jardín. Una mezcla de naturaleza salvaje con la pizca justa de intervención humana para que sea habitable. El complemento perfecto para el resto de la casa.

—Es bonito —digo cuando Bruno se sienta a mi lado y me tiende un botellín de cerveza.

—Todavía queda mucho por hacer. Por cierto, espero que no quieras un vaso, porque los cuatro que tengo están dentro del lavavajillas.

—Así está bien. Gracias.

Levanta su botella y yo lo imito antes de beber.

—Así que cuatro vasos y una puerta.

Se encoge de hombros con una sonrisa.

—No soy de tener muchas cosas. —Juega con la etiqueta—. Me vine a vivir aquí solo con una mochila al hombro. Dormía en un saco en el suelo y hasta el tercer día no restablecieron el suministro eléctrico. Olivia no pisó por aquí hasta un mes después. Decía que le daba miedo que se le cayese la casa encima. —Sonríe—. Voy haciendo las cosas cuando encuentro un rato. Me gusta así. No tengo prisa.

—Has encontrado tu lugar en el mundo.

—Nada es inmutable. Las circunstancias cambian. Nosotros también. Pero hoy por hoy sé que es aquí donde quiero estar. Con eso me vale.

Siento envidia de su determinación, de que tenga las cosas tan claras.

—Te estoy aburriendo. Puedo ponerme demasiado metafísico, es otro de mis defectos. Como ves tengo muchos.

—Eso no te lo puedo negar.

Su carcajada baja y grave se extiende por el jardín.

—No, es broma. Solo pensaba que me gustaría estar en ese punto. Tener las cosas claras, lo que quiero y lo que no.

—Saber lo que quieres no siempre es una ventaja y a veces no ayuda a conseguirlo —dice suave con sus ojos fijos en los míos.

Y en ese momento lo noto. Todo a la vez inundando mis sentidos. Su olor. El calor de su piel a milímetros de la mía. Y luego, el vuelco en el estómago, el hormigueo en mi propia piel, los latidos erráticos que se aceleran. La felicidad física que precede a las emociones más bonitas. Y aunque haga mucho que no la siento o, al menos, no con esta intensidad que acompaña a los comienzos, soy capaz de reconocerla: la atracción, la magia. Y de temerla. Porque no es para mí. No ahora. No con él.

—Tengo que irme. —Me levanto de golpe y camino hacia la casa.

Bruno me sigue en silencio y solo lo rompe para despedirse desde la puerta con un sencillo «buenas noches, Eva», al que yo casi no soy capaz de contestar.

Cuando llego a casa, subo directa a la habitación y me dejo caer sobre la cama con los brazos en cruz. Aunque la caminata de vuelta me ha servido para serenarme, puedo anticipar que me va a

costar dormir. Me deshago de las deportivas, me acomodo contra las almohadas y cojo el libro que descansa sobre la mesilla de noche —lo saqué en préstamo de la biblioteca hace cuatro días y todavía no lo he empezado—. Poso mis ojos sobre la primera palabra y vuelvo a ponerme en pie. Me acerco al armario y lo abro. Las noches todavía son frescas y sentir el peso cálido de una manta sobre mis piernas me hace sentir bien. Según me aúpo sobre las puntas de mis pies y tiro de la esquina de la manta, una sombra cae por encima de mi cabeza hasta el suelo con un estruendo metálico. Doy un salto hacia atrás con un grito y el gato aterriza en el lugar que acabo de dejar libre.

—¿Pero se puede saber qué hacías tú ahí dentro? —le reprochó con la respiración todavía alterada.

Me mira con sus ojos dorados y maúlla.

—Te estás tomando demasiadas confianzas. Mi armario no es un lugar para dormir.

Yergue la cabeza y con paso perezoso avanza hasta los pies de la cama y se tumba. Lo observo lamerse la pata y luego pasarla por su cara con parsimonia, y niego con una sonrisa. Me parece que tengo un nuevo compañero de piso.

Una caja de lata entreabierta descansa en el suelo a unos metros de mí. Ha caído de las alturas junto con el gato. Me imagino que estaría en el altillo del armario y mi amigo felino la ha tirado al bajar. Me agacho y al levantarla varias hojas de papel se esparcen a mi alrededor. La dejo sobre la cama, suspiro con fastidio y comienzo a recogerlas. Abro una de ellas, imaginando que serán documentos relacionados con la casa, licencias o algo semejante, y ya no puedo dejar de leer.

DIEZ

De: Bruno Ruiz

Para: Marta Torres

25 de febrero de 2017

Enterrar parte de tu vida, una parte importante, dentro de unas cajas de cartón es un proceso doloroso y triste. O, al menos, así esperaba sentirme. Y no es que no lo haya hecho. Solo que además me he sentido aliviado. Liberado. Culpable también figura en la lista. Supongo que no te sorprende ya que tú también me consideras así.

Resulta curioso cómo la distancia y las vivencias pueden cambiar nuestra forma de ver las cosas. Todo me ha parecido diferente, incluso Barcelona. Y no me engaño, supongo que tiene que ver más conmigo que con los cambios que ha experimentado la ciudad en estos últimos años. Con el cinismo que no existía en mis ojos de chaval enamorado a reventar de ganas de comerse el mundo. Y con el hecho de que con el paso del tiempo las corazas que nos protegen van cayendo y la vida y nosotros mismos cada vez nos mostramos más. Nuestras decisiones nos cambian. Yo eso lo sé bien. Los dos lo sabemos.

Estoy cansado, Marta, cansado de tantas vueltas, de pensar. Es todo lo que he hecho en estos últimos días perdido entre recuerdos. En lo que pudo haber sido, pero no fue. En lo que pude haber hecho y no hice. En lo que no debí hacer. Ahora lo único que quiero es llegar a casa y deshacerme de esta sensación de extrañeza, de no reconocermé. Necesito calma, no quiero rebobinar y perderme en algo que ya no somos.

ONCE

Me despierto con el sonido del timbre que retumba en mis oídos y salto de la cama más dormida que despierta. Ayer trabajé hasta tarde para poder cumplir con el plazo acordado con la editorial para la traducción que tanto les urgía y mi cuerpo me pide más horas de sueño. Me froto los ojos mientras ahogo un bostezo, bajo la escalera a trompicones y justo llego a la puerta en el momento en el que el pitido vuelve a sonar.

—Ya, ya. Me gustaría saber dónde está el incendio —musito malhumorada y me aliso el pelo con la mano antes de abrir—. ¿Mamá? ¿Papá?

—Hola, cariño. ¡Felicidades! —dicen a coro.

Mi mirada salta de uno a otro mientras yo permanezco inmóvil como si quien estuviese al otro lado de la puerta fuese Medusa.

—¡Eva!

Solo reacciono cuando el calor de mi madre me rodea al envolverme entre sus brazos y una sonrisa enorme se dibuja en mi cara.

—¿Pero qué hacéis vosotros aquí?

—Felicitar a nuestra niña. No íbamos a dejar que pasases sola el día de tu cumpleaños —explica mi padre antes de sacarme de los brazos de mi madre para estrecharme entre los suyos. Me cobijo contra su cuello y aspiro su olor a infancia feliz.

—Estáis como una cabra. —Río todavía sorprendida—. Anda, pasad.

—Qué va. —Le quita importancia mi madre con un gesto de la mano—. Tu padre me debía un fin de semana en la Costa Brava desde hace diez años y este momento era tan bueno como cualquier otro. ¿A que sí, Luis?

El aludido contesta con un «por supuesto» y me guiña un ojo. Sonrío. Me da igual el motivo, me hace muchísima ilusión tenerlos aquí.

—Entonces ¿hasta cuándo os quedáis?

—Hasta el lunes. Tu padre ha reservado un hotel monísimo en primera línea de la playa de Tossa de Mar.

—Podíais haberos instalado aquí. Hay sitio. —Los he echado de menos y no me importaría tenerlos unos días conmigo, pero los conozco y sé que no querrán invadir mi privacidad.

—Lo sabemos, cielo. Pero no queríamos molestarte —dice mi madre como si me leyese el pensamiento, y me hace una carantoña—. Por cierto, me encanta la casa. Es mucho más bonita que en las fotos que me enviaste. ¿Bruno, me dijiste que se llamaba el propietario?

—Sí, mamá, Bruno.

—No lo pierdas de vista. Quizá podríamos hablar con él para la reforma de la casa de los abuelos.

Asiento sin demasiado énfasis, no quiero darle alas al asunto ni a mi madre, ya puestos. Si continúa pensando en ello es muy capaz de terminar pidiéndome que lo invite a tomar café. Y no es que lo esté evitando. Aunque es cierto que no nos hemos visto en los últimos días y puede que haya tenido que ver con que he estado encerrada terminando el trabajo urgente que me habían encargado. O también puede que yo haya puesto un poco de mi parte para esquivar los posibles

lugares comunes. No sé. Me siento rara. Hay muchas emociones confusas que tengo que catalogar y etiquetar tras nuestro último encuentro. Y luego están la historia que me contó Montse y los correos que encontré en el armario.

—Si no tienes nada que hacer antes, hemos pensado que podríamos ir hasta la costa, pasear un rato y luego comer por allí —dice mi padre.

—Claro. Eso sería genial. Dejarme quince minutos para darme una ducha y nos vamos.

—Ya serán cuarenta y cinco —réplica y mi madre y él se ríen.

Los ignoro con una mueca, pero también sonrío y, tras dar un beso a cada uno, subo a arreglarme.

Las horas pasan volando. Suele ocurrir cuando te encuentras en buena compañía, y mis padres son la mejor que podía imaginar para este día. Los he añorado muchísimo. En realidad, no me he dado cuenta de cuánto hasta que no los he tenido aquí conmigo. Hemos caminado sin prisa mientras disfrutábamos de los preciosos paisajes que nos regala la Costa Brava, charlando y poniéndonos al día. Recreándonos en la intimidad y calidez que los correos electrónicos que hemos cruzado en estas semanas no pueden proporcionar y que ambas partes hemos echado en falta. Les he hablado del pueblo y de mi vida en él. De mis rutinas, las que voy creando poco a poco. De Olivia. Y de Prince, mi compañero de casa. Y creo que han respirado más tranquilos al comprobar que no me he convertido en una ermitaña que se ha aislado del mundo.

El día ha sido estupendo y su compañía tan reconfortante que me da pena que se acabe. Nos hemos sentado a tomar café en una terraza con vistas a un acantilado donde el mar golpea suave, pero sin pausa. El cielo comienza a volverse anaranjado. Miro al horizonte y respiro hondo.

—Siempre eres guapa, pero mucho más cuando sonríes —dice mi padre.

Vuelvo la vista hacia él y ensancho la sonrisa que no me había dado cuenta de haber esbozado.

—Sienta bien oírlo, aunque sea amor de padre.

—No seas boba, claro que eres preciosa. Por dentro y por fuera —réplica mi madre—. Y me gusta verte así, relajada.

Respiro hondo y doy una vuelta a mi taza de café.

—Todavía duele. —Hago una pausa—. Pero sí, me encuentro más tranquila.

—Nena, no quiero presionarte, sin embargo, en algún momento deberás enfrentarte a lo que ha pasado. No puedes dejar tu vida en pausa por un desengaño.

—Lo sé, papá. Solo necesito algo de tiempo para sentirme más fuerte.

—Eres fuerte. —Coloca su palma sobre mi rodilla—. Solo trata de no olvidarlo.

Se hace el silencio y las miradas de mis padres se cruzan en un gesto que conozco muy bien.

—¿Qué no me estáis contando?

Mi madre suspira.

—Marco ha llamado un par de veces a casa. Nos dijo que necesita hablar contigo. Eva. —Su voz se suaviza—. No puedes posponerlo eternamente. Habéis estado juntos cinco años y teníais una vida en común.

El estómago se me encoge y un sudor frío me humedece las palmas de las manos.

—Y... ¿dijo algo más? —Un nudo aprieta mi garganta al preguntarlo.

—No mucho. Que sentía lo que había pasado. Nos rogó que te convenciésemos para que te pusieses en contacto con él.

Bajo la vista y miro el interior de mi taza sin verlo. Soy consciente de que tienen razón y de

que no podré esconderme eternamente, porque tengo claro que eso es lo que hago, pero solo pensar en escuchar su voz me trae de vuelta a aquel día y a todos los demás horribles que vinieron después mientras los escombros de mi *perfecto y controlado* mundo caían sobre mí y me ahogaban. Y ahora que siento que de nuevo puedo respirar no quiero volver a hundirme.

—Lo pensaré. —No puedo comprometerme a nada más por el momento.

No tardamos mucho en despedirnos, prefiero volver al pueblo antes de que el sol se esconda del todo; no me gusta conducir de noche por carreteras que no conozco.

Abrazo con fuerza a mi padre que bromea con que le coja el gusto a la vida rural y no vuelva a Madrid. Le contesto que es imposible porque soy una urbanita irredenta. Cuando le toca el turno a mi madre enmarca mi cara con sus manos y me dice:

—Cariño, no tienes por qué perdonarlo, pero no dejes que sus decisiones dirijan tu vida. — Luego me envuelve entre sus brazos y me besa en las dos mejillas.

Miro por el retrovisor y los veo con las manos alzadas. Mi padre rodea con su brazo a mi madre que apoya la cabeza en su hombro. Suspiro y levanto la mano para decirles adiós una vez más.

La conversación final ha conseguido empañar un poco el brillo del día y el camino de vuelta lo recorro con el coche atestado; mis pensamientos ocupan demasiado espacio y se convierten en unos compañeros de viaje incómodos. Para mitigar su influencia, pongo a Andrés Suárez a un volumen suave y me dejo acunar por la melancolía que desprenden sus letras, muy acorde con mi estado de ánimo.

Veo a Olivia frente a la puerta nada más entrar en mi calle. Se da la vuelta cuando escucha el motor del coche y me saluda con esa sonrisa tan suya que le llena la cara. No me da tiempo a preguntar, en cuanto me paro a su lado abre la puerta y se sube en el asiento del copiloto.

—Estaba a punto de darme por vencida —dice a la vez que se inclina para dejar un beso breve en mi mejilla—. Me tienes que llevar a un sitio. —La miro y sonrío misteriosa mientras se ajusta el cinturón de seguridad—. Recto y luego la segunda a la derecha, por favor.

Me rio, pero no pongo pegas y acelero obediente. Su buen humor ha conseguido que el coche ruede de nuevo más ligero.

Solo tardo un par de minutos en adivinar nuestro destino. Y cuando Olivia me pide que tome la carretera que bordea el pueblo, mis pulsaciones se precipitan y no consigo acallarlas durante el resto del trayecto.

La claridad se cuela a través de los ventanales e ilumina las sombras de la noche que empieza a asomar cuando nos detenemos frente a la casa de Bruno. Con las manos todavía apoyadas en el volante observo la estructura de piedra que destaca entre la vegetación y parpadeo como un ciervo asustado al que le hubiesen deslumbrado las luces de un coche en medio de la carretera. Olivia se quita el cinturón de seguridad, abre la puerta y, al ver que no me muevo, se gira con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Es que piensas quedarte ahí todo el día?

—Eh... no. —Saco las llaves del contacto y me bajo del coche.

Mientras avanzamos, se vuelve un par de veces, sin perder la sonrisa, para comprobar que la sigo. No entiendo que le resulta tan divertido.

No hemos subido aún todos los escalones del porche cuando la puerta de entrada se abre y tras

ella aparece Bruno. Le bastan solo unos segundos para ubicarme y, antes de abrazar a Olivia que camina delante de mí, me regala una mirada y una sonrisa fugaces que provocan de nuevo ese estallido huidizo que me eriza la piel. Lo vuelvo a sentir cuando sus labios se posan sobre mi mejilla para darme un beso suave que me obliga a preguntarme cómo reaccionaría mi cuerpo si lo que besase fuera mi boca. ¿Y el suyo? Traicionera imaginación.

Antes de que haga o diga alguna estupidez de las que se han vuelto tan habituales cuando Bruno entra en la ecuación, Olivia se mete entre los dos, me agarra de las manos y tira de mí hacia el interior. Continúa siendo la misma casa sin puertas y con el suelo a medio cambiar, la diferencia estriba en los dos globos enormes con forma de números tres y dos que flotan en medio de la sala rodeados de decenas más pequeños de todos los colores. Mi primera reacción es llevarme las manos a la boca.

—¡Feliz cumpleaños! —grita Olivia palmeando como una niña.

Supongo que es la acumulación de emociones del día o que pensaba que este iba a ser el cumpleaños más triste de la historia, incluso más que aquel de primaria al que solo vinieron dos niñas porque mi *archienemiga* y chica más popular de la clase también decidió celebrar el suyo el mismo día, pero tengo ganas de llorar. Sin embargo, en vez de eso me tiro a los brazos de Olivia y la abrazo con todas mis fuerzas.

—No sé qué decir. Muchísimas gracias.

—No me las des solo a mí. —Me guiña un ojo y señala con un gesto a Bruno que nos observa a un par de pasos de distancia con las manos en los bolsillos del pantalón vaquero y una sonrisa en los labios.

Me giro despacio y me acerco a él. Levanto la cara y busco sus ojos. Los suyos recorren mi rostro rasgo a rasgo en una mirada que tiene tacto de caricia.

—Gracias.

—No tienes que darlas. Feliz cumpleaños.

No sé si llamarlo conexión, atracción o magia, pero la siento tomar cuerpo a nuestro alrededor cargando el aire de una electricidad extraña. Y de pronto, o quizá está ahí desde el principio y es otra de esas cosas que he preferido ignorar y a las que Bruno se refiere cuando dice que no quiero ver, me resulta demasiado tentador dejarme atrapar por ella solo unas horas, sentirme viva, ligera, sería un gran regalo de cumpleaños. Pero no estamos solos, así que con un suspiro quedo, me obligo a apartar la mirada.

—Es increíble. ¿Cómo lo habéis sabido? —Cojo la copa que me entrega Olivia y la sigo hasta el sofá.

—Lo vi en la copia del carnet de identidad que me enviaste con la documentación para el contrato. —En vez de sentarse, alza su mano con la copa y Bruno y yo la imitamos—. Por las cosas buenas que la vida nos pone en el camino. Por, Eva.

Los cristales tintinean y sonrío emocionada.

—Espero que tengas hambre. Esta noche la cena la hemos preparado entre los dos.

—Sí y no tienes que preocuparte porque ya lo he probado yo todo. —Bruno deja varios platos sobre la mesa y me guiña un ojo.

—No le hagas caso —replica Olivia—. La repostería y los hojaldres son lo único que en términos culinarios puedo decir que es lo mío.

Me río, cojo una tartaleta con algo en su interior y me la meto en la boca.

—¡Uhm... está buenísimo!

—Ya te lo dije. —Sonríe orgullosa.

—Debes de ser la única pastelera que no sabe cocinar.

—Ya sabes que soy única en muchas cosas, amiguito. Además, en algo tendrás que destacar tú, ¿no?

—¿Y tú que has cocinado? —le pregunto a Bruno—. Huele fenomenal.

—*Fetuccini* Alfredo.

Me mira y yo me llevo la copa a los labios en un intento de ocultar mi reacción, porque sé, sin duda alguna, que el vino no es el único culpable del calor que siento ahora mismo en el estómago.

Cenamos entre risas en un ambiente distendido y, aunque Bruno se comporta con normalidad, yo soy demasiado consciente de su mirada brillante cada vez que se cruza con la mía. Por eso cuando, tras la tarta, Olivia anuncia que se marcha me ofrezco a llevarla.

—Ah, eso sí que no. Es tu cumpleaños y todavía queda media botella de vino sobre la mesa y en la nevera una bandeja de trufas. Disfrútalas por mí. —Se inclina y me besa en la mejilla.

—Gracias por todo. Ha sido genial.

—Tú eres genial.

Coge su abrigo y yo la sigo con la mirada mientras se dirige a la salida acompañada por Bruno. Tras fundirse en un abrazo, Olivia me dice adiós una última vez con la mano y desaparece tras la puerta. Nos hemos quedado solos.

Desde mi lugar en el sofá veo cómo Bruno se dirige a la nevera y vuelve con la caja de trufas en la mano.

—Si no te las doy, mañana me mata. —Se inclina y las deja sobre la mesa.

—No creo que pueda comer más. —Me froto la tripa y él sonrío.

—¿Estás cansada?

—Ha sido un día de muchas emociones, pero no. Puede que demasiado llena y un poco borracha, sí, pero no cansada. —Y es cierto. Me siento feliz, nerviosa y muy viva.

—Bien, porque todavía no te he dado tu regalo. Vamos. —Me tiende la mano y yo me quedo mirándola como si fuese un arma de destrucción masiva, porque se me pasa la tonta idea por la cabeza de que si la cojo podría llevarme a cualquier lugar sin que opusiese resistencia. Ante mi inmovilidad se echa a reír. Luego se agacha, entrelaza los dedos de su mano con los míos, inmóviles en mi regazo, y me levanta del sofá. Sin soltarme, me da la botella de vino y abre la puerta que da al jardín.

—¿Dónde vamos? Hace frío para pasear al aire libre.

—Shhh... Relájate.

Lo dice como si fuese algo fácil. Me gusta moverme sobre certezas. Es mi zona de confort. Y para mí no hay nada más incierto que Bruno con sus silencios, sus miradas y sus sonrisas. Me inquieta, desequilibra mi mundo. Desearía poder leerlo como él hace conmigo.

Mi cara debe de ser un poema, porque me mira y se echa a reír.

—Parece que te llevo al matadero.

Alzo las cejas y su sonrisa se ensancha.

—Puedes confiar en mí —susurra y se aparta de delante.

Cuando veo el jardín me quedo sin respiración porque lo que antes solo eran hierba y plantas, ahora son mantas y cojines en el suelo, una mesa baja de madera con dos copas de cristal, el fuego

que danza sinuoso en una especie de chimenea portátil y, prendida a la valla de madera, una lona blanca en la que se proyecta una imagen en blanco y negro a la espera de cobrar vida. Para rematarme, una hilera de pequeñas bombillas ilumina el espacio con una suave luz anaranjada y lo llena de magia.

—No es una sala de cine, pero he pensado que te gustaría.

No sé qué decir, no recuerdo que nunca nadie se haya tomado tantas molestias por mí. Trago saliva y con ella parte del nudo que me oprime la garganta.

—Es perfecto.

Nos recostamos con los cojines tras la espalda y yo me tapo hasta el cuello con las mantas. En realidad, no hace tanto frío, pero necesito una barrera que no me haga sentir tan expuesta, porque tengo las emociones a flor de piel.

—Ten. Te hará entrar en calor. —Bruno me tiende una copa—. Brindemos: Por tus treinta y dos, por todos los demás que vengan y porque siempre encuentres el camino. —Abre su otra mano delante de mí y sobre la palma aparece un pequeño paquete—. Es parte del regalo.

Lo observo con los ojos muy abiertos, casi con miedo a tocarlo.

—Creo que hay que desenvolverlo —lo dice en tono de burla, pero con su mirada fija en la mía.

Lo cojo y deshago los pliegues del papel con cuidado.

—¿Pero... cómo... cuándo? —Sé que estoy balbuceando y esta vez no me importa en absoluto. El colgante con forma de rosa de los vientos, de mi rosa de los vientos, la que yo elegí, brilla bajo la luz de las bombillas.

—Un buen amigo me ha hecho un favor. Es de acero y cristal, solo es un detalle.

Me siento abrumada.

—No sé qué decir.

—Entonces, no digas nada. —Estira el brazo y coge el colgante de mi mano. Puedo sentir su respiración sobre la piel de mi cuello cuando me aparta el pelo y se inclina para abrocharlo. La distancia que nos separa es mínima, pero en este instante me resulta insoportable. Las barreras se desmoronan tras esta noche perfecta en la que no existen pasado ni futuro, solo nosotros y el ahora, y me recuesto sobre su pecho algo insegura ante su reacción, pero su brazo rodea mi cintura como si fuese algo natural.

—Gracias. Ha sido una noche increíble.

—Todavía no ha terminado. —Escucho la sonrisa en su voz.

—Es por si luego me olvido de decírtelo.

Sus labios rozan mi sien.

—De nada, entonces. Yo también lo he pasado muy bien.

Nos acomodamos mejor sobre los cojines, Bruno activa el proyector y durante dos horas no hay mejor lugar en el mundo que sus brazos bajo un cielo estrellado.

Su voz grave se abre paso entre las brumas del sueño. Siento el calor de su cuerpo junto al mío, el olor de su piel. El mundo se ha reducido a este jardín y lleva su nombre. Abro los ojos con lentitud, la película ha terminado.

—Hace frío, deberíamos entrar. —Se pone en pie y tira de mí para ayudar a levantarme.

Espero acurrucada en mi manta mientras apaga el fuego y recoge las copas y la botella de vino. Ha dejado una lámpara encendida en el salón y su luz y un agradable calor nos reciben al entrar.

Bruno va hacia la cocina y yo doblo la manta y la dejo sobre el sofá. Cuando regresa estoy preparada para marcharme. Me mira y se acerca despacio.

—Y ahora es cuando te despides.

Asiento con una sonrisa chiquitina.

—Gracias. Ha sido una noche increíble.

—De nada. Yo también lo he pasado muy bien. —Sonreímos. Da un paso y su rostro queda a centímetros del mío—. Me gustaría que te quedases.

—No puedo.

—No quieres.

—Es lo mismo.

—No lo es. Poder implica al cerebro, querer al corazón. —Sus dedos acarician la curva de mi cadera—. Quédate —insiste.

—No debo. He bebido y ha sido un día muy intenso. Es una mala combinación. Así solo podemos complicar las cosas.

—No lo haremos. Las cosas nunca son complicadas de por sí.

Me acaricia el cuello con los nudillos. Mi determinación flaquea. Sus labios están muy cerca. Los miro. Codicio su roce, su calor, su sabor. El impulso que lleve a Bruno a posarlos sobre los míos, a convencerme, a rendirme. A eximirme de responsabilidad. A darme un asidero al que agarrarme en caso de que después lo necesite. Sin embargo, no se mueve. Y entiendo el mensaje: no está dispuesto a darme excusas. Suspiro y me aparto un par de pasos. No me hace falta decir más.

Bruno me escolta hasta la entrada y me abre la puerta. Estoy a punto de salir corriendo cuando apoya su mano en mi antebrazo.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, no hace falta. He traído coche.

Asiente y se inclina para darme un beso que me roza la comisura de los labios. Los latidos ya acelerados de mi corazón se desbocan.

—Buenas noches, Eva.

—Hasta mañana —respondo aturdida.

Bajo los escalones como un rayo y me meto en el coche. Pasan unos minutos hasta que dejo de escuchar el rugido de la sangre en los oídos y es entonces cuando mi cerebro registra las últimas palabras que me ha traído el viento. «Suenan prometedor».

Llego a casa y subo directa a mi habitación. Me tumbo en la cama y las emociones del día se arremolinan en mi interior. Siento el peso del colgante sobre mi pecho. Lo desabrocho y lo sostengo sobre la palma de mi mano. Paso los dedos por su superficie, todavía cálida por el contacto de mi piel. Es realmente precioso. Lo giro para verlo mejor. Mierda, Bruno. El norte señala a mi corazón.

DOCE

De: Bruno Ruiz
Para: Marta Torres
28 de febrero de 2017

Qué nos ha pasado. Me lo preguntas y no tengo respuesta. Me temo que no hay una única correcta. Al menos, no la que tú esgrimes como un escudo. Supongo que deberíamos pedirnos perdón por muchas cosas. Deberíamos hacerlo por no habernos llamado cada vez que necesitásemos escucharnos, por no besarnos más, aunque no hubiese un motivo, por olvidarnos de decirnos «te quiero», por llevarnos las discusiones a la cama y no terminarlas antes de reconciliarnos en ella, por no decirnos las pequeñas cosas, como que odio que no aclares la bañera cuando te duchas y la dejes siempre llena de jabón. Puede que sea más fácil culpar a una tercera persona que admitir que el amor y el desamor siempre son cosa de dos.

Me había prometido no abrir de nuevo esta caja, no volver a invadir la intimidad de Bruno, pero el impulso de saber ha ganado la partida. Leo sus palabras y, aunque soy consciente de que no fueron escritas para mí, me parece escucharlo susurrándomelas al oído. Porque le sientan a mi vida como un vestido hecho a medida y, al igual que sus preguntas, me hacen observar mi relación con Marco desde un prisma que hasta ahora nunca me había planteado. Y es que, hasta hace unas semanas, en mi cabeza existía un único culpable del fracaso de mi relación.

Y, sí, puede que tenga razón, puede que adoptase la postura más fácil. Sin asumir mi parte de culpa. La que peca no por acción, sino por omisión. La que se conformó, se acomodó y se volvió sorda y ciega. Y no, no borra la desilusión ni la tristeza. Tampoco justifica a Marco, pero sí me lleva a comprender un poco mejor cómo llegamos a este punto. Y por analogía, a entender a Bruno, su historia, sus motivos, darle un valor a sus acciones. O quizá solo busque una justificación para mí, para el caos de emociones que me provoca tenerlo cerca.

Cierro la caja y la vuelvo a guardar en el cajón de la mesilla de noche. Noto una presión conocida en las sienes, una jaqueca asoma por el horizonte como consecuencia del exceso de pensamientos que se agitan en mi cabeza. Necesito una tregua, un descanso de tanto vaivén emocional. Necesito distraerme. Hago un repaso mental rápido a la lista de todas las cosas que quiero hacer mientras esté aquí y me acuerdo del pueblecito que crucé el día que fui a la cala.

El camino, esta vez, me parece más corto y cuando veo aparecer las primeras casas, en vez de seguir por la carretera en dirección a la playa, giro en el primer desvío que me señala el centro del pueblo y busco aparcamiento en las calles adyacentes.

Fuera del coche la temperatura es suave y el sol me calienta la piel. Por fin, la primavera se ha decidido a mostrarnos su mejor cara y la gente aprovecha para pasear por las calles y llenar de vida terrazas y tiendas. Lejos de sentirme extraña, me uno a ellos dispuesta a disfrutar la tarde y perderme por este paisaje marinero que parece sacado de un cuadro de Sorolla.

Y entre paso y paso empiezo a ser consciente de que algo ha cambiado. Porque ya no soy capaz de encontrar la rabia que me quemaba el pecho y buscaba alivio en forma de cascadas de lágrimas que no cesaban hasta dejarme agotada y con una sensación de vacío que me asfixiaba. La ha sustituido un sentimiento más tibio y parecido a la decepción. Pero no es solo eso. Yo también me siento diferente de una forma elemental. Nunca se me había ocurrido que la soledad pudiese

gustarme. Salí de casa de mis padres para compartir mi vida con Marco, convencida de que no necesitaba nada más. Y me amoldé a la vida en pareja sin reclamar jamás un espacio para mí. Los planes siempre eran para dos y el tiempo compartido. No lo hacíamos todo juntos, pero casi. Hasta el punto de que si algún día yo llegaba antes a una cena, nuestros amigos siempre preguntaban extrañados dónde estaba Marco. Nunca hasta ahora había estado sola. Pero hoy, mientras camino por las pequeñas calles de este pueblo de casas blancas, me siento bien.

Siempre me ha parecido equivocado el dicho de que no hay mal que por bien no venga. De lo malo, cuando afecta a algo importante, raramente se puede sacar algo más que dolor. O eso pensaba, porque ahora me doy cuenta de que el dolor te lleva a sitios donde la felicidad no lo hace, a rincones escondidos en tu interior e incluso oscuros, a veces, que te muestran una imagen más completa de ti mismo.

Y esa imagen menos idílica y perfecta me dice que tengo mucho que aprender acerca de qué es lo quiero para mi vida. Quizás eso fue parte de mi error: basar mi felicidad en otra persona, convertirme en una extensión de ella. Hacerlo de otra manera no hubiese evitado que me sintiese dolida ni traicionada, pero sí que estuviera menos perdida y que no llegase hasta el punto de no saber quién soy fuera de esa burbuja de dos.

La parte positiva radica en que siento que está en mi mano repararlo. El dolor y la tristeza no van a desaparecer en dos días, pero voy asumiendo que la vida sigue. Y por primera vez desde que todo explotó me apetece empezar a hacer planes. Planes para mí misma.

Para celebrar esta serenidad que hacía tiempo que me esquivaba, decido darme un capricho y e ir a tomar un helado a una de las pequeñas terrazas que se sitúan junto a la playa. Me apetece ver el mar. Se está convirtiendo en una adicción.

Bajo caminando con tranquilidad por las calles empedradas y elijo una terraza que se encuentra un poco apartada en un recodo sobre las rocas, casi al final del paseo. Solo hay tres o cuatro mesas ocupadas y casi todo parece gente de la zona, salvo una pareja de turistas.

Y Bruno.

Lo veo sentado al fondo, como de costumbre, concentrado en su cuaderno, en una mesa situada junto al muro desde la que se puede contemplar, sin ningún obstáculo que te lo impida, cómo el mar se funde con el horizonte. La misma que hubiera elegido yo. Dudo un segundo, luego tomo aire y camino hacia él.

—Hola.

Levanta la mirada y ahí está: su sonrisa. La de un millón de vatios que le brillan con fuerza en los ojos y marca un hoyuelo en su mejilla derecha que parece indicarle a mis labios el lugar perfecto donde posarse.

—Eva. —Hace una pausa como si saboreara mi nombre—. ¿Otra vez con mono de mar?

—Eso siempre es un plus, aunque también quería ver el pueblo. Me quedé con las ganas la vez anterior.

—¿Y te ha gustado?

—Mucho.

Nos quedamos callados unos segundos, él abstraído en lo que sea que ocupa su mente y yo sin saber muy bien qué hacer.

—¿No te sientas?

—No quiero molestarte. Solo he venido a saludar.

La mentira me caldea las mejillas. Sencillamente he sucumbido al impulso de sentirlo más cerca. Las arrugas alrededor de sus ojos se acentúan y se muerde el labio inferior. Por su expresión adivino que lo sabe.

—Tú nunca molestas. Y ya estás aquí. —Separa la silla junto a la suya y le hace una seña al camarero—. ¿Qué tomas?

—Un helado de leche merengada.

El camarero lo anota en su libreta y desaparece rumbo a la barra dejándome a merced de Bruno y su mirada que me recorre sin pudor.

—Estás guapa.

Me paso la mano por la trenza que he improvisado de camino y tiro del bajo arrugado de mi camiseta.

—Deberías ir a que te revisen la vista.

—Lo digo en serio. —Sonríe—. A ver, eres guapa. Eso no tiene discusión, pero hoy, no sé... brillas.

Nunca una simple palabra me ha sonado tan bonita. Puede que sea por su tono, grave y suave, o por la calidez de sus ojos que se ven más azules que nunca con el mar de fondo. Algo dulce se derrama en mi interior. La atmosfera a nuestro alrededor cambia, como si alguien la hubiese vaciado de aire y llenado de emociones. Bajo la mirada hacia mis manos. Por suerte, aparece el camarero con mi helado y la tensión se relaja, aunque sin desaparecer del todo. Antes de que el hombre se aleje, Bruno le da las gracias y él le responde llamándolo por su nombre.

—Ya veo que vienes mucho por aquí.

—Si tengo tiempo suelo parar después de ir a la playa. Me gusta trabajar frente al mar. Me inspira.

Por inercia miro de reojo el cuaderno que descansa abierto sobre la mesa en una página llena de anotaciones.

—Hoy no es trabajo, sino familia. En un mes será el aniversario de mis padres y les vamos a regalar un viaje —explica siguiendo la dirección de mis ojos—. Yo me encargo de la planificación.

—¿Cuántos años llevan casados?

—Cuarenta. Tan pronto se besan como riñen por cualquier bobada, parecen el perro y el gato, pero al final uno siempre está para el otro.

Se pasa los dedos por el pelo todavía húmedo y dibuja una pequeña sonrisa, como si mostrar esa parte familiar lo cohibiese.

—Os lleváis bien, ¿verdad?

—De crío chocábamos mucho. Ahora, son mis mejores amigos.

—¿Tienes hermanos?

—Uno. Vive en Boston. Conoció a su mujer en la universidad y se fue tras ella. Nos llevamos bien. Pero se nota la distancia.

—A mí me hubiera gustado tener hermanos.

—Así que eres hija única.

—Sí, después de mí mi madre no volvió a quedarse embarazada. Pero vamos que tuve una infancia feliz y todo eso. Mis padres son geniales. Son la pareja perfecta.

—Y tú siempre quisiste lo mismo —aventura.

Deslizo la cucharilla por el helado derretido.

—No sé, puede. Imaginaba que una vez que encontrase a la persona adecuada sería para siempre.

—¿Y tu ex lo era? La persona adecuada, me refiero. —Dibuja unas comillas con los dedos.

—Pensaba que sí. Marco es tranquilo, educado, maduro.

—Parece que me estés leyendo su currículum.

—Hay veces que se me olvida que puedes ser rematadamente imbécil.

Una carcajada escapa de su garganta.

—Reconoce que los términos que has usado para definirlo son muy... como diría, prácticos.

—Vale listillo. ¿Cómo lo definirías tú? Ilumíname.

Su expresión se vuelve seria.

—«Si no se te ha salido el corazón por la boca al ver a otra persona, si no se te han desbordado las caricias de las manos, si no has necesitado un candado para sujetarlas, de ninguna manera puedes entender de lo que hablo».

Me quedo muda, con el corazón latiendo a mil por hora.

—Es de Marwan, pero puede valer. —Se frota el mentón y sonríe—. Ahora en serio. No sé, no creo en las medias naranjas ni en las personas adecuadas. El amor solo es eso, dos personas amándose. No busco una lista de cualidades a cumplir.

Trago saliva.

—Quien diría que tras ese aspecto de chico duro vive agazapado un friki romántico que recita versos de amor —bromeo tratando de disimular mi turbación.

—Ya te dije que tengo muchos defectos. —Se recuesta en la silla y me guiña un ojo.

Mientras termino el helado, charlamos un rato más de temas neutros que rebajan la intensidad. Hablamos de comida, de cine, de música. La conversación nace de forma natural y saltamos de un tema a otro sin apenas darnos cuenta. Cuando salimos de la cafetería se ofrece a acompañarme al coche.

Recorremos el camino de vuelta sin prisa: miramos escaparates, entramos en varias tiendas en busca de algún regalo para mis padres e incluso nos paramos a ver la puesta de sol. Aunque todavía hay luz, la luna ya ha ocupado su posición en el cielo cuando nos detenemos frente a mi coche. El momento de la despedida ha llegado y, de pronto, me siento cohibida. Trato de disimular y me centro en buscar las llaves en el bolso. Bruno apoya su cadera contra la puerta del conductor y me mira con media sonrisa asomando a sus labios.

—¿No me lo vas a contar?

—¿El qué?

—Lo que te ha pasado para que hoy sonrías así.

Me encojo de hombros. Cómo explicarle que por fin empiezo a encontrarme y que me gusta lo que veo. Me gusta la Eva que es capaz de apreciar la belleza de una playa desierta en soledad, la que disfruta compartiendo casa con un gato, la que comienza a mirar a la cara a sus propios errores y no se avergüenza de ellos. Y sobre todo la que se siente viva cuando está junto a él.

—Supongo que las piezas van encajando de nuevo.

Se inclina y me coloca un mechón rebelde tras la oreja.

—Me alegra oírlo.

Nuestros ojos recorren el rostro del otro y un silencio repleto de palabras no pronunciadas nos

sobrevuela.

—Se hace tarde y no me gusta conducir de noche.

Una expresión de decepción le cruza la cara, pero la controla rápido.

—Claro.

Se aparta del coche y yo abro la puerta y me acomodo en el asiento del conductor.

—Ten cuidado —dice asomado a mi ventanilla y luego da un golpecito con la palma en el techo.

En el momento que lo veo rodear el coche y pararse en la acera, a la espera de que arranque, una sensación conocida me asalta. Una que va ligada a Bruno y a mí cuando estamos juntos. Una que hace que con cada despedida me sienta un poco menos plena, menos feliz.

Introduzco la llave en el contacto, pero algo en mi interior me impide girarla. Aprieto los labios. No quiero irme. No así, con esta sensación de vacío en la boca del estómago. No quiero volver a ponerme vendas en los ojos, sino ser valiente y aprender a afrontar mis miedos mirándolos a la cara. Y si hay una cosa que deseo tanto como temo es acercarme a Bruno. Por eso, me armo de valor, ignoro el puño que me aprieta la garganta y me bajo del coche. Siento las piernas débiles mientras acorto la distancia que nos separa, pero me obligo a avanzar.

Bruno entrecierra los ojos y frunce el ceño cuando me ve acercarme.

—¿Eva? ¿Pasa algo?

Como única respuesta me abalanzo sobre sus labios.

No percibo un ápice de duda cuando sus brazos me rodean para amortiguar el impacto de mi cuerpo y su boca recibe a la mía. Nos besamos con ganas apenas contenidas. Con la emoción que las yemas de nuestros dedos reparten en cada milímetro de piel que tocan. Sus dedos aprietan mi cintura. Mis manos le acarician la nuca. Nuestros cuerpos se buscan, se acercan. Sus labios me saben a mar y a noches bajo las estrellas. Su tacto me habla de palabras susurradas y mañanas entre las sábanas. Su lengua acaricia la mía y un gemido queda atrapado en mis cuerdas vocales, para que Bruno lo recoja en el siguiente beso.

No soy capaz de precisar cuánto tiempo ha transcurrido, solo que poco a poco el contacto se vuelve más dulce, menos necesitado, hasta que los besos pasan a ser suaves roces piel con piel. Bruno apoya su frente contra la mía con las manos todavía enmarcando mi cara. Alarga el contacto unos segundos, besa mi pelo y se aparta. Yo lo miro feliz y avergonzada a la vez.

—Buenas noches.

Me acaricia la mejilla con el dorso de sus dedos y posa sus labios en mi sien.

—No lo dudes.

Llego a casa con su sabor en los labios, alas en los pies y una pregunta dando vueltas en mi cabeza: ¿Dónde te has metido, Eva?

TRECE

De: Bruno Ruiz

Para: Marta Torres

2 de marzo de 2017

Insistes en que quieres hablar y, no se me ocurre qué nos podemos decir que no nos hayamos dicho ya. Marta, dar vueltas sobre lo mismo no lo va a solucionar. Prometí hacerte feliz, pero hoy ya no soy capaz de cumplir esa promesa. No he sabido quererte, soy consciente, pero no puedo volver atrás para hacer las cosas de otra manera. El pasado no admite cambios. Y no quiero que sigamos haciéndonos daño. Prefiero quedarme con lo bonito, porque lo hubo, en algún momento fuimos reales. Lo fueron los besos, las risas, las caricias bajo las sábanas e incluso las palabras de amor. Esas que no supimos usar en el momento adecuado y ahora suenan huecas. Las mismas que afiladas por las mentiras nos arañan el corazón.

Lo siento, pero ya no me quedan palabras. Solo estas malditas palabras de amor que ya no nos sirven de nada.

CATORCE

Correr a media mañana con el sol cayendo a plomo sobre mí, no es una idea muy brillante. Ahora lo sé. Pero no se me ha ocurrido otra forma de quemar la energía nerviosa que me invade desde ayer. Y todo por un beso. Mejor dicho, por lo que me hizo sentir ese beso.

Sin embargo, a pesar de que el sudor corre por zonas de mi cuerpo que no sabía que podían transpirar y que mi garganta parece el desierto del Gobi, el esfuerzo está logrando su objetivo y, a medida que me acerco a casa, me encuentro más relajada.

Me quedan apenas un par de calles. Cuando paso bajo el puente y giro la esquina empiezo a bajar el ritmo. Los últimos metros los recorro caminando concentrada en acompañar los latidos de mi corazón con mi respiración. Es por eso, que no veo el pósit hasta que lo tengo delante. El papel tiene el color del mar y está pegado en la puerta. Tiro de él y lo leo con curiosidad: «Esta vez no me voy a arriesgar a que me digas que no. Cena. A las nueve. En mi casa. No tienes excusa (literalmente, no puedes ponérmela)».

Sonrí con un millón de mariposas aleteando frenéticas en mi estómago. Lo que Bruno no sabe es que aunque lo hubiera tenido delante no habría querido decirle que no.

Los nervios vuelven a tomar el mando y el resto del día transcurre con una lentitud desesperante. Las horas parecen multiplicarse por cuatro y creo que voy a dejar el móvil sin batería de tanto consultar el reloj. A las ocho y media me meto en la ducha. He dejado unos pantalones vaqueros azul clarito, que me encanta como me quedan, y un top blanco de plumeti, con los hombros al descubierto, cuidadosamente colocados sobre la cama. Me visto con ellos, me pongo rímel, colorete y un poco de brillo de labios y a menos cinco me monto en el coche.

Bruno me abre la puerta vestido con unos vaqueros oscuros, una camiseta negra de manga corta, el flequillo revuelto y una mirada que me hace sentir bonita de una manera que no recordaba. Murmura un «hola» y me da un beso suave en la comisura de los labios que sabe a poco y me acelera el corazón.

—Gracias por ser puntual. Has conseguido que no envejezca diez años de golpe.

—¿Pensabas que no iba a venir?

—Digamos que no las tenía todas conmigo. —Sonríe enigmático, me coge el bolso y lo cuelga del perchero que hay junto a la puerta—. ¿Vino, cerveza...?

—Vino está bien.

Me sirve una copa de una botella que hay abierta sobre la encimera y me la tiende. Cuando su mano roza la mía me falta poco para dar un salto. Arquea una ceja y yo me sonrojo. Me siento en uno de los taburetes junto a la barra de desayuno y me entretengo en mirarlo mientras termina de dar los últimos toques a algo dentro de una cacerola.

—¿Tienes hambre?

La anticipación y los nervios me han tenido todo el día con el estómago cerrado y apenas he podido probar bocado.

—Sí, un poco. —Pruebo el vino y un calor reconfortante me caldea el estómago y aplaca un poco la inquietud que lo atenaza—. ¿Qué canción suena?

—*Heaven in your eyes*, de Loverboy.

—Me gusta. —Según lo digo me doy cuenta de que su música es solo una más de tantas cosas. Que me gusta todo de esta casa porque huele a madera y a mar, y tiene su propia banda sonora y las puertas no hacen falta y todo en ella habla de él y es perfecta en su imperfección.

—Estás muy pensativa. —Se ha acercado y me observa desde el otro lado de la barra. La rodea, alarga la mano y me sujeta el pelo tras la oreja.

Al sentir su contacto me tenso. Bruno frunce el ceño.

—¿Va todo bien?

—Sí.

—Eva, mientes fatal. —Sus ojos brillan.

Tomó aire y lo dejo salir con lentitud.

—Es solo que... me pones nerviosa —lo suelto de un tirón.

—Pues no tienes por qué.

—Ya. —Bajo los ojos a mi dedo índice que hace círculos sobre el pie de la copa y él me obliga a subirlos colocando dos dedos en mi barbilla.

—Suéltalo, Eva.

—No sé hacer esto. No sé cuál es el protocolo.

—¿Protocolo? —Arquea una ceja y sonrío divertido.

Lo miro frustrada.

—No tiene gracia. He estado los últimos cinco años con la misma persona. Y antes, tuve otra pareja tres años más. Tengo treinta y dos años y me he acostado con dos hombres. Me siento como una adolescente en su primera cita jugando a ser mayor, cuando en realidad no tiene ni idea de lo que va a pasar.

—¿Y qué crees que va a pasar?

Noto como el sonrojo se extiende por mi piel.

—Vale, déjame que lo planteé de otra manera. ¿Qué es lo que tú quieres que pase?

—Todavía no lo he decidido —digo bajito.

Da un paso hacia mí, hasta rozar mis piernas y puedo notar el calor que emana de su cuerpo.

—Suele ser más sencillo si no implicas a la cabeza. Solo tienes que confiar en lo que sientes aquí. —Sus manos se deslizan despacio por la piel de mis brazos desnudos que se eriza con su contacto—. ¿Ves? —Continúan por mis hombros hasta llegar a mi cuello, que se inclina por propia voluntad deseoso de sus caricias. Sus pulgares dibujan mi mandíbula y suben hasta llegar a mis labios que se abren con un suspiro.

Nos miramos a los ojos. No me acuerdo de los miedos ni de la prudencia, mi mente se encuentra saturada de las emociones que desbordan mis sentidos. Porque no es solo su tacto, es su calor, su olor, su sabor que se derrama en mi boca cuando sus labios se posan sobre los míos.

Y si el beso del día anterior me puso alas en los pies, este me eleva a tres metros sobre el suelo. La suavidad de sus labios, su lengua acariciando la mía, la calidez de su saliva. Nuestros cuerpos pegados, sus dedos en mi nuca. Un gemido ronco que muere en mi boca. Y más besos, sin prisa, que avivan el fuego con promesas de cosas que aún no conozco.

Mis manos se pierden bajo su camiseta, ávidas de piel y la boca de Bruno baja por mi cuello.

—Eres preciosa y me muero por tenerte en mi cama. —Enmarca mi cara con sus manos—. Tú, yo y mi cama. No necesito más, pero tengo que saber qué es lo que quieres. —Tiene la respiración agitada y el azul de sus ojos se ve más oscuro que nunca.

Asiento con un cosquilleo bonito en el estómago y las ganas en la piel. Bruno me sonrío y su sonrisa se tatúa en mis labios. Entrelaza sus dedos con los míos y tira de mí con suavidad.

Una claridad sutil espanta apenas las sombras de la habitación con la luz que emite la bombilla de la pequeña lámpara que hay en la mesilla de noche. Como en el resto de la casa la huella de Bruno es evidente.

Nos detenemos a los pies de la enorme cama. Mis ojos están prendidos de los suyos y sus dedos de mis caderas. Agarro el bajo de su camiseta y tiro hacia arriba. Mis palmas se apoyan sobre su pecho que se eleva con una respiración profunda. Nuestras bocas se unen y la calma se disipa entre manos que buscan centímetros de piel, que retiran la ropa que estorba, que reparten caricias, que arrancan gemidos. Bruno besa cada parte de mi cuerpo que pongo a su alcance. Mi boca. Mi cuello. Mis pechos. Mi vientre. Coge lo que le ofrezco y me lo devuelve envuelto en ternura y calor.

La habitación se llena de respiraciones agitadas y jadeos. La piel deja de ser suficiente y yo me rindo a su cuerpo sobre el mío, al temblor de nuestros pechos unidos cuando entra en mí, a su mano enmarcando mi cara. Mis piernas rodean sus caderas y arqueo la espalda para absorber cada gramo de placer. Y sus ojos. Sus ojos se me cuelan hasta el alma porque me miran y me hacen sentir preciosa y deseada como no recuerdo que otros nunca lo hayan hecho. Como solo se miran las cosas que tienen significado. Y cuando sus movimientos se aceleran, cuando el mundo explota, solo soy capaz de aferrarme a nuestros dedos entrelazados y dejarme llevar a donde Bruno quiera ir.

Sus dedos recorren mi espalda y dibujan espirales sobre mi piel. Una brisa suave entra a través de la ventana entreabierta. Giro la cabeza y Bruno me sonrío.

—Tienes dieciséis lunares. —Me mira con el rostro relajado y el pelo revuelto. Nunca me ha parecido tan *sexy*—. Pero el que más me gusta es este. —Sus labios acarician la curva de mi pecho y una oleada de placer me recorre la piel. Me giro para darle mejor acceso a su boca y el rugido que sale de mi estómago se escucha por toda la habitación. Sus labios sonríen contra mis costillas.

—Sigo siendo el peor anfitrión del mundo. Vamos. —Se incorpora y me tiende la mano—. Alimentemos a la fiera.

Bruno se viste y sale de la habitación tras un «ahora te veo» que acompaña de un roce suave de sus labios en mi frente. Lo observo desaparecer por el pasillo y me dejo caer sobre la almohada con una sonrisa tonta dibujada en la boca. Luego salgo de la cama, recupero mi ropa, que está repartida por el suelo, y me meto en el cuarto de baño. Cuando entro en el salón, Bruno me mira de arriba a abajo.

—Me encanta que mi ropa te siente mejor que a mí.

Estiro cohibida el bajo de la camiseta que él llevaba un rato antes.

—El top está tan arrugado que se ha convertido en la parte de arriba de un bikini.

Sonríe, se acerca y me besa en los labios.

—No me hubiera quejado. —Me guiña un ojo—. Pero puedes ponerte mi ropa siempre que quieras. Creo que me estoy convirtiendo en un fetichista.

Nos reímos y me da una copa de vino.

—Estoy calentando la cena. Se había quedado fría. Espero que te guste el cuscús.

Asiento azorada al recordar el por qué la cena se ha enfriado. Bruno me mira de reojo y sus labios se curvan canallas.

—¿Te importa que ponga música?

—Estás en tu casa.

Camino hasta la estantería y observo las baldas llenas. Las recorro despacio con las yemas de los dedos, deteniéndome cada poco a revisar un título o un grupo. Tras un par de vueltas encuentro algo que me llama la atención. Tiro de la funda, saco el vinilo con mimo y lo coloco en el reproductor. Suenan los primeros acordes y Bruno asiente conforme.

—Foreigner. Tienes buen gusto.

Lo ayudo a poner la mesa y nos sentamos frente a dos platos con colmo que huelen de maravilla. Mi estómago ruge de nuevo y yo río azorada, por la carcajada que provoca en Bruno. Cenamos sin prisa, hablando de todo un poco. Él me cuenta que aprendió a cocinar por necesidad cuando estaba en la universidad, harto de alimentarse de lasaña congelada que era lo único que parecía saber hacer Olivia. También que tuvo claro desde el principio lo que quería estudiar y que a nadie le sorprendió porque ya desde niño se dedicaba a robar las herramientas a su padre y construía cabañas y escondites en el lugar menos pensado. Que al principio le encantaba vivir en Barcelona, pero que con el tiempo terminó cansándose del asfalto, el bullicio y el estrés. Yo por mi parte, le hablo de lo que me gusta de Madrid. Y entramos en una competición para decidir cuál de las dos ciudades es mejor. Una que pierdo estrepitosamente cuando confieso entre risas que nunca he estado en Barcelona. A pesar de que el tema va unido a esa parte de su vida, Bruno evita cualquier alusión a su matrimonio y yo se lo agradezco. Creo que es un tema que lo incomoda y yo prefiero dejar fuera de estas paredes fantasmas que puedan alimentar mis dudas. De vez en cuando, acaricia mi brazo o mi cuello de manera inconsciente mientras hablamos y el cosquilleo que me produce permanece durante minutos en mi piel. Es raro y cómodo y nuevo y diferente.

De la mesa pasamos al sofá. Bruno me echa una manta por encima y, aunque trato de evitarlo, poco a poco, el calor, la música y el cansancio provocan que me cueste mantener los ojos abiertos.

—Estás agotada.

—Sí, es tarde. Debería irme y meterme en la cama.

Me levanto con pereza y, mientras me dirijo a la habitación para recoger mis cosas pienso en que me siento tan bien que querría quedarme para siempre dentro de esta burbuja y no tener que pensar en lo que pasará mañana ni pasado ni dentro de un mes. Bruno se acerca por mi espalda y me rodea con sus brazos. Me besa en el cuello y yo me dejo hacer, apurando los minutos que nos quedan antes de volver a la realidad. Apoya su barbilla en mi hombro y permanecemos abrazados unos segundos. Se aparta después de dejar un beso en mi pelo y entiendo que es hora de irme.

Recojo mis zapatos que descansan cada uno en una esquina de la habitación y me siento en la cama para calzarme. Bruno se para frente a mí. Luego se agacha, me los quita con suavidad de las manos y los deja en el suelo.

Arqueo las cejas, interrogante, y él me responde con un sonriente «quieta», antes de llevar sus dedos al botón de mis pantalones vaqueros y desabrocharlo. No hay nada sexual en su actitud solo calidez y ternura. Mis ojos siguen atentos el movimiento de sus manos mientras tira de ellos y los desliza por mis piernas. Termina de quitármelos, hace lo mismo con mis calcetines y lo deja todo sobre el asiento de la butaca. Me quedo vestida únicamente con su camiseta y mi ropa interior.

—Vamos. —Entrelaza sus dedos con los míos y rodeamos la cama. Sin soltarme la mano retira el edredón.

Miro las sábanas que todavía mantienen el olor de nuestros cuerpos y luego a Bruno.

—Ahora se supone que tienes que acostarte —dice con una sonrisilla.

—Pero...

—Shhh... —Me calla con un beso y me arropa.

Se deshace de su ropa y la coloca junto a la mía. El colchón se hunde con su peso. Se gira hacia mí, su brazo me rodea la cintura y me atrae hacia su cuerpo. Me siento en calma, plena, y me gusta tanto la sensación que permito que se cuele dentro de mí, aunque sepa que no es real. Suspiro y dejo de pensar. Me acomodo sobre su pecho y aspiro su olor.

Lo último que registra mi cerebro medio dormido es el chasquido de la luz al apagarse, los labios de Bruno sobre mi hombro y su voz que susurra: «ahora sí».

QUINCE

—Tengo un gato.

Olivia me mira como si me hubiesen salido dos cabezas y se ríe.

—Genial, pero es una respuesta muy rara. Te he preguntado que qué tal la semana.

Hemos quedado para hacer nuestra noche solo de chicas y en circunstancias normales estaría disfrutando tranquilamente de mi vino y una buena conversación. Sin embargo, hoy nada es normal porque todavía me parece sentir el sabor de Bruno en la boca y el tacto de sus manos sobre mi piel. Es como si me lo hubiesen tatuado y estuviese ahí para que todo el mundo lo pudiese ver.

—¿Y de dónde ha salido el minino?

—Al parecer venía con la casa. Apareció un día en la cocina y ya no se ha marchado.

—Yo tuve un perro. Se llamaba Bolton. En realidad era de mi novio. Cuando rompimos y me vine a vivir de nuevo aquí, se quedó con él. Estuve a punto de pedirle la custodia compartida — bromea—. Todavía lo echo de menos.

—¿Al perro o al novio?

—Al perro. A Fernando lo sigo viendo de vez en cuando, nos llevamos bien.

—Siempre me ha costado entender ese tipo de relaciones.

—Es sencillo. —Coge una aceituna y se la mete en la boca—. No hubo ofensa ni ofendido, se nos acabó el amor. La pasión se esfumó y, poco a poco, solo quedó la amistad.

—¿Y desde entonces no has vuelto a tener pareja?

—Mis horarios son complicados y el mercado por aquí no es que tenga mucha variedad. —Alza las cejas y señala con disimulo a su alrededor—. No sé, hay gente que salta de una relación a otra solo por el hecho de no estar sola, pero no es mi caso. Disfruto de mi soledad.

Por un momento me asalta la duda de si yo seré de ese tipo de personas. He estado toda mi vida adulta en pareja o al menos la mayor parte. Pasé del primer novio en el instituto a mantener una relación con Hugo y de ahí a compartir mi vida con Marco. Sin rollos de una noche ni aventuras pasajeras. Hasta ahora. Hasta Bruno. Quizás esto demuestra que no hay absolutos cuando se trata de personas, que las etiquetas no sirven y que si en algún momento yo fui así, ahora he cambiado.

—¿Sabes? Tengo la sensación de que me he perdido la mitad de mi vida. No he hecho nada digno de recordar, de esas cosas locas que cuando las mencionas años después te arrancan una carcajada, aunque por el camino te hayas caído y arañado la piel. De esas que se quedan grabadas en el alma porque te enseñan a vivir y sobre todo a crecer.

Olivia me mira a los ojos y esboza una sonrisa.

—Bueno, cielo, tómatelo por el lado bueno. Ahora tienes todo el tiempo del mundo. —Hace una seña al camarero para que nos ponga otra botella de vino y mientras observo cómo la abre me pregunto dónde habrá ido a parar la primera.

Se nos ha hecho tardísimo y, al final, Joan nos ha recomendado en tono paternal que nos fuésemos a dormir. Me despido de Olivia en la puerta del bar después de un millón de besos y abrazos más de los habituales, y me alejo con un cúmulo de emociones que se agitan en mi interior y el, poco lúcido, pensamiento de que probablemente sea una insensatez, pero de las que merecen

la pena porque te aceleran el corazón y te llenan de vida.

No se ve luz a través de ninguna de las ventanas y solo la luna ilumina la casa de Bruno cuando me detengo frente a ella. El camino se me hecho como dos y me pasa lo mismo con los escalones del porche que hoy me parecen más empinados que nunca. Los miro con decisión y me agarro a la barandilla. Pongo el pie en el primero, con mi precaria estabilidad, y asciendo con cuidado. Sin embargo, cuando creo que voy a salir victoriosa, el último se rebela contra mí y me caigo de culo contra el suelo.

Se escuchan pasos en el interior y el farol del porche se enciende.

—¿Eva? —Bruno se acerca a mí en dos zancadas y con los dedos en mi barbilla me alza el rostro.

Lo miro con los ojos arrasados en lágrimas y las manos sujetándome el estómago. No puedo dejar de reír.

Su expresión se suaviza y arquea una ceja.

—¿Sabes qué hora es?

Hago un esfuerzo por llenar mis pulmones y articular una palabra coherente entre los últimos temblores que me agitan el pecho.

—Fui a tomar algo con Olivia.

—Ya veo. —Sus labios se curvan en una sonrisa lenta—. A tomar algo, ¿eh?

—Sí y tenía ganas de verte. —Hago una pausa y, aunque me cuesta enfocarlos a la primera, le miro a los ojos—. Y quizá de repetir lo que hicimos anoche.

Carraspea y se muerde el labio inferior conteniendo la sonrisa. Lo miro frunciendo el ceño.

—Vale, cariño. Yo también me alegro de verte. Y del resto... —Se inclina y me besa la punta de la nariz—. Podemos hablar después. Pero ahora mejor vamos a ir dentro. —Entrelaza sus dedos con los míos y me ayuda a levantarme.

Yo me dejo hacer y, sin soltarme, me lleva hasta la cocina y me sienta en un taburete.

—No te muevas.

Asiento obediente y me limito a seguirlo con la mirada mientras va a la nevera, saca una botella de agua y llena un vaso en el que deja caer una pastilla redonda. Luego regresa a mi lado.

—¿Te he dicho que me encanta esta casa? Podría quedarme para siempre aquí dentro.

—¿Me estás haciendo alguna proposición? —Me mira socarrón—. Toma bebe.

—Dios, sabe a rayos.

—Mañana me lo agradecerás. —Me guiña un ojo, me quita el vaso de las manos y luego me da un beso en los labios—. Vamos. —Deja el vaso sobre la barra y tira de mí en dirección al cuarto de baño.

El suelo se tambalea un poco bajo mis pies y como precaución me siento en el inodoro. Bruno acciona el grifo y luego se agacha frente a mí.

—Nunca lo he hecho en la ducha.

Me mira con el ceño fruncido y me encojo de hombros.

—Marco era bastante tradicional.

Estamos muy cerca y yo me dedico a observarlo embobada mientras él me desabrocha los botones de la camisa. Estiro la mano y recorro el perfil recto de su nariz, sus labios mullidos, el de abajo un poco más grueso que el superior, y la línea de su mandíbula, en la que el vello empieza a despuntar.

—Eres como esta casa: perfecto en tu imperfección. Si nos hubiéramos conocido en otra vida me habría enamorado de ti.

—Sabes que estás borracha, ¿verdad? —Una sonrisa risueña asoma a sus labios.

—No tanto cómo crees.

Nos sostenemos la mirada y tras unos segundos continúa desvestiéndome. Cuando termina, se deshace de su ropa, entra en la ducha y me tiende la mano. En cuanto el agua toca mi cuerpo, embisto contra sus labios. Lo beso con anhelo, pero también con rabia. Rabia hacia Marco. Rabia hacia mí. Y también hacia él, por dejar al descubierto mis carencias una vez más y hacerme sentir valiosa y cuidada como nunca lo sentí en los últimos años.

Sin embargo, Bruno acoge mi enfado y me lo devuelve transformado en besos lentos y caricias suaves. En calidez y dulzura. Y su tacto y el agua caliente arrastran la ira dejándome blanda y rendida.

Me acurruco contra su cuerpo y permito que sus manos llenas de jabón masajeen mi piel. Cuando pasan por mis hombros y los presionan con suavidad, suspiro y me abandono.

Al salir, me envuelve en una toalla y me lleva a su habitación. Me deja sentada encima de la cama y abre al armario. Regresa con uno de sus bóxer y su camiseta negra. Me ayuda a ponérmelos y me besa con suavidad antes de echarme el edredón por encima. Se tumba a mi lado y su brazo me rodea. Me encaja contra su cuerpo y entre las brumas del alcohol que va desapareciendo pienso que esto es casi mejor que el sexo.

Un cosquilleo me despierta. Abro los ojos despacio, todavía es de noche y la luz de la luna entra por la ventana. Los labios de Bruno se mueven por mi cuello suaves como el aleteo de una mariposa. Llevo la mano hacia atrás e introduzco los dedos entre su pelo.

—Debería disculparme, pero no siento que te hayas despertado —murmura.

—No importa.

Me giro y lo envuelvo con mis piernas. Me besa y ahogo un gemido. Su boca baja por mi pecho y continúa descendiendo por el camino que le van marcando sus manos hasta que llegan a mi sexo. Su lengua me acaricia con suavidad, me besa y poco a poco aumenta la intensidad. Tiemblo de pies a cabeza.

—Bruno... —susurro su nombre y sus labios vuelven a mi boca.

Me besa los párpados, las mejillas, la barbilla con la misma calma con la que se hunde en mi cuerpo. Y me dejo llevar por cada suspiro ahogado, cada caricia lenta que me recuerda cómo es que te despierten otros labios en plena madrugada.

DIECISÉIS

Estamos en fiestas. O eso es lo que me ha dicho Olivia cuando ha aparecido en la puerta de mi casa. Al parecer mañana es el día del patrón del pueblo y, en su honor, hay programadas diversas celebraciones durante todo el fin de semana. Hoy toca verbena en la plaza y, aquí estamos, sentadas en dos sillas con el logotipo de Estrella Damm, bebiendo vino en vasos de plástico y escuchando una ecléctica mezcla que va desde el Danza Kuduro al carro de Manolo Escobar.

—Me da la sensación de que mientras dormía alguien me ha trasladado a otro pueblo. Es la primera vez que veo juntas más de veinte personas en esta plaza, y eso solo ha sido algún fin de semana en el bar de Joan.

—Es el acontecimiento del año, antes de que llegue el verano con los turistas, y viene gente de todos los pueblos de alrededor. —Olivia me guiña un ojo y da un trago de su vaso.

Montse, que está bailando con sus amigas, me ve y me saluda con la mano. La sonrío y le devuelvo el saludo.

—Quién te ha visto y quién te ve. Cualquiera día se te pega el acento catalán y te confundo con una nativa más —bromea.

—Mira, lo mismo termino comprándome una casita aquí para venir en verano y que así no os olvidéis de mi cara cuando me vaya.

—¿Estás pensando en marcharte ya?

—No, pero algún día llegará.

—¿Qué llegará algún día?

Bruno aparece de la nada y se desliza en la silla que permanece vacía a mi lado.

—El momento en que haga las maletas y os abandone —lo digo en tono ligero y con una sonrisa en los labios.

La expresión risueña de Bruno no cambia, sin embargo, me parece ver cierta gravedad en su mirada, aunque no estoy segura porque desaparece de inmediato.

—¿Y qué? ¿Vosotras no bailáis?

—A mí no me mires. —Olivia levanta las palmas de las manos—. Llevo diez horas de pie preparando los dichos dulces para la merienda que da mañana el Ayuntamiento.

Fija sus ojos en mí y levanta las cejas.

—No. Prefiero quedarme haciendo compañía a Olivia.

—Vamos, Eva. Olivia sabe cuidarse solita, ¿a que sí, Oli?

—Por mí no os preocupéis.

—¿Ves? Además, si no bailas Paquito el Chocolatero no habrás disfrutado la experiencia al completo.

—Creo que podré vivir con ello.

—Pero yo no. No podría perdonármelo. —Sus labios se curvan en una sonrisa maliciosa y al segundo siguiente mis manos se aferran a las suyas mientras me arrastra entre quejas hasta la improvisada pista de baile. A lo lejos oigo la voz de Olivia que nos grita que nos divirtamos que es lo que tiene que hacer la juventud.

Las últimas notas de Paquito el Chocolatero suenan en el momento en el que llegamos al centro

de la plaza y se encadenan con la *Propuesta Indecente* de Romeo Santos en versión orquesta de pueblo.

—Ah, no. Esto sí que no. —Me giro para volver a mi sitio y Bruno tira de mi muñeca para darme la vuelta.

Apoyo las manos en su pecho para evitar chocar contra él y su brazo me rodea la cintura.

—Al final voy a pensar que no quieres bailar conmigo —me provoca—. ¿O es que te da vergüenza? —Me toma de la mano y me hace girar antes de atraerme de nuevo hacia su cuerpo.

—Vaya, parece que no se te da nada mal.

—Me defiende, no todo iban a ser defectos. —Me acerca un poco más y puedo notar su calor mientras nos movemos al ritmo de la música.

—Me siento observada. —Puedo notar varios pares de ojos atentos a cada uno de nuestros movimientos.

—¿Y te importa? —Su mirada busca la mía. Intensa, cálida.

—No.

—Me alegro, porque a mí tampoco. —Se inclina y me da un beso breve en los labios.

La canción termina y regresamos de la pista con los dedos entrelazados. Cuando Olivia nos ve nos dedica una mirada de madre orgullosa.

—Ya era hora.

Sonrío con las mejillas ardiendo como una adolescente. Bruno me aprieta contra su cuerpo y me acaricia la cara.

—Mira que me lo imaginaba, pero verlo en directo es mucho mejor —dice emocionada como una niña pequeña el día de Navidad.

—Oli...

—Es que sois tan monos. Cuando me enteré de que eras tú la chica de la gasolinera no me lo podía creer.

—Olivia... —repite en tono de advertencia.

Olivia lo ignora y continúa hablando.

—Estuvo dos días pensando en cómo hacerlo para que cuando te llamara no le colgases el teléfono.

—Pero no me llamaste. —Lo miro y me sonrío canalla.

—No me hizo falta, tú viniste a mí.

Permanecemos en la plaza cerca de una hora más. Cuando Olivia anuncia que se marcha no nos hace falta mirarnos para saber que nosotros tampoco nos vamos a quedar. Será por el ambiente festivo, el alcohol o las caricias furtivas que Bruno me dedica a cada descuido, pero no esperamos a llegar a casa para empezar a comernos a besos y aprovechamos cada rincón oscuro o recodo que encontramos en el camino.

La ropa nos dura puesta lo que tardamos en entrar por la puerta y enredarnos en una lucha por ver quién abarca más piel. Sus manos en mis caderas. Las mías sobre su pecho. Sus manos acariciando mis pechos. Las mías aferradas a su espalda. Sus manos en mis muslos. Mis piernas enredadas en sus caderas. Y labios, lengua, saliva.

El sofá se hunde bajo nuestro peso y nos besamos como si quisiéramos habitar en la boca del otro. Besos dulces. Besos ansiosos. Besos que muerden otra boca. Besos profundos. Tantos besos que sus labios se confunden con mis labios. La habitación se llena de jadeos, de respiraciones

entrecortadas y no hay centímetro de piel que quede sin conquistar.

Mi cuerpo busca su calor y esa dulce fricción me hace gemir. Con las manos sobre sus hombros, mis piernas acorralan sus caderas y me elevo. Bruno deja caer la cabeza hacia atrás y cierra los ojos mientras descendiendo acogiéndolo despacio en mi interior. Temblamos. Y sus ojos se enredan con mis ojos y su mano acuna mi cara y sonreímos.

Y algo cambia. La urgencia se va diluyendo en el suave vaivén de mis caderas, en las caricias delicadas de sus manos en mis pechos. Su mirada sigue a la mía cuando me echo hacia atrás y el contacto se vuelve más intenso. Me abraza cuando el orgasmo nos desborda y yo me dejo ir con él, cobijada en la curva de su cuello y acunada por su olor.

Cuando mi corazón vuelve a latir a su ritmo habitual hago el amago de quitarme de encima, pero Bruno me retiene. Me acaricia el pelo, besa mi sien y susurra.

—No. Así es perfecto.

No encuentro la voluntad para imponerme y me acomodo contra su cuerpo rendida a sus caricias que mis dedos corresponden sin pensar, porque sí, tiene razón: Así es perfecto.

Estoy tumbada boca abajo. Bruno se ha levantado a por un vaso de agua. Cuando entra en la habitación, lo deja en la mesilla de noche y me da un beso breve en los labios, antes de ir y abrir un poco la ventana. Luego regresa, se mete en la cama y me acomoda sobre su pecho. Desde el salón me llegan los acordes de *Hysteria* de Def Leppard.

—¿Así que ibas a llamarme? —Noto su sonrisa sobre la piel de mi hombro cuando lo besa.

—Hubiera terminado haciéndolo si no hubieras sido tú quien me abrió la puerta cuando fui a revisar la caldera.

—¿Por qué?

—Me parece preocupante que me preguntes eso después de lo de hace un rato. —Le pellizco en el brazo y se echa a reír.

—Hablo en serio. Me comporte como una loca. No era mi mejor día.

—Tampoco el mío. Venía de Barcelona de solucionar unos temas legales que llevaban meses trayéndome de cabeza. Cuando tocaste a mi cristal acababa de recibir un mensaje que me informaba de que por un error de la notaría todavía quedaban gestiones por hacer.

—Fuiste un borde.

—Estaba frustrado. —Me retira un mechón de cabello de la cara—. Hasta que levanté la vista y estabas allí: con las mejillas sonrojadas, dagas volando desde los ojos verdes más bonitos que recordaba haber visto y la postura erguida, lista para el combate. Me pareciste preciosa. Y cuando te marchaste sonreía de oreja a oreja y me habías arreglado un día de mierda. —Me besa en los labios y yo me recreo en su sabor.

—Pensé que habrías tirado el papel en cuanto te lo di.

—Y lo hice, pero después de guardar tu número de teléfono en mi móvil.

Lo miro y me sonrío pícaro.

—¿Y con qué nombre lo grabaste si no sabías como me llamaba?

Se muerde el labio inferior y arruga la frente. Parece un poco abochornado.

—La chica de los ojos de gata —dice al fin.

Parpadeo sorprendida y sonrío.

—Pero eso fue al principio.

—Y ahora soy Eva a secas. —Me siento un poco decepcionada.

Estira el brazo, coge el teléfono de la mesilla de noche y busca en los contactos.

—Míralo tú misma.

Leo las letras en la pantalla y en el pecho siento una pequeña explosión, porque lo que hay escrito sobre la línea donde debe ir el nombre es: «Mi chica de los ojos de gata». Y aunque sepa que lo que hay entre nosotros no es más que piel y saliva, me parece tan dulce que decido guardarlo en el rincón del corazón donde atesoro las cosas que no quiero perder.

DIECISIETE

Miro el calendario y me parece mentira. Han pasado casi dos meses desde que metí la maleta en el coche y me vine a este pequeño rincón escondido en el mapa. Nunca hubiera imaginado que a estas alturas todavía seguiría aquí. Y mucho menos, teniendo en cuenta el estado en el que llegué, que me sentiría feliz con mi vida. Pero así es. Me gusta tener cerca el mar, vivir en una casa con gato y jardín, me gusta mi amistad con Olivia y, sobre todo, me gusta tener a Bruno al lado. Perderme en su casa y en sus sábanas mientras escuchamos música, charlamos o simplemente dormimos abrazados. Porque con él todo es fácil y divertido, sin pretensiones, sin futuro, solo añadiendo experiencias al presente y haciéndolo en compañía.

Y con esto no quiero decir que me haya olvidado de la vida a medias que dejé en Madrid ni que el dolor haya desaparecido del todo —solo ha mutado en algo nuevo más parecido a la nostalgia de lo que se sabe que no va a volver—, pero sí siento que puedo mantenerla un poco más en espera.

La tarde ha caído y las primeras estrellas empiezan a brillar en el cielo. Hemos terminado de cenar y estamos en el jardín. Bruno me besa el cuello y yo me acurruco contra su cuerpo mientras el balanceo de la hamaca nos arrulla. La música llega desde el salón y siento que todo es perfecto.

—¿Qué piensas?

—Que podría quedarme así toda la vida. —Las palabras salen sin que me pare a meditarlas, solo expresando uno de esos deseos idealizados por utópicos, pero noto que Bruno se tensa.

Me giro para que quedemos cara a cara y apoyo mi cabeza contra su pecho.

—Oigo tu corazón.

—¿Y qué te dice?

Escucho con más atención.

—No lo sé. Late fuerte.

Me mira y sus ojos me parecen más oscuros y lejanos. Le acaricio la cara y poso mis labios sobre los suyos. Nos besamos despacio. Y ese beso no me sabe como ninguno que me hubiesen dado antes. Tan íntimo, dulce y bonito por sí mismo. Hay besos que se cuentan y besos que cuentan y este es uno de ellos.

—Se está haciendo tarde.

—Parece que llevo media vida escuchándote decir esa frase.

—Pero es que es verdad, son más de las doce y debería irme a dormir.

—Pues hazlo.

—Me refería a mi casa y en mi cama.

—Esa no es buena idea.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque allí no estoy yo. Y no puedo hacer esto. —Muerde mi cuello—. Ni tampoco esto. —Acaricia mis pechos por encima de la camiseta.

—Bruno, no puedo quedarme aquí todos los días.

—Dame un motivo.

Pienso unos segundos, pero en realidad no se me ocurre ninguno.

—Perfecto, ahora calladita. Y si te duermes yo te llevo a la cama.
—¿Hasta cuándo piensas retenerme? —bromeo.
—Hasta que tú me dejes.

Me despierto con el calor del cuerpo de Bruno pegado a mi costado. Duerme boca abajo, con los brazos flexionados bajo la almohada y expresión relajada. Dejo que mis ojos se deslicen por su pelo revuelto, los labios hinchados, las líneas firmes de sus brazos, y siento el tirón del deseo.

—¿Nunca te ha dicho tu madre que mirar fijamente es de mala educación? —Eleva los párpados, pesados todavía por el sueño, y me sonrío—. Buenos días. —Su brazo rodea mi cintura y me arrastra con suavidad hasta que su pecho se recuesta sobre el mío y nuestras bocas quedan a escasos milímetros.

—Buenos días. —Acorto la distancia que separa nuestros labios y nos perdemos en un beso pausado que tiene como única pretensión disfrutar del calor de la otra piel.

Cuando nos separamos Bruno me acomoda sobre su pecho y sus dedos se deslizan por mi espalda.

—Eva...

—Mmm...

—¿Te apetece ir a la playa?

Me incorporo a medias y lo miro sorprendida. Sus dedos se deslizan por mi pelo y me sonrío risueño. Mi corazón golpea dos veces con fuerza contra las costillas. No quiero plantearme qué va a ocurrir después, solo sé que me siento tranquila y feliz, y que por ahora no quiero volver a la realidad. Cuando le digo que sí la sonrisa ocupa la mayor parte de mi cara.

La playa es un rinconcito escondido entre pinares, de arena casi blanca donde el azul del agua es más vibrante y refulge bajo el sol. Puede que en verano esté llena de turistas, pero hoy es solo para nosotros.

Extiendo la toalla y me dedico a embadurnarme de crema solar. Bruno me observa con expresión burlona.

—¿Qué? No quiero quemarme.

—Yo no he dicho nada.

Me voy a tumbar cuando me agarra de la mano.

—Eso sí que no. No hemos venido a estar tostándonos al sol. —Saca dos gafas de *snorkel* que esconde detrás de la espalda y me tira unas—. Vamos. Los peces no van a venir a buscarte aquí.

Me resisto y pataleo, mientras él se ríe y tira de mí hacia la orilla. Los últimos metros los recorre conmigo en brazos sin dejar de quejarme. Cuando le llega el agua algo más arriba de las rodillas, me mira.

—¿Lista?

—No se te ocurrirá.

Me da un beso en los labios y me deja caer.

—Dios, está helada. —Me seco el agua de la cara y lo miro con expresión asesina.

—Ven aquí. —Me arrastra hasta anclarme a su cuerpo y atrapa mis labios en un beso profundo que me hace olvidarme del frío y hasta de dónde estoy.

—¿Mejor? —Sonríe socarrón y yo solo asiento—. Entonces, vamos.

Me ayuda a ponerme las gafas, sin que oponga más resistencia que algún que otro mohín que borra con sus besos, y nos sumergimos.

Avanzamos despacio, con su mano siempre sujetando la mía y sus ojos buscándome a cada instante. Y con cada brazada el miedo va desapareciendo y su lugar lo ocupan una sensación inmensa de libertad y la creciente admiración por ese mar que esconde tanta belleza.

Salimos con las pieles arrugadas, cansados y sonrientes. Y yo por mi parte con ganas de más en un sentido muy amplio: de más mar, de más vida y de más Bruno.

Le dejo secarse con la toalla y cuando hace amago de extenderla para tumbarse se la quito de las manos.

—Eso sí que no. No hemos venido a estar tostándonos al sol —repite sus palabras y lo miro provocadora con las manos en el cordón de mi bikini. Me sonrío con una mirada lobuna y su deseo potencia mi audacia.

Me desnudo delante de él. Despacio, sin pudor. La ropa va cayendo poco a poco sobre la arena y sus ojos se deslizan por cada centímetro de piel que queda expuesta. Nunca me he sentido tan segura, tan yo misma. Me deshago de la última prenda y avanzo hacia la orilla. Desde el agua lo busco.

Veo cómo su ropa forma un montón sobre la mía, antes de que me siga y llegue hasta mí en dos brazadas. Sus ojos son del color del mar y tiene la respiración agitada. Lo rodeo con las piernas y sus manos suben por mi espalda.

No nos hacen falta palabras. Solo nuestros ojos enlazados y su sexo entrando en el mío con la cadencia de la marea, fundiéndonos en algo más grande, volviéndonos mar.

DIECIOCHO

La almohada no huele a él. Es lo primero que pienso cuando me despierto sola en mi cama. Y a continuación que me queda otra noche hasta que Bruno vuelva de su viaje de trabajo. Prince ronronea a mi lado. Lo acaricio detrás de las orejas y frota su cabeza contra mi estómago.

—Al menos te tengo a ti. —Acuno su cara entre mis manos y hundo la nariz en su pelaje.

Remoloneo unos minutos, pero como no encuentro ningún aliciente para quedarme en la cama, le doy unos cuantos mimos más y salgo de debajo de las sábanas con la intención de prepararme un café bien cargado que me anime el día.

Después de desayunar, me visto con lo primero que cojo de la butaca, ni siquiera me molesto en abrir el armario, y decido ir a la biblioteca a trabajar un rato. Montse se encuentra tras el mostrador cuando entro al ayuntamiento. La saludo y aunque me devuelve la sonrisa como siempre, leo la inquietud en sus ojos que me siguen hasta que me alejo por el pasillo. Por eso no me sorprende verla aparecer por la puerta de la biblioteca un rato después con un café en cada mano.

—Me ha parecido que te hacía falta. —Lo deja sobre mi mesa y se apoya en la que hay vacía al lado.

—Tomé uno hace un rato en casa, pero no me viene mal. —La sonrío—. Esta traducción es un horror. Podría dormir a un muerto.

Me devuelve la sonrisa, da un trago a su café y me mira.

—¿Qué tal estás? Hacía días que no te veía por aquí.

—Estoy bien. Solo me he cogido algo de tiempo para descansar y hacer un poco de turismo.

Se mueve incómoda sobre la tabla de madera de la mesa. Sé perfectamente a dónde quiere llegar pero yo no la voy a ayudar. Un minuto después parece que por fin encuentra el valor.

—Así que Bruno.

—Sí, eso parece.

Se muerde los labios y sus ojos van de mi cara a sus manos y viceversa.

—Montse, dilo ya...

Duda unos segundos. Al final, suspira y busca mis ojos.

—Sé que no es de mi incumbencia, pero solo quería preguntarte si estás segura. Ya sabes, por lo que ocurrió con su mujer y eso.

No es de su incumbencia, pero su preocupación parece sincera y me ablanda lo suficiente para que vaya a darle explicaciones.

—Mira, entre Bruno y yo no hay nada más que lo que viste el otro día. Es solo atracción. No tenemos una relación ni nada parecido. —Sonrío despreocupada y ella me imita.

—Eva, perdona si he sido demasiado entrometida. Es solo que te he cogido cariño y no me gustaría que te hiciesen daño.

—Te lo agradezco, pero no tienes de que preocuparte. Mi corazón está sepultado bajo varias capas de los escombros de mi relación anterior. Bruno no podría hacerme daño ni aunque se lo propusiese.

Me marchó a casa una hora escasa después; la conversación con Montse me ha dejado una

sensación extraña en el cuerpo. Y no han sido sus palabras, precisamente, las culpables, sino las mías. En rigor, no he dicho nada que fuese mentira, Bruno y yo no somos pareja, pero nuestra relación no es nada frívolo ni interesado como he querido dar a entender. Por algún motivo me he visto en la obligación de defenderme y eso me cabrea. Siento la sombra de mis inseguridades pasadas esperando agazapadas a que dé muestras de debilidad para volver y ocupar su lugar.

Al pasar por la plaza, voy tan sumida en mis pensamientos que me llevo por delante a Olivia que viene del bar de Joan y está a punto de entrar en la panadería. Parte de la taza de café que lleva en la mano va a parar a mi camiseta.

—Perdona, Eva, lo siento.

Estiro la tela para despegármela de la piel y niego con la cabeza.

—No pasa nada. Ha sido culpa mía.

—¿Pero se puede saber dónde vas así? Como pises más fuerte el suelo vas a levantar los adoquines.

—A casa.

Sus ojos recorren mi rostro.

—¿Estás bien?

—Claro, todo está controlado —lo digo tan segura que hasta me lo creo.

Olivia me mira poco convencida, pero no insiste y me deja ir. Cuando entro en mi calle tengo unas estúpidas ganas de llorar y ni siquiera sé el motivo. Abro la puerta de casa a toda prisa y subo directa al cuarto de baño. Me deshago de la camiseta manchada y la dejo caer en el cesto de la ropa sucia, junto con los pantalones vaqueros y el resto de prendas que llevo. Luego me recojo el pelo en una coleta y me meto en la ducha.

Salgo un poco más tranquila gracias al efecto del agua caliente. Me dirijo a la habitación y cuando abro el armario la veo, la sudadera de Bruno, y la acompaña una nota: «La previsión meteorológica prevé tormentas para estos días. Como sé que tiendes a salir sin tenerla en cuenta y yo no voy a estar ahí para rescatarte, al menos intentaré que entrés en calor».

Una sonrisa inmensa se me dibuja en la cara. La acerco y aspiro su olor. Mientras la deslizo por mi cuerpo anoto en mi lista mental darle las gracias a Bruno por devolverme el favor y arreglarme un día de mierda.

Por fin, ha llegado el miércoles. Bruno habrá vuelto anoche de su viaje y he decidido, por una vez ser yo quien lo sorprenda —y lo alimente— yendo a su casa a llevarle el desayuno. Me doy una ducha, me pongo unos *leggings* con una camiseta que me deja un hombro al descubierto y su sudadera a la cintura, y con una sonrisa y un kilo de bollería en la mano, salgo por la puerta.

Es temprano y hay poco movimiento por el pueblo. Solo me cruzo con un par de vecinos que van a las huertas y que me saludan de lejos sin hacerme más caso antes de seguir por su camino. Al parecer, con el paso del tiempo y una vez resueltas las incógnitas, ya no resulto nada digno de una especial atención. Y me alegro.

Hago el trayecto con un aleteo de ilusión en el estómago. No solo por encontrarme con Bruno sino porque me siento bien conmigo misma. Y es que esta visita sorpresa es otra de tantas cosas impropias de la antigua Eva, que mi nuevo yo me alienta a hacer. Un acto impulsivo que no he querido frenar ni ignorar porque tengo ganas de ver a Bruno, y si puede ser, meterme en su cama y no salir en toda la mañana. Yo que siempre he sido de las que esperaban sentadas a que el chico

en cuestión se acercase y si eso no ocurría lo dejaba pasar resignada, estoy aprendiendo a pedir lo que quiero. Y no sé me ocurre nada mejor que el cuerpo desnudo de Bruno sobre mí.

La casa aparece en mi campo de visión e imagino los rayos del sol inundando la cocina y el olor a café recién hecho. Una sonrisa se dibuja en mis labios. Camino un poco más deprisa azuzada por las ganas y cuando estoy a punto de salir del camino la puerta se abre.

Mis ojos buscan ávidos a Bruno. Y lo encuentran. A Bruno y a una mujer morena que sale con él del interior de la casa y con la que se funde en un largo abrazo que siento como un puñetazo en el estómago. Por un momento, vuelvo a aquel café y a las calles de Madrid. Aprieto los párpados con fuerza y trato de controlar mi respiración. Esta vez, consigo que mi cuerpo reaccione y retrocedo para alejarme lo antes posible. Estoy a punto de girarme cuando Bruno levanta la cabeza y sus ojos chocan con los míos. Nos miramos un segundo antes de darme la vuelta y volver por donde he venido.

Diez minutos después suena el timbre y sin necesidad de asomarme a la mirilla sé de quién se trata. Podría ignorarlo, de hecho lo considero. Sin embargo, conociendo a Bruno, eso solo retrasaría una conversación que, aunque incómoda, es inevitable.

—¿Por qué te has ido? —Es lo primero que me dice cuando abro la puerta.

—No pintaba mucho allí. —Intento mantenerme serena, pero la hiel se escurre por mi voz.

Sus ojos me analizan. Se pasa la mano por el pelo y respira hondo.

—¿Puedo entrar?

—Claro. —Me hago a un lado y pasa junto a mí con gesto taciturno.

Caminamos hasta el salón en silencio y nos detenemos en el centro, uno frente al otro.

—¿No vas a preguntar? —Su tono de voz suena tenso.

Lo miro a los ojos.

—No es de mi incumbencia. Nosotros... —Y, aunque no quiero, esa sencilla palabra me suena especial cuando nos engloba a Bruno y a mí. *Idiota*—. Tú y yo —me corrijo— somos adultos. Nos acostamos y nos lo pasamos bien. Eso es todo. No hay más drama.

—¿Es lo que piensas? —pregunta con el ceño fruncido.

—Es la verdad. —Da igual que se me haya estremecido el pecho cuando la he visto entre sus brazos. Da igual que sus sonrisas hagan más brillante mi día o que el olor de su piel me calme como no lo hace ninguna otra cosa.

Da un paso hacia mí.

—Joder, Eva...

—Esto no es necesario —aseguro obstinada y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Vale, a ver qué tal así. —Inclina la cabeza y busca mis ojos—. Nos acostamos, sí. Y hay pocas cosas que me gusten tanto como estar dentro de ti. Pero no es lo único. Me gusta dormir con tu cuerpo pegado al mío y hablar de cualquier cosa contigo. Eres dulce y divertida. Y me gusta pasar tiempo contigo. —Hace una pausa—. Nunca te haría daño. Puedes confiar en mí.

—¿Puedo? —pregunto con el sarcasmo tiñendo mi voz.

—Eva, si quieres saber algo, deberías tener el valor de preguntarlo. —Cruza los brazos sobre el pecho y sus pupilas me acorralan.

Nos mantenemos la mirada unos segundos. Inhalo con fuerza y dejo que la pregunta, a la que mi inseguridad ha ido dando forma y que he ignorado pretendiendo que no me importaba, a pesar del tiempo que lleva atascada en mi garganta, vuele libre.

—¿Engañabas a tu mujer?

—No —dice rotundo y no parece sorprendido de que sea eso lo que le pregunte.

—Me resulta difícil creerlo.

—¿Es por lo de antes? Porque tiene una explicación muy sencilla.

—No es solo por eso.

—No te entiendo. Vas a tener que ser más clara —dice serio.

—Los he leído.

Me mira con cara de incompreensión.

—Los correos electrónicos. Los que le enviabas a Marta. Los encontré por casualidad en un armario —reconozco avergonzada.

—Y los leíste —repite mis palabras.

Bajo la vista.

—Y la conclusión que has sacado es que no soy digno de confianza porque le era infiel.

No contesto. La expresión de Bruno es inescrutable. Coge aire y lo deja salir con lentitud.

—Eva, era Marta la que se acostaba con otro.

Sus palabras me sacuden como si me hubiese alcanzado un rayo. Lo miro desconcertada.

—La gente del pueblo...

—Son solo cotilleos —me corta.

—Pero os oyeron discutir.

—Sí e hicieron lo mismo que tú: sacar sus propias conclusiones.

Me dejo caer en el sofá.

—No lo entiendo.

Bruno también se sienta, pero deja una distancia prudencial entre los dos. Se frota el mentón y tras unos segundos comienza a hablar.

—Fue con un compañero de trabajo. No me di cuenta hasta dos meses después. Al principio, lo negé, pero era demasiado evidente: las reuniones hasta tarde, los planes de fin de semana que nunca podía posponer para venir al pueblo, las discusiones sin motivo... Recogí mis cosas de nuestra casa de Barcelona y me las traje aquí. Decidimos separarnos. De forma temporal. Marta no quería ninguna decisión drástica. Decía que me quería, pero que se había sentido sola, que había cometido un error. Accedí porque me sentía culpable por no haber visto las señales, por no entender que ella quería seguir viviendo en Barcelona. Pero yo sabía que para mí era definitivo. Se lo dije dos semanas después. El último día que nos vimos me había enviado un mensaje. Quería verme, hablar. Me dijo que me esperaba en casa. Ella todavía no había dormido ni tan siquiera una noche en esta casa. Me rogó que la perdonase, que volviéramos a intentarlo, pero no pude aceptar. Se puso como loca. Traté de calmarla, pero no me escuchó. El resto me imagino que ya lo sabes. —Hace una pausa—. Necesito un vaso de agua. ¿Quieres uno?

Asiento y lo veo ir hacia la cocina. Vuelve con dos vasos llenos de agua fría que deja sobre la mesa baja y se vuelve a sentar en el mismo sitio.

—La mujer que has visto en mi casa es la abogada que tramitó el divorcio y... todo lo que vino después. Fue compañera de Olivia en la universidad y es una buena amiga. Normalmente voy yo a Barcelona, a su bufete, de hecho venía de allí la primera vez que nos vimos. Hoy ha aprovechado la visita a un cliente en un pueblo cercano para traerme unos documentos —concluye.

Cojo mi vaso y lo apuro casi de un trago. Bruno me observa serio. Me he acostumbrado tanto a

sus sonrisas que su expresión me duele, sobre todo saber que yo la he provocado.

—Y bien, ¿hay algo más que quieras saber?

Niego en silencio. Bruno alarga la mano hasta su vaso, se lo lleva a los labios y toma un pequeño sorbo.

—No era así cómo pensaba que sería el día. —Sonríe sin alegría. Se estira y vuelve a dejar el vaso sobre la mesa—. Creo que a los dos nos vendrá bien un poco de tiempo a solas. —Se inclina hacia mí y me besa en la sien antes de ponerse en pie.

Lo sigo con la mirada mientras se aleja y cuando escucho la puerta cerrarse siento que he metido la pata. Hasta el fondo.

Prince aparece al rato y de un salto se sube en el sofá. Ronronea, frota su cabeza contra mi mano, da un par de vueltas y se tumba. Hundo los dedos en su pelaje y se deja hacer. Supongo que debo parecer tan triste que no tiene corazón para mostrar su habitual altanería. Lo rasco detrás de las orejas y me mira con sus ojos color ámbar.

—¿Sabes pequeño? Yo tampoco imaginaba el día así.

DIECINUEVE

Han pasado algo más de dos días desde que Bruno salió por la puerta. Cuarenta y ocho horas con sus dos mil ochocientos ochenta minutos y sus ciento setenta y dos mil ochocientos segundos, por redondear, sin saber nada de él. Dijo que necesitábamos tiempo y puede que tuviese razón. Porque durante estos días he podido pensar mucho y he llegado a la conclusión de que no me culpo de mi reacción. Marcharme fue el comportamiento más lógico. El que la decepción y mis inseguridades dictaron. Por el contrario, sí me recrimino el no haber sido lo suficientemente valiente para querer conocer su versión, hasta que fue inevitable, y con ello seguir alimentando mis fantasmas; ignorando su presencia, pero manteniéndolos agazapados en un rincón.

Asumo mi parte de culpa. Por eso, he estado reuniendo el valor necesario para ir a buscarlo y ofrecerle la disculpa que sé que le debo. Y aunque estoy muerta de miedo, no quiero retrasarlo. Él no lo merece y a mí cada hora sin aclararlo se me hace más cuesta arriba.

Mi corazón late frenético cuando me detengo frente a su casa. Tanto es así, que solo soy capaz de escuchar sus latidos atronadores mientras subo los escalones del porche. La puerta hoy me parece más sombría y la miro como si fuese a saltar encima de mí en cualquier momento. Ha llegado la hora de la verdad. Me armo de valor, cuento hasta cinco y pulso el timbre. Espero unos segundos y vuelvo a llamar.

—Eva... —Su voz grave y seria, sin rastro de su característico tono juguetón, me sorprende desde algún lugar a mi espalda. Me giro y lo encuentro parado en el último escalón con la mochila al hombro y el neopreno colgando del brazo.

—Hola, Bruno. —Me revuelvo el pelo mientras trato de leer algo en la expresión hermética de su rostro—. He pensado que podíamos hablar.

Me mira unos segundos que me resultan eternos y saca las llaves del bolsillo.

—Claro. Pasa.

Entramos y la añoranza que siento me bloquea por un instante. Bruno deja las llaves sobre la encimera y se gira hacia mí.

—Vuelvo en un minuto. Si quieres, tienes agua y cerveza en la nevera.

—No me apetece nada. Gracias. —No creo que consiguiese tragarlos con el nudo que noto en la garganta.

Asiente y desaparece pasillo adentro. Me siento en el sofá y miro a mi alrededor. Y se me ocurre el absurdo pensamiento de que es injusto que nada atestigüe mi ausencia, y que yo no he sido capaz de dejar la misma marca en esta casa que ella en mí.

—Pensé que no iba a volver a verte. —Me mira apoyado en el vano del pasillo.

—Sí, bueno. Pensé que quizá fuese eso lo que querías.

Se frota la barba que le ha crecido estos días. Niega con la cabeza y se acerca.

—Eva, solo pretendía darte tiempo para reflexionar y ubicar cada cosa en su lugar.

—Y lo he hecho. Sé que me equivoqué y tengo que pedirte disculpas. No debí leer esos correos y antes de sacar conclusiones precipitadas debí preguntarte. Entiendo que estés enfadado y lo siento.

—No estoy enfadado. Y tampoco me importa que leyeras los correos. —Se sienta sobre la

mesa frente a mí —. Cariño, vives en una burbuja. Viniste aquí para esconderte y lo sigues haciendo.

—Si te refieres a Marco...

—Me refiero a ti. Vives una vida prestada porque tienes miedo de hacerte las preguntas importantes. Ni siquiera eres capaz de reconocerte a ti misma que esto que compartimos dejó de ser solo sexo hace tiempo.

Sus palabras me caen encima como una inesperada lluvia de alfileres. El miedo aflora y junto con él el resentimiento.

—No entiendo a qué viene esto y tampoco qué quieres de mí, Bruno. Los dos sabemos que más pronto que tarde me iré. Y entonces ¿qué pasará con *esto* como tú dices?

—No lo sé. Al menos yo no ignoro su existencia y no lo doy por perdido.

—¿Me estás pidiendo que me quede o serás tú quien se mude a Madrid? —pregunto con ironía.

—Te estoy pidiendo que dejes de huir hacia adelante y hagas lo que tengas que hacer para recuperar tu vida. Y luego ya se verá.

La conversación dura apenas unos minutos más, no hay mucho que podamos decir que no se haya dicho ya, y, cuando me marchó, lo hago con una opresión en el pecho y sin entender del todo lo que ha ocurrido. No ha sido lo que yo esperaba. Me siento perdida y voy al único sitio en el que sé que puedo encontrar alivio o al menos comprensión. Olivia abre la puerta y frunce el ceño al ver mi expresión.

—Hola. Creo que hoy necesito esa botella de ron.

Olivia me mira preocupada desde el otro extremo del sofá. La verdad, no entiendo el porqué de su cara si yo me encuentro mucho mejor.

—Eva, cielo, te has bebido tres copas en una hora. No quiero sonar como una madre, pero mañana te vas a sentir fatal y eso no va a ayudar.

Cuando voy a contestarle que no estoy de acuerdo con su teoría, el timbre suena y se levanta a abrir. Ni siquiera me molesto en mirar, le doy otro trago a mi copa y me recuesto sobre los cojines con los ojos cerrados. Escucho pasos y a Olivia que le susurra a alguien que si la necesita está en la habitación. Los pasos avanzan de nuevo y se detienen a mi lado.

—Ya veo que has empezado la fiesta sola.

Abro los ojos y Bruno está sentado sobre la mesa frente a mí.

—Tenía mucho que celebrar. —Levanto la copa y le doy un trago que la deja por la mitad.

Bruno me observa con los ojos entrecerrados y expresión seria.

—¿Y crees que la mejor manera es emborracharte?

En realidad, lo único que quiero es dejar de pensar, de recordar el pasado y tratar de dibujar futuros en los que no soy capaz de imaginarme. De sentir, que a pesar de lo que creía, en realidad no he avanzado y sigo en la misma casilla de salida.

—¿Por qué no?

—Porque adormecer los sentidos nunca funciona a largo plazo.

—Me encanta que siempre tengas la frase adecuada.

Vacíó la copa de dos tragos y cojo la botella de ron para rellenarla. Bruno me intercepta por el camino y me la quita de la mano.

—No me digas que ahora me toca la charla acerca de los efectos nocivos del alcohol —lo

provoco. Quiero discutir, pagar mi frustración con alguien y él me parece el mejor candidato.

Me mira con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido. Luego echa dos dedos de alcohol en la copa, le añade Coca-Cola y bebe un sorbo.

—Te estás bebiendo mi ron.

—Si vamos a celebrar algo, tendré que ponerme a tu altura. —Me mira con ternura y mis labios se curvan en una sonrisa triste; siempre sabe cómo derribar mis barreras.

Deja la bebida sobre la mesa y se sienta a mi lado en el sofá. Me rodea por los hombros y me atrae hacia su cuerpo. No opongo resistencia, ¿para qué?, si lo que en realidad llevo deseando cuatro días es estar entre sus brazos.

—¿Por qué todo tiene que ser tan difícil?

—Así es la vida: tropezar, caer, levantarse. Crecer y, por comparación y experiencia, encontrar lo que te hace feliz.

—Yo creía haberlo encontrado y era un espejismo. Ahora soy feliz aquí, pero me pides que me vaya.

—Créeme, no ha sido fácil.

—Pues lo disimulas muy bien.

—Tengo experiencia.

—¿Y ahora qué? Nos cruzaremos por el pueblo como dos desconocidos.

—¿Es lo que quieres?

—No, no quiero echarte de menos teniéndote cerca. Ya lo he experimentado en estos días y no me gusta.

—Mejor, porque a mí tampoco. Quiero dormir contigo cada noche, besarte siempre que pueda, escuchar música en el jardín y cocinar para ti. Ver como se iluminan tus ojos cuando sonrías. Llenarme de ti para poder decirte adiós.

—¿Y después qué?

—Después, no es ahora. ¿Para qué pensarlo?

Me despierto temprano. Bruno duerme a mi lado con la sábana enredada a la altura de las caderas. Su respiración es tranquila y en su cara no hay rastro de la tensión de los días anteriores. Me acerco para besar sus labios, pero me detengo antes de rozarlos: no quiero despertarlo. Recojo mi ropa con cuidado y me visto en silencio en el cuarto de baño. Me asomo una última vez a la habitación y luego me marcho.

Prince sale a mi encuentro cuando entro en casa. Me agacho para hacerle una caricia y maúlla.

—Hola, precioso. ¿Tienes hambre?

Corre hacia la cocina y yo lo sigo. Relleno su comedero, le pongo agua fresca y, cuando me aseguro de que tiene todo lo que necesita, subo a mi habitación.

La maleta descansa silenciosa debajo de la cama, tiro de ella y la coloco sobre el colchón. La miro y pienso si en realidad me llevo algo diferente de lo que traje. Abro el armario y comienzo a llenarla.

Veo las casas alejarse a través del espejo retrovisor y siento una opresión en el pecho. Continúo por la carretera y me incorporo a la autovía. Cuando aparece la señalización que indica el desvío a la gasolinera activo el intermitente.

Aparco en una zona apartada y saco el teléfono móvil del bolso. Responde al segundo tono.

—Eva.

Escucho su voz y todo mi mundo se vuelve del revés. Todo regresa de golpe. Es como si estos meses no hubiesen pasado, como si solo hubiesen sido un sueño. Cierro los ojos y aprieto con fuerza el teléfono.

—Eva, dime algo. —Su tono es íntimo y familiar. Se me cuele por la piel y me araña el pecho.

Me obligo a tragar el nudo que me aprieta la garganta y atenaza las palabras, porque él ya no tiene derecho a hablarme así.

—Hola, Marco.

El silencio se extiende unos segundos por la línea.

—Me alegra escucharte. Llevo semanas queriendo hablar contigo.

—Sí, se nota en la cantidad de veces que me has llamado.

—Quería darte espacio.

—Me alegra que te preocupes por mis sentimientos.

Lo escucho suspirar.

—Sé que las cosas no han salido cómo planeamos y que tienes motivos para estar enfadada, pero me gustaría verte y hablar. Creo que lo necesitamos.

—Vuelvo a Madrid en unos días. Si de verdad quieres verme sabes dónde encontrarme.

—Hola.

Bruno me mira con la mano apoyada en el tirador de la puerta y el ceño fruncido.

—Has vuelto.

—En realidad no me he ido. Quería comprar esas galletas tan empalagosas que te gustan y que solo tienen en la gasolinera. No te quedaban. —Le tiendo la bolsa que llevo en la mano, la coge y mira en su interior con recelo.

—Podías haber dejado una nota.

—No se me ha ocurrido. ¿Me vas a dejar pasar?

Inspira y se aparta de la puerta. Doy un paso atrás, cojo la maleta que había dejado apoyada en la pared y paso por su lado. Me mira y sus labios se curvan en una sonrisa.

—¿Y eso?

Apoyo la maleta en el suelo, me acerco y busco sus ojos.

—Puede que tenga cosas que resolver y que solo haya recorrido una parte del camino, pero he cambiado, al menos lo suficiente para esta vez no salir corriendo. Porque tienes razón, hace tiempo que esto es mucho más que sexo. En tres días vuelvo a Madrid y, aunque estoy muerta de miedo, quiero pasarlos contigo.

La última palabra la pronuncio sobre los labios de Bruno. Me agarro a él y mi boca se funde con la suya. Un beso con sabor a últimas veces.

VEINTE

Lo malo de vivir en una burbuja es que siempre llega un momento en el que choca con el mundo real y explota. Y, a pesar de todo lo bueno e incluso lo malo, el mundo real siempre se impone.

Tres días duran lo mismo que un suspiro. El primero lo pasamos sin salir de la cama, con los cuerpos rendidos de placer y los labios hinchados de besarnos tanto. Nos acariciamos hasta que no quedó un centímetro de piel sin descubrir, como si a fuerza de tocarnos pudiéramos grabar hasta el más mínimo detalle del cuerpo del otro para rescatarlo siempre que fuese necesario.

El segundo conseguimos salir de la cama, pero nos aislamos en el limbo que nos proporcionaba la casa de Bruno. Hablamos mucho, cocinamos, vimos abrazados el atardecer, seguimos besándonos a todas horas y llenamos cada recuerdo con el sonido cálido de las canciones de sus vinilos. Estábamos despidiéndonos con todo lo bonito.

Y el tercero, en el tercero, hicimos lo que pudimos por esquivarla, pero al final se nos coló la tristeza. Nos despertamos con la expresión contenida, esforzándonos porque las sonrisas fuesen más luminosas, cohibiendo las caricias para que no pareciesen desesperadas, conscientes de que podría ser la última vez que viéramos salir juntos el sol en esa cama y nos fundimos el uno en el otro diciendo con nuestros cuerpos lo que no conseguimos con palabras, las promesas que no nos quisimos hacer por miedo a no poder cumplirlas. Comimos en casa de Bruno, más atentos al otro que a nuestros platos, queriendo llenarnos los ojos de su imagen. Me hubiera gustado tener una máquina que pudiese ralentizar el tiempo, todo iba demasiado deprisa. Ya habíamos decidido que esa noche no dormiría en su casa, bueno, yo lo decidí. Arañamos hasta el último minuto que pudimos, pero el momento llegó. Bruno cogió mi maleta y caminamos hacia la puerta. Antes de salir me detuve y miré a mi alrededor, a ese pequeño mundo donde había sido feliz. Sentí un pellizco tremendo en el pecho, como si me hubiesen arrancado una parte que se quedaba allí para siempre. Y, aun sabiendo que era absurdo, sentí que en apenas tres meses había perdido de nuevo un hogar.

Pasamos por la casa y recogí a Prince. Ya había hablado con Olivia de que ella lo cuidaría hasta que encontrase casa de nuevo. No sé a quién de los dos abracé más. Se me escapó una lágrima traicionera, el resto logré controlarlas. Olivia bromeó con que no estaba en el fin del mundo y me prometió llamarme al día siguiente, en Madrid mi móvil ya tendría cobertura.

Y, al final, llegó. El momento de la despedida. Bruno dejó la maleta en el suelo del recibidor y se volvió hacia mí. Apoyo su frente en la mía y entrelazó nuestros dedos.

—¿Estás segura de qué quieres quedarte aquí?

—Sí.

Inspiró hondo y apretó mis manos.

—«Nunca digo adiós, porque un adiós significa irse e irse significa olvidar». Es de J. M. Barrie, pero ya sabes que me encanta apropiarme de frases que no son mías. —Sonrió y yo traté de imitarlo—. En serio, nunca te podría olvidar. Has sido mi casualidad más bonita. —Acaricié mi cara con el dorso de sus dedos y yo me incliné buscando el contacto de su piel—. ¿Hasta pronto, entonces?

Asentí con la cabeza y me tragué la angustia.

—Hasta pronto.

Se inclinó y me besó en los labios. Un beso que me pareció demasiado breve. Suspiró y se marchó, sin más, sin mirar atrás.

El día ha amanecido gris y las nubes de tormenta amenazan con descargar sobre mi cabeza mientras termino de meter todas mis cosas en el maletero. Conjuntan a la perfección con mi estado de ánimo. El pueblo me despide como siempre con sus calles vacías y en silencio, y yo lo agradezco porque no creo que hoy fuese capaz de pronunciar ni una sola palabra si me hubiese cruzado con alguien. Solo me permito llorar cuando he recorrido los suficientes kilómetros para que la tentación de darme la vuelta y regresar no tenga sentido. Me desvíó hacia un área de descanso donde hay un mirador y allí, apoyada en la valla de madera con la vista fija en el horizonte dejo que las lágrimas escapen a voluntad.

El resto del camino lo recorro más serena, una vez que ha salido la congoja que me estrangulaba la garganta. Y pienso. Pienso mucho. En Bruno. En mí. En cómo me siento cuando estamos juntos. Y me convengo de que no tiene por qué convertirse en un recuerdo bonito que desempolvas de vez en cuando y te preguntas por lo que hubiera pasado si no te hubieras dado por vencida. Que puede funcionar, porque como dice Olivia: «Bruno es capaz de hacer magia con las cosas que parecen irrecuperables». Y yo, yo simplemente, quiero hacer cualquier cosa con él. Cuando el cartel de la Comunidad de Madrid me da la bienvenida me siento más ilusionada que triste.

Mis padres me llenan de besos y abrazos en el momento que entro en casa. Me dicen que me han echado de menos y yo a ellos también. Comemos juntos mientras hablamos de mis planes para los próximos días, el principal: empezar a buscar casa. Un sitio que me pertenezca solo a mí.

—Cielo, no hay prisa, sabes que puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

—Lo sé, papá, pero me gustaría tener un espacio propio. —No sé cómo explicarles que necesito volver a definir mis metas, mis expectativas y reencontrarme conmigo misma.

Los párpados comienzan a cerrármese cuando llegamos al postre; el viaje ha sido largo y pesan los kilómetros y las emociones.

—Cariño, vete un rato a la cama. —Mi madre me retira el plato y me acaricia el pelo.

—Sí, creo que va a ser lo mejor.

A diferencia del cielo con el que me desperté esta mañana, el de Madrid luce azul y sin una nube. Miro por la ventana y siento como si en vez de unas horas hubiesen pasado meses desde que regresé. Rodeada por los paisajes y sonidos tan familiares de mi ciudad, el pueblo y todo lo que dejé en él me parece muy lejano. Sin embargo, cuando me tumbo sobre el colchón y cierro los ojos, me cuesta conciliar el sueño. Una parte de mí añora el olor a hierba que entraba por la ventana, el silencio y el ronroneo de Prince tumbado junto a mi cuerpo. Y a Bruno.

Cojo el teléfono móvil que he dejado sobre la mesilla de noche y busco su nombre en la lista de contactos. Pienso en escribirle, en contarle que le echo de menos y que me encantaría que nuestras camas no estuviesen separadas por setecientos kilómetros. Pero me contengo, decido esperar, me he prometido que primero cerraría los asuntos pendientes y eso es lo que voy a hacer. No obstante, no me resisto a mandarle un pequeño mensaje. Abro el navegador y busco Marwan. Leo entre las decenas de frases y cuando la encuentro sonrío: «Quemarse es otra cosa si se trata

de tu fuego».

Hemos quedado en una cafetería en nuestro antiguo barrio. Y, aunque no es terreno neutral, la he preferido antes que la casa que compartimos durante tanto tiempo. Camino deprisa, se me había olvidado que el tiempo aquí se te escapa entre los dedos si no estás atento y ya llego tarde. Pero a medida que me voy acercando los nervios hacen acto de presencia y mi paso se vuelve más inseguro y lento.

Lo veo nada más entrar, sentado en nuestra mesa, esa que nos ha visto compartir tantas mañanas de domingo y que me recuerda todo lo que su egoísmo nos ha quitado, y la rabia vuelve de nuevo. Él tarda un poco más en ser consciente de mi presencia, Marco alza la cabeza cuando me quedan apenas un par de metros para llegar hasta él y ya no deja de mirarme. Se levanta cuando llego a su altura.

—Hola. —Se acerca y me da un beso en la mejilla que debería resultarme íntimo y familiar después de todo lo compartido, pero solo siento vacío.

—Hola. —Me quedo de pie. No sé si en realidad quiero tener una conversación civilizada y madura, porque lo que en realidad me apetece es gritar hasta quedarme afónica.

—¿No vas a sentarte? —El ruego en su voz me aplaca.

Corro la silla que está enfrente de la suya, me quito la cazadora y me siento. El camarero aparece y le pido una Coca-Cola.

—Te veo bien. Estás guapa.

—Gracias. —Él también tiene buen aspecto, pero no se lo digo.

—Me alegro de que nos veamos, por fin.

De inicio no voy a responderle, no me apetece gastar más tiempo del necesario en un estúpido intercambio de cortesías, pero por eso precisamente lo hago.

—Marco, di lo que tengas que decir y acabemos.

Se pasa la mano por su pelo castaño y resopla.

—Vaya, eso ha sido muy directo.

—Sí, bueno, las cosas cambian, ¿no?

—Eva, entiendo que estés enfadada. No hice las cosas bien.

—Eso es un eufemismo. Mandaste nuestra vida a la mierda, me engañaste y pisoteaste todo lo que habíamos compartido. ¿Sigo?

—Sí, fui un egoísta y te debo una disculpa.

—Espero que al menos mereciese la pena.

—No, bueno... me equivoque. Ella y yo... Ya no hay nada —concluye y baja la vista a su cerveza.

Pensé que me alegraría oírlo. Que no les había salido bien, que había tirado todo por la borda por un capricho. Pero lo único que siento es tristeza por el poco valor que le dio a lo que teníamos y por haberse atrevido a arriesgarlo por algo sin trascendencia ni significado.

—¿Qué es lo que quieres, Marco?

—Solo quería verte. Hablar contigo. Ya sé que no tiene solución...

—No, no la tiene.

Y si albergaba alguna duda en mi interior, al volver a verlo se ha desvanecido. Del respeto y el amor que un día compartimos, ya no queda nada, Marco se encargó de que quedasen reducidos a

tantos pedazos que no habría manera de juntarlos de nuevo para que volviesen a encajar. La ira, la humillación y la tristeza que vinieron después se fueron consumiendo entre los muros de una casa que no necesitaba puertas para desbordar intimidad. Y ahora, ahora, solo está la pena, por algo que en un momento creí valioso, por los buenos momentos compartidos que ya no volverán y por la persona que fue feliz conformándose con menos de lo que quería.

—Eva, han sido cinco años. No me gustaría que nos cruzásemos por la calle sin mirarnos a la cara como dos desconocidos.

—Es en lo que nos hemos convertido —murmuro con pesar.

Y no lo digo por rencor, ni por rabia. Solo lo siento así. Ya no nos reconozco.

—Tengo que marcharme. Mándame un mensaje para decirme que día puedo pasar a recoger las cosas que me quedan en casa y con el resto, decide tú. —Me levanto de la silla y dejo tres euros sobre la mesa para pagar la Coca-Cola que no he probado. Marco me mira.

—Estás distinta. No te reconozco.

—Puede ser, sin embargo, me siento más yo misma que nunca. Adiós, Marco.

Me alejo con un sentimiento agrisado, consciente de que dejo en esa cafetería una parte importante de mi vida y a la vez en calma porque hay puertas que no merece la pena mantener abiertas si ya no llevan a ninguna parte.

VEINTIUNO

Las expectativas son uno de los mayores enemigos de los sueños. No me cabe la menor duda después de estos dos últimos días. Pensaba que encontrar un piso de alquiler que me gustase y se ajustara a mi presupuesto sería una tarea sencilla, pero, vista la realidad del mercado inmobiliario en Madrid, me he dado cuenta de que mis pretensiones se mueven dentro del campo de las utopías. Esta es mi tercera visita y la agente inmobiliaria —una mujer que no creo que cumpla los sesenta, con una media melena rubia oxigenada, maquillada como si fuese a actuar en un cabaret y que me llama bonita, aunque le he repetido mi nombre diez veces— me ha traído a una buhardilla en un edificio de seis plantas sin ascensor. Los techos están tan inclinados que el único sitio en el que consigo permanecer erguida es en el centro del salón.

—Resulta muy acogedor, ¿verdad?

La miro sin inmutarme, ya acostumbrada a su flexibilidad en el uso del lenguaje. El primer piso al que me llevó, un espacio de unos veinte metros cuadrados en el que hubiera podido cocinar tranquilamente sin moverme de la cama, lo definió como *loft* multiusos. El segundo, un zulo en un semisótano que no tenía más ventanas que dos míseros tragaluces, era íntimo. Y ahora esto.

—No creo que sea lo que estoy buscando.

—¿Estás segura, bonita? Porque para el barrio en el que está es una ganga.

Si tuviera esa capacidad, estoy segura de que los ojos se me pondrían en blanco cada vez que escucho el apelativo.

—Sí, preferiría un lugar con los techos más altos.

Apunta algo en su carpeta y suspira.

—Está bien. Veré lo que puedo encontrar, pero te advierto que vamos a tener que alejarnos más del centro.

—No me importa. —Siempre y cuando la vivienda sea habitable. Esa última parte me la callo.

Nos despedimos en el portal con el compromiso por su parte de que me llamará cuando tenga algo para mí y pongo rumbo a casa de mis padres con el ánimo por los suelos. No está siendo una buena semana. Aunque esto resulta una nimiedad en comparación con el trance que supuso recoger mis cosas del piso de Marco, porque ahora es oficialmente suyo, después de retirar mi nombre del contrato de alquiler. No me quejo, es lo justo, puesto que él ya vivía allí cuando nos conocimos. Aun así, e incluso sabiendo que esa casa ahora forma parte del atrezo de una vida que ya no existe, fue duro volver a estar entre esas paredes. Solo el olor al entrar me golpeó con tanta fuerza que un puñetazo en plena boca del estómago hubiera conseguido el mismo efecto y casi me quedé sin respiración, porque cada casa, supongo que lo sabéis, tiene un olor único y a mí esa me olía a recuerdos felices. Y es que, a pesar del amargo final, cuatro años dan para mucho y esas paredes han sido espectadoras de más momentos felices que desdichados.

Resulta curioso que los mismos cuatro años que cunden tanto en la memoria terminen ocupando el número exacto de cajas que consiguen llenar el maletero de mi coche. Curioso y triste, que es la palabra que mejor definiría mi estado de ánimo al salir de allí con los restos empaquetados de una ilusión que no pudo ser. Y como la mejor manera de vencer la tristeza es darle vía libre, recorrí el camino de vuelta con los ojos empañados y la nariz taponada por el llanto. Hay muchos tipos de

lágrimas: de pena, de rabia, de emoción, de alegría y algunas son incluso sanadoras. Las más fueron unas lágrimas necesarias, porque fueron de despedida.

Mi padre levanta la vista de las páginas de su libro cuando me escucha entrar.

—¿Cómo ha ido?

—Igual. Un desastre. Me ha llevado a la casa que los siete enanitos tienen en Madrid. —Suelto el bolso sobre la mesa y me dejo caer en el sofá.

—No te desanimes, algo saldrá.

—Supongo.

—Tu madre te ha dejado cena en la cocina.

—No tengo hambre. —Arquea las cejas y me echa una de sus miradas severas que de niña y también ahora, para que engañarnos, le dan tan buen resultado—. Pero me comeré una manzana. —Me levanto, recojo el bolso y dejo un beso al pasar en su cara de satisfacción.

Mi habitación está hecha un pequeño caos. Hay libros y ropa repartidos por casi todas partes. Retiro una montaña de jerséis de la cama, apilo dos almohadones contra el cabecero y me tumbo con el teléfono móvil en la mano. Se ha convertido en una especie de ritual. Abro el chat que muestra una fotografía del mar, miro las dos marcas que me indican que ha leído el mensaje y pienso en Bruno. No porque no lo haga el resto del tiempo, aun estando lejos tiene la capacidad de colarse por cualquier resquicio de mi mente, pero cuando me encuentro tranquila y a solas en mi habitación lo hago de manera consciente. Lo traigo de vuelta por miedo a olvidarme del sabor a sal de sus labios o el tacto cálido de su piel. Y, como todas las noches, me pregunto si debería llamarlo. Si el que no me haya respondido es una manera de indicarme su falta de interés o que debo ser yo quien decida si quiere dar el siguiente paso.

La distancia nunca es una aliada en estos casos, y puede ser por el paso de los días o porque necesito que utilice su magia para arreglarme este desastre de semana o porque simplemente lo extraño y quiero oír su voz, pero hoy me pesa demasiado como para no ponerle remedio.

El teléfono da unos cuantos tonos y al contar el cuarto empieza a angustiarme la posibilidad de que no me lo quiera coger. Estoy a punto de colgar cuando el sonido grave y bajo de su voz me llega desde el otro lado de la línea.

—Hola.

Cierro los ojos y sonrío.

—Hola. Pensé que no me lo ibas a coger.

—Estaba en el jardín, casi me mato para llegar a tiempo. —No la puedo ver, pero escucho la sonrisa en su voz.

—¿Y qué hacías?

—Nada especial, dibujar un poco. Y tú, ¿ya has vuelto a caer en las garras de la gran ciudad?

—Me estoy adaptando todavía.

Se hace el silencio un instante.

—Me alegra escuchar tu voz.

Inspiro con fuerza para llevar el aire a los rincones de mis pulmones a los que no estaba llegando. Siento como si me hubiesen quitado una tonelada de peso de encima.

—¿Cómo estás? —pregunta.

—Bien. —«Te echo de menos»—. Cansada, ha sido una semana... difícil.

—¿Quieres contármelo?

Lo pienso un segundo.

—No, ahora no. —Me conformo con saber que está ahí, al otro lado—. Cuéntame algo tú. ¿Qué has hecho hoy?

—Nada interesante. Ha sido un día bastante tranquilo. Me he pasado la mañana en casa, trabajando en un proyecto nuevo, y después de comer he ido hasta la playa a nadar un rato.

Suspiro.

—Ya imaginaba que te iba a dejar sin palabras con tantas emociones. —Su risa me caldea la piel.

—No es eso, tonto. Solo imaginaba el mar.

—Ya te dije que te atraparía. Crea adicción.

—Podrías mandarme un poquito en una botella.

—Perdería su esencia.

—Me arriesgaré. —Me humedezco los labios—. O quizá... podrías traérmelo tú. —No quiero darle ocasión a que me diga que no, así que continúo hablando—. Te echo de menos.

—Yo también te echo de menos, pero no sé si es demasiado precipitado.

—¿No quieres verme? Porque yo a ti sí. La distancia me mata.

—¿Verte? Quiero besarte, olerte, tocarte... pero creo que necesitas más tiempo.

—Bruno, es importante para mí. Esto también forma parte de lo que soy y quiero que lo conozcas, que me conozcas aquí, que veas mi mundo. ¿Qué te da miedo? ¿Qué no te guste lo que encuentres?

—No, me da miedo no saber hacerlo bien.

Y, aunque las palabras no salen de su boca, soy capaz de escucharlas a la perfección: «otra vez».

—Dar las cosas por sentadas.

—Ven —le pido—. Ven y veamos qué pasa. ¿Qué puede ser lo peor que ocurra? Haremos turismo, iremos de tapas y tendremos dos días con sus dos noches enteros para nosotros.

—Eso se llama manipular —se queja—. No puedes tentarme con lo único a lo que no soy capaz de resistirme.

—¿A las tapas? —Sonrío.

—No, a ti.

—¿Eso es un sí? —pregunto ilusionada.

Lo escucho reír.

—Sí, es un sí. Miraré a ver si tengo billete para la semana que viene.

—Y yo buscaré un hotel monísimo con una cama enorme.

—Mejor que no sea tan grande, prefiero tenerte cerca. —Su tono se vuelve más íntimo y la piel de todo mi cuerpo se eriza en respuesta.

—Oigo música. ¿Qué escuchas? —Trato de centrar el foco en otro tema, quedan demasiados días sin tenernos cerca para empezar a acumular ansiedad.

—*Righ here waiting*. ¿Te gusta?

El sonido me llega más nítido. Me concentro unos segundos en la melodía.

—Sí, es bonita.

—Me recuerda a ti.

—¿Puedo escucharla entera?

—Claro. —La música se detiene—. ¿Estás cómoda?

—Sí. —Me acurruco en posición fetal con las manos bajo la almohada y a continuación escucho el característico sonido de la aguja al deslizarse por el vinilo.

Cierro los ojos con los primeros acordes y durante unos minutos vuelo a su lado. Cuando la línea se queda en silencio tengo una sonrisa dibujada en los labios.

—Gracias por la canción... y también por venir.

—No tienes que dármelas. Me muero por verte.

—Y yo a ti.

—Te llamo cuando sepa algo del tren. Buenas noches.

—Buenas noches.

Cuelgo y aprieto el teléfono contra mis labios. No le he llamado con la intención de pedirle que viniera, pero me alegro de haberlo hecho. Siento cómo la emoción y los nervios van formando una bola en mi pecho. Va a venir.

VEINTIDÓS

Una fotografía de una puesta de sol sobre el mar con el texto: «Y mañana tú», me recuerda que faltan menos de veinticuatro horas para tenernos y los aleteos en mi estómago se multiplican de tal manera que comienzo a sentirlos hasta en la garganta. Se me ha hecho eterno, parecía que alguien hubiese doblado los días sobre sí mismos una y otra vez, pero he conseguido sobrellevar la espera a base de ilusión inyectada en vena por medio de las sonrisas que me han pintado en la boca los rincones que he rescatado de mi cajón interior de los recuerdos bonitos para compartirlos con Bruno. Eso y los tachones con rotulador rojo en el calendario, uno por cada día menos para verlo.

La mitad de la ropa de mi armario descansa amontonada sobre la cama mientras examino la otra mitad sin conseguir decidirme. Sé que no es trascendental y que Bruno sonreiría si me viera tan preocupada, él siempre me dice que como más le gusto es cuando solo llevo su ropa, pero estoy nerviosa y mantener la cabeza ocupada ayuda. Descuelgo una percha con un vestido azul y la sostengo frente a mí.

—Ese es bonito. —Mi madre empuja la puerta y entra en la habitación—. ¿Vas a algún sitio?

—No exactamente. Va a venir un amigo a verme.

—Un amigo.

—Sí, Bruno. Te he hablado de él. Era mi casero.

—Cielo, sé quién es Bruno. Pero por el desastre que tienes aquí montado me da la impresión de que es más que un amigo.

Me siento a los pies de la cama todavía con el vestido en la mano.

—Sí, bueno, algo así. Nos estamos conociendo.

—No quiero meterme en tu vida, Eva, pero ¿no crees que es demasiado pronto? Solo hace unos meses que rompiste con Marco y quizá deberías tomarte un tiempo para ti, para saber lo que quieres.

—Te va a caer genial. Él piensa lo mismo. —Sonrío y mi madre me imita.

—Solo por eso ya se ha ganado mi respeto, pero, cariño, si quieres un consejo deberías tomarlo con calma. Quizás haya sido solo el puerto donde hacer escala mientras duró la tormenta.

—Eso es lo que tratamos de averiguar. Pero ahora mismo lo que sé es que con él me siento de una manera que no me había sentido nunca: más libre, más viva, más yo.

Me mira y leo la preocupación en sus ojos.

—Solo es un fin de semana, mamá.

Faltan dos horas para que Bruno llegue y ya me he vestido, tengo la maleta hecha y hasta la he bajado al coche. Ahora estoy sumida en una batalla silenciosa con mi madre en la que ella se dedica a echarme miraditas de reojo desde su sillón, mientras yo finjo que no me doy cuenta y aparento prestar atención a la película que están poniendo en la televisión para evitar cualquier posible intento de conversación. La pantalla de mi móvil se ilumina y cuando leo el nombre de Bruno una sonrisa enorme se me dibuja en los labios.

—Hola. —Me levanto del sofá y, ante la atenta mirada de mi progenitora, salgo del salón en busca de un poco de intimidad—. ¿Ya vienes de camino?

—No, sigo en la estación. —Suspira y puedo notar su frustración desde mi lado del teléfono—. Eva, no voy a poder estar allí esta noche. Hay una avería en las vías y han suspendido los dos últimos trenes.

—Dime que estás de broma.

—Te juro que me gustaría, pero no. Voy a intentar cambiar el billete para mañana temprano y así poder llegar lo antes posible. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya, a no ser que hayas sido tú quien ha saboteado las vías —trato de bromear, pero la desilusión se filtra en mi voz.

—Ey, solo es una noche, todavía nos queda otra con su día al completo. Lo compensaremos con creces, ya verás. ¿Estás bien?

—Sí. Lo sé. No te preocupes, no pasa nada. Es solo que tengo ganas de verte.

—Yo a ti también. Piensa que en unas horas estaré allí y de esto ni nos acordaremos.

—Seguro. Por cierto, deberías ir a arreglar lo de ese billete en vez de estar de charla conmigo.

—Sí, ya voy de camino. Te mando un mensaje cuando sepa el horario. —Hace una pausa—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, claro. Soluciona las cosas y descansa. Mañana nos vemos. —Intento sonar despreocupada, pero lo cierto es que estoy a punto de llorar.

—Lo mismo digo. Sueña cosas bonitas. Mañana nos vemos.

Dejo el teléfono despacio sobre la mesilla de noche y me siento en la cama con la espalda pegada al cabecero y los brazos rodeando mis rodillas. Como comienzo de un fin de semana que preveía perfecto, queda muy alejado de lo que había imaginado.

Decenas de pequeñas nubes grises, cortesía de la caprichosa primavera madrileña, se extienden sobre mi cabeza y ocultan el sol que ayer brillaba soberano en el cielo. Alzo la vista sin poder evitar fruncir el ceño y entro a toda prisa en la estación de Atocha que bulle de actividad. Llego tarde.

Y es que los nervios de la semana, unidos al disgusto que me tuvo despierta ayer hasta las tantas, me han dejado tan agotada que cuando ha sonado la alarma esta mañana la he apagado y, creyendo que la había pospuesto para diez minutos después, me he vuelto a acurrucar en la cama. Si mi madre no me hubiese despertado todavía estaría allí. Como consecuencia, cuando alcanzo la salida de los andenes del AVE con un retraso de quince minutos, llevo el corazón en la boca a causa de la carrera y estoy muy enfadada conmigo misma.

Para colmo no veo a Bruno por ninguna parte. Respiro hondo para tranquilizarme y miro con más atención a los diferentes viajeros que aún quedan en la zona, pero ninguno es él. Busco el teléfono dentro del bolso y trato de no ponerme en lo peor mientras decenas de posibles explicaciones pasan a la velocidad del rayo por mi cabeza. Justo acabo de encontrarlo y estoy a punto de marcar cuando escucho su voz a mi espalda.

—Ya empezaba a pensar que te habías arrepentido.

El ruido de mi cabeza desaparece y mis labios se curvan en un acto reflejo. Me giro despacio y me encuentro con sus ojos que me observan risueños.

—Trataba de decidir si debía ir a cambiar el billete de vuelta y ahorrarle el mal trago a los transeúntes de verme vagar por la ciudad con cara de pena.

Sé que está bromeando, pero aun así no puedo evitar sentirme mal.

—No sabes cuánto lo lamento. Soy un desastre.

Alarga el brazo y me retira de la cara un mechón que ha debido de salirse de la coleta.

—No te preocupes. Solo estaba un poco preocupado por si habías tenido algún incidente.

Hago una mueca.

—En realidad me he dormido. —Me tapo media cara con las manos y lo miro con expresión culpable.

Sonríe y se pasa la mano por el mentón.

—No sé muy bien cómo tomarme eso.

—Es que estaba cansada y anoche me costó dormirme y... —Me lanzo a una cháchara que preveo sin final hasta que Bruno atrapa mis manos y entrelaza sus dedos con los míos.

—Eva, tranquila. No pasa nada. Lo importante es que ya estás aquí.

Sus ojos brillantes fijos en los míos y el tacto de sus dedos que dibujan pequeños círculos en mis palmas consiguen sacarme de la espiral de crispación que arrastro desde mi abrupto despertar. Cojo aire hasta que mis pulmones se aprietan contra las costillas y lo suelto despacio.

—Perdona, estoy nerviosa y cansada.

—¿Has desayunado?

—No me ha dado tiempo.

Me suelta la mano derecha y agarra la bolsa de viaje que descansa a sus pies.

—Vamos. Busquemos algún sitio en el que te den un café y algo de comer con azúcar. Seguro que después te encuentras mucho mejor.

Lo miro y sonrío. No sé si algún día dejará de sorprenderme que haya veces que parezca saber lo que necesito mejor que yo misma.

—Hay una cafetería al fondo del pasillo, es de franquicia, nada del otro mundo, pero por esta vez nos valdrá —digo dándome la vuelta.

—Eva...

Me detengo y giro la cabeza. Bruno tira con suavidad de mi mano, que continúa unida a la suya, y atrapa mi cuerpo a la vez que mis labios en un beso breve e intenso, suave y dulce, que me deja con el corazón acelerado y la capacidad psicomotriz anulada. Solo soy capaz de mirarlo y parpadear mientras sus labios, todavía húmedos por nuestra saliva, se estiran con lentitud hasta formar una sonrisa que podría iluminar desde el paseo del Prado hasta la Castellana sin ninguna dificultad.

—Ahora sí podemos ir a desayunar. —Se agacha a por el equipaje que ha debido soltar en algún momento y comienza a caminar.

Yo lo sigo sin desenredarme de su mano y con cada paso mi sonrisa se afianza hasta quedar prendida a mi boca sin remedio.

—Te recordaba más habladora.

Levanto los ojos de mi taza de café y miro los suyos que me estudian desde el otro lado de la mesa tras una sonrisa.

—¿En qué piensas tan concentrada?

Dejo la cucharilla sobre el plato y me acomodo en la silla. Pienso en que días atrás nos había imaginado desayunando en el rincón más íntimo de un pequeño café que hay junto al hotel tras una noche de pasión y sábanas revueltas a la que nos habría llevado ese primer beso arrebatador con el que habríamos conseguido desterrar a los fantasmas y comprender que un nosotros, incluso en

la distancia, era mejor que un tú y yo. Pero no se lo digo, por miedo a sentirme tonta al pronunciar las palabras. Bastante me supone lidiar con el desasosiego que tengo enredado en las tripas del que no consigo deshacerme del todo porque, a pesar del beso y de nuestras sonrisas, no termino de reconocernos del todo en la actitud contenida y la conversación menos fluida de lo habitual.

—En nada especial, solo que deberíamos dejar tus cosas en el hotel. —Bruno me mira con esa expresión que nunca consigo descifrar y yo hago un esfuerzo para no desviar la mirada.

—Me parece bien. —Me tiende mi bolso, que descansa junto a su equipaje sobre una silla, y nos ponemos en pie.

—¿Has tenido buen viaje?

—Sí, muy tranquilo. He aprovechado para dormir un poco. Anoche entre unas cosas y otras no descansé demasiado.

—Ya, dímelo a mí.

Salimos de la estación y bajamos por la calle Embajadores. El cielo continúa igual de encapotado, pero por el momento no llueve.

—Tengo el coche aquí al lado. Luego podemos dejarlo aparcado en el hotel y movernos andando o en transporte público.

—Tú mandas. Tu ciudad, tus normas. —Me sonrío y entrelaza sus dedos con los míos. Su contacto consigue calmarme un poco los nervios.

A estas horas de un sábado el tráfico todavía no es muy intenso y tardamos poco en llegar al hotel, un pequeño y acogedor edificio de seis plantas situado en pleno centro. Mientras subimos en el ascensor hacia la habitación observo a Bruno con su pelo rubio revuelto, los ojos brillantes bajo la luz anaranjada y una sombra de barba de varios días ocultando su hoyuelo canalla. Está guapo. Tanto o más que la última vez que nos vimos. Pero ahora las circunstancias son diferentes. Él está allí y yo aquí y, al parecer, eso lo cambia todo.

Bruno también me mira, veo sus ojos clavados en mis labios. Y como un reflejo los míos descienden hacia su boca. Esa boca suave de la que todavía soy capaz de recordar el sabor y la sensación de sentirla repartiendo besos por cada rincón de mi piel. Siento la tentación de alargar la mano y pasar los dedos por sus labios, acariciar su rostro, pero durante el segundo que me asalta la duda el ascensor llega a su destino, las puertas se abren y el momento se evapora.

—Creo que esta es nuestra planta. —Bruno se frota la nuca y yo retiro la mirada.

La tensión se disipa un poco mientras recorremos el pasillo en busca de la habitación, pero vuelve a crecer de inmediato en cuanto nos encontramos frente a frente con la cama que preside el cuarto. Los labios de Bruno se curvan y en su sonrisa puedo leer los besos que los dos anhelamos y las caricias que vendrán, los que, ahora estoy segura, todavía se van a hacer esperar.

—¿Quieres deshacer la maleta?

Suspiro y la sonrisa de Bruno se ensancha canalla.

—No hace falta, no llevo nada que se arrugue.

Cuando se inclina hacia mí y me coge la bolsa para dejarla sobre la cama, cierro los ojos y aspiro su olor. Sus pupilas me parecen más oscuras cuando alzo los párpados. Nos aguantamos la mirada unos instantes. Bruno se muerde el labio inferior y sonrío.

—Será mejor que nos vayamos de aquí si de verdad quieres enseñarme la ciudad.

VEINTITRÉS

Si Madrid siempre me ha parecido bonita, pasearla cogida de la mano de Bruno, incluso bajo un cielo gris, la ha vuelto mágica. La Puerta del Sol y una fotografía de nuestros pies en el kilómetro cero, la plaza Mayor y un bocadillo de calamares a dos, El parque del Retiro y sus árboles que nos han cobijado para que, por fin, pudiéramos comernos a besos. Una parada en el Mercado de San Miguel para recuperar fuerzas sin poder quitarnos los ojos de encima. Y más calles y rincones que he descubierto bajo una luz diferente, porque cuando Bruno está a mi lado todo es más brillante, tiene otro color. Lo mejor, que con cada paso, cada risa, cada mirada, nos hemos ido encontrando de nuevo y la tensión a nuestro alrededor se ha desvanecido.

Y paseando y reencontrándonos el sol casi ha comenzado a ocultarse, y hemos puesto rumbo al Templo de Debod, el mejor lugar que se me ocurre para ver una puesta de sol en el centro de Madrid. Nos sentamos sobre uno de los muretes de piedra, mi espalda apoyada sobre el pecho de Bruno y sus manos rodeando mi cintura, mientras el cielo se va prendiendo en llamas sobre nuestras cabezas.

—Es precioso —murmuro sin ser capaz de apartar los ojos de tanta belleza—. Me alegra que hayas venido.

Bruno deja un beso suave en mi sien.

—Yo también me alegro de estar aquí.

Volvemos al hotel abrazados, con mi cabeza apoyada en su hombro. Y esta vez cuando entramos en la habitación no hay dudas ni esperas. Solo un deseo denso que carga el ambiente de la habitación. Bruno se acerca a mí por la espalda y me quita la cazadora. Luego me besa en el cuello y desliza sus manos por la piel desnuda de mis brazos.

—Estás helada.

Lo miro por encima del hombro, me da un beso breve en los labios y me agarra de la mano.

—Vamos.

Me dejo llevar hasta el cuarto de baño con las ganas a flor de piel. Cuando se para frente a mí, después de encender la ducha y comienza a desnudarme, el corazón ya golpea como un loco en mi pecho y tengo que coger dos veces aire antes de que mis manos temblorosas sean capaces de imitarlo y deshacerse de su ropa.

Desnudos, entrelazamos nuestros dedos y nos metemos dentro de la ducha. El agua templada se desliza por mi cuerpo y los ojos de Bruno dibujan el mismo camino. Y después de los ojos le siguen las manos que se rozan mis hombros, mis pechos, mi vientre, mis caderas, hasta perderse en mi sexo. Mientras me acarician, su mirada se pierde en la mía. El placer crece y mi boca busca la suya. Nos besamos con necesidad, con pasión y cuando el orgasmo estalla en mi interior son sus labios los que acogen mis gemidos.

—Te adoro —dice en mi boca—. Me quedaría para siempre así contigo. —Me abraza y siento una opresión en el pecho.

Sin separarnos, casi ni para secarnos, nos tumbamos en la cama. Bruno se acomoda encima de mí y nos miramos a los ojos. Entonces sí, damos salida a todo lo que llevamos guardando durante estas semanas. Y se vuelve mágico y lento e intenso, es placer, pero es mucho más. Me da

miedo llamarlo hacer el amor, sin embargo, se le parece demasiado.

El cuerpo de Bruno envuelve el mío cuando abro los ojos. Una luz grisácea se cuela a través de las cortinas, que anoche olvidamos correr, y pienso que las nubes hoy tampoco nos van a dar tregua. Como no tengo prisa por moverme de esta cama, me acurruco bajo las sábanas y dejo que me acunen el calor de su piel y su reparación tranquila.

«Me quedaría para siempre así contigo». Sus palabras todavía suenan en mi mente. Suspiro y una sonrisa teñida de melancolía se dibuja en mis labios. Y es que no puedo dejar de darle vueltas a la idea de que esto que estamos disfrutando es efímero y que en unas horas volveremos a encontrarnos cada uno en una parte del mapa.

—Puedo escuchar cómo piensas desde aquí. —Besa mi cabello y me gira para poder verme la cara—. ¿Qué pasa? Pareces triste.

—Nada.

Alza las cejas y me acaricia la frente, que se destensa ante su contacto.

—¿Cuál es el plan? —Me incorporo hasta quedar sentada—. Me refiero a nosotros, a partir de ahora.

Coge aire y se apoya contra el cabecero, a mi lado.

—Supongo que tomarlo con calma. Ir viendo.

—Podría ir yo el fin de semana que viene y tú venir el próximo.

—No lo sé, Eva.

—Esa respuesta no me vale.

—Ya te dije que no quiero dar nada por sentado.

—¿Pero tú quieres estar conmigo? Porque no lo parece.

—Claro que quiero estar contigo, no te estoy diciendo eso. Solo que nos tomemos nuestro tiempo para ver cómo va.

Tiro la sábana para atrás y me levanto.

—Sigue sin valerme. —Cierro la puerta del baño y el portazo que retumba en la habitación hace eco en mi pecho.

No sé el tiempo que paso debajo del agua de la ducha, pero cuando salgo tengo la piel blanda y arrugada. Bruno está sentado sobre la cama y cuando entro de nuevo en la habitación levanta la cabeza y me mira. Lo ignoro y comienzo a vestirme. Un segundo después noto sus brazos alrededor de mi cintura y sus labios sobre mi pelo.

—Lo siento.

—No, perdóname tú. —Me recuesto sobre su pecho y cierro los ojos—. Es que solo pensar que esta noche no estarás... ni mañana, que no podremos desayunar juntos... ni pasear. Que voy a echarme de menos en cuanto subas a ese tren y no sé cuándo volveremos a vernos...

—Lo sé, pero todavía nos quedan esas horas, no lo estropeemos. Y habrá más fines de semana y más viajes. Pero dejando que las cosas surjan por sí solas, sin imposiciones ni obligaciones.

Me gira y sus ojos buscan los míos.

—Vayamos despacio. No quiero estropearlo. Solo es eso.

Asiento y sus labios atrapan los míos en un beso dulce que se lleva lo que quedaba de mi enfado. Porque en el fondo tiene razón, qué sentido tiene alejarlo antes de que la distancia lo haga por sí sola.

Pasamos el resto del día abrazados por Madrid, como dos turistas más. Besándonos con ganas, acariciándonos sin importar el motivo, en definitiva, queriendo llevarnos todo lo posible del otro, aunque ninguno de los dos lo digamos.

La despedida en la estación es más de lo mismo y aunque sonrío, todo en mi interior grita: «Quédate». Por supuesto, sé que no es posible, así que me lo guardo para mí.

—Gracias por el fin de semana. Voy a echarte de menos. —Entrelaza sus dedos con los míos.

—Y yo a ti. —«Quédate».

Apoya su frente en la mía y suspiramos, antes de que nuestras bocas se fundan la una en la otra en un beso que dice mucho más de lo que hubiéramos querido.

—Te llamo cuando llegue.

—Sí. Buen viaje.

Bruno suspira y con una sonrisa resignada se inclina y roza mis labios una última vez. Luego se aparta y pone rumbo a la entrada a los andenes. Me quedo allí quieta, observándolo mientras se aleja y, con su tacto todavía en la boca, lo veo desaparecer escaleras abajo.

Recorro el trayecto de vuelta con un nudo de emociones en el pecho que no soy capaz de clasificar. Nada ha sido como esperaba en estos días y no solo por capricho de la ingeniería ferroviaria o por las condiciones meteorológicas. También lo he notado en Bruno y en mí, o en esas dos personas que me han parecido, a ratos, un reflejo difuminado de nosotros, más contenido. Y la idea de que quizás no seamos tan reales fuera de nuestra burbuja cuando la vida hace acto de presencia, anida en mi interior. Maldita distancia. Maldita vida. Malditas expectativas.

VEINTICUATRO

A veces somos nosotros los que invocamos a nuestros propios monstruos, los alimentamos a base de angustia y los mantenemos a nuestro lado, tan cerca, que nos impiden disfrutar de lo bueno que tenemos aquí y ahora, porque nos recuerdan de forma constante que lo que venga puede que no vaya a serlo tanto. Eso me ha sucedido a mí.

A medida que van pasando los días me voy convenciendo más de que todos tenían razón y yo era la que estaba equivocada. Queda más claro todavía si este fin de semana ha sido el baremo que nos indica cómo van a funcionar las cosas entre Bruno y yo a partir de ahora. Y eso se traduce en semanas de inquietud y ausencia, en decepciones, en discusiones que se quedan a medias y besos que no curan porque sabes que pronto faltarán y no se sienten igual en la distancia.

Y donde antes no lo encontraba, ahora siento vértigo al pensar en ligar mi felicidad de nuevo a otra persona, a una relación que tiene muchos elementos para ser un fracaso. No quiero sentirme insegura ni volver a ser una espectadora consciente mientras poco a poco nos vamos apagando para terminar dándonos cuenta, cuando el dolor sea inevitable, de que tanto esfuerzo no merecía la pena.

Así que utilizo de refugio la misma distancia que nos separa. Solo hemos hablado una vez por teléfono desde que dejé a Bruno en la estación, esa misma noche y la conversación fue breve:

—Hola, ¿estabas dormida?

—Casi —mentí—. ¿Ya has llegado?

—Sí, hace cinco minutos y ya te echo de menos.

«Y yo a ti, a nosotros».

—¿Qué tal el viaje?

—Bien. —El silencio inundó la línea unos segundos—. Suenas cansada. Mejor te dejo dormir. Hablamos mañana, niña. Buenas noches.

—Sí, mañana —mentí—. Buenas noches.

Y eso ha sido todo hasta hoy, cinco días después. Por eso no me sorprende cuando suena el teléfono y leo su nombre en la pantalla. A Bruno no le asustan las conversaciones incómodas, sin embargo, mientras escucho la melodía sonar una y otra vez yo barajo la posibilidad de no descolgar. Y llego a la conclusión de que no nos lo merecemos, el silencio por respuesta, que mi cobardía empañe lo bonito que hemos compartido.

—Hola.

—Hola. —Su voz grave y rotunda se me cuela por debajo de la piel y me abrazo a mí misma para contener el temblor que me recorre.

—Pensé que no me lo ibas a coger.

—Sí, bueno, perdona que no te haya llamado, pero he tenido una semana de locos.

Escucho su respiración sosegada desde el otro lado del teléfono.

—¿Es así cómo vamos a hacerlo, Eva?

Siempre tan directo, tan él. Siento un pinchazo en el pecho.

—No tienes por qué mentir ni evitarme. Solo háblame.

—Es que no sé qué decir. Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

—No es a ella a quien tienes que escuchar, ¿recuerdas? Siempre has podido ser sincera conmigo, ¿qué ha cambiado?

Mierda, todo. Todo ha cambiado.

—Supongo que tenías razón, todavía no estoy preparada. —La boca me amarga por la cobardía de usar sus palabras para protegerme, para no tener que exponer y desvelar mis miedos e inseguridades—. Necesito tiempo para mí.

—Es difícil rebatirte cuando usas mis propios argumentos.

Casi me dan ganas de reír. Bruno y su capacidad de leer en mí. Y digo «casi» porque la pena comienza a ocupar demasiado espacio en la habitación. Aunque sepa que es transitoria y evita un dolor mayor que si dejásemos que esto fuese más allá, me sorprende sentirla con tanta intensidad.

—¿No era eso lo que querías? Llevar razón.

—No creo que exista una cosa en la que más me hubiera gustado equivocarme.

—Tú me pediste que me fuera y ¿ahora te sorprende? —Endurezco un poco el tono. Estoy enfadada.

—Eva, ya mire hacia otro lado una vez, cuando Marta comenzó a ponerme excusas por miedo a decirme que mis planes no coincidían con los suyos, y mira cómo acabó. Aprendí por las malas que a veces dejar ir es la única forma de querer bien.

—Pero yo no soy ella. Yo estaba allí por mi propia voluntad.

—¿Lo estabas? Porque que yo recuerde llegaste aquí porque querías alejarte de Madrid y tus recuerdos.

—Eso fue al principio.

—Yo no te obligué a marcharte. Tú lo decidiste igual que ahora eliges no continuar con lo nuestro.

Sé que tiene razón, él solo puso las cartas sobre la mesa y yo hice el resto, porque era imposible, no puedes dejar tu vida en pausa y empezar una nueva sin que en algún momento reminiscencias de la primera vuelvan a buscarte.

—Es lo mejor —digo.

—Tengo que preguntártelo, aunque sea una sola vez. No me perdonaría no haberlo hecho. ¿Estás segura? ¿Es lo que quieres? ¿Lo que te piden la piel y el corazón?

La piel y el corazón. Si no los hubiese escuchado la primera vez no me encontraría aquí con un nudo en la garganta y la sensación de que un puño me va a partir el esternón.

—Sí, lo siento.

—¿Sabes? —Le escucho reír, pero no es una risa alegre—. En el fondo creo que pensé que nunca tendríamos esta conversación.

—Cuídate, Bruno. —No me siento capaz de mantenerme entera mucho más.

—Tú también. Y si alguna vez echas mucho de menos el mar ya sabes cuál es el mejor lugar para desprenderse de la morriña. Espero que encuentres tu camino.

La llamada se corta y todavía mantengo el teléfono pegado al oído unos segundos. Siento tal congoja que por un momento se me pasa por la cabeza la idea de que estoy cometiendo un error y que debería llamarlo para suplicarle que olvide todas las tonterías que le he dicho. Pero enseguida la destierro a un rincón. Es la decisión más inteligente. En unos días, cuando las emociones se enfríen, lo veré todo con más claridad. Me acurruco abrazada a la almohada sin poder contener ya las lágrimas que descienden por mis mejillas y rezo porque pasen pronto esos

días para que deje de doler.

VEINTICINCO

Después de la tormenta siempre llega la calma. Es un hecho irrefutable. Tras meses de idas y venidas, y de vivir en una montaña rusa emocional vuelvo a encontrarme en una zona tranquila. He retomado mis horarios de trabajo y mis rutinas: salgo a correr todas las mañanas, a tomar unas cañas los viernes, voy de tiendas, paseo por Madrid. Y esbozos de planes van asomando tímidos por el horizonte como el máster que voy a hacer después de verano.

Por supuesto, también continúo con mi, hasta ahora infructuosa, búsqueda de casa. He hecho dos visitas más y a pesar de que, en este caso, los pisos ya se podían incluir dentro de la categoría de habitables ninguno me ha encajado lo suficiente como para decidirme. Pero no pierdo la esperanza. La «asesora inmobiliaria» me ha llamado esta mañana y hemos concertado otra visita para el lunes y, con suerte, puede que con el próximo sienta el palpito, el que me indique que dentro de esas paredes puedo formar un hogar. En definitiva, todavía no tengo muy claro el camino, pero voy dando pasos y el ver que avanzo me concede cierta serenidad.

Miro el reloj y veo que hace más de veinte minutos que llamé para pedir la comida. Estoy sola, mis padres se han marchado fuera el fin de semana, y lo último que tengo son ganas de cocinar. Suspiro. La imagen de una cocina con una ventana que da al bosque aparece fugaz en mi mente. Siempre hay pequeños detalles que me lo traen de vuelta, porque si era con Bruno nunca me daba pereza meterme entre cacerolas. Aunque en nuestro caso, él hacía casi todo el trabajo y yo las veces de una especie de pinche que se dedicaba más a poner música y rellenar las copas que a cocinar.

Pensé que tras tres semanas lo sentiría como un recuerdo lejano, parte de otra vida, sin embargo, es raro el día que algo no me recuerda a él. Supongo que tu mente siempre vuelve a donde fuiste feliz.

Cojo el teléfono para llamar a la pizzería y cuando estoy a punto de marcar suena el timbre. Abro la puerta y me quedo clavada en el sitio.

—Pero ¿qué...?

—Creo que esto es para ti. —Olivia levanta la caja que sujeta en las manos y me sonrío pícaro desde el descansillo—. No sabes lo que me ha costado convencer al repartidor de que no me la iba a llevar.

Tiene que hacer equilibrios para que la *pizza* no termine en el suelo cuando caigo sobre ella y la abrazo hasta dejarla sin respiración.

—Ya veo que me has echado de menos —me dice cuando por fin nos separamos.

—Mucho.

Le cojo la caja y entramos directas al salón. Mientras Olivia se acomoda en uno de los sillones voy a la cocina a por dos platos y algo de beber.

—No me puedo creer que estés aquí. —Me siento en el sofá y la miro con una sonrisa que me ocupa toda la cara.

—Por fin vuelvo a tener ayuda en el horno y se me ocurrió que en mi primer día libre podía venir a verte.

—¿Hasta cuándo te quedas?

—Me marchó esta tarde.

Hago un mohín y Olivia se ríe.

—Creo que hacía un millón de años que no venía a Madrid. Casi me pierdo para encontrar la parada de taxis en la estación.

—No te preocupes, a la vuelta te acompaño. —Le tiendo un plato con un trozo de *pizza* y me sonrío agradecida.

Mientras comemos, noto que me observa.

—¿Qué?

—Estás guapa. Te sienta bien la capital.

—Sí, parece que todo va volviendo a su lugar.

—Eso he oído.

Dejo el plato y me acurruco en una esquina del sofá con un cojín contra el pecho.

—¿Quieres hablarlo?

—No. —Suspiro—. Era demasiado complicado. Ha sido la mejor decisión.

—¿Para quién, exactamente?

—Para los dos.

—¿Nena, estás segura? Porque lo que yo vi no era un capricho o algo pasajero.

La pregunta me quema en los labios y no soy capaz de contenerla.

—¿Cómo está?

—Como siempre. Ya sabes cómo es Bruno, puede ser muy hermético cuando quiere.

Siento un vacío conocido en el pecho.

—Oli, preferiría no hablar más del tema.

Me mira y suspira.

—Está bien. Pero que conste que creo que os equivocáis.

Olivia cumple su palabra y no volvemos a tocar el tema durante el resto de la comida. Cuando acabamos le pregunto si le apetece que salgamos a dar un paseo.

—Ya pensé que nunca me lo pedirías. ¿No creerías que he venido aquí solo a comer *pizza*?

Estallamos en carcajadas y cuando el aire regresa a nuestros pulmones. Olivia me atrae hacia sí y deja un beso en mi mejilla.

—Vamos, anda, enséñame tu Madrid.

Tomamos un chocolate en San Ginés, paseamos por la plaza Mayor y por Sol y terminamos de tiendas por Gran Vía. Y aunque no pierdo la sonrisa en toda la tarde, me queda una sensación rara cuando dejo a Olivia en la estación. Por una parte su visita me ha hecho profundamente feliz y, por otra, tenerla a mi lado de nuevo ha removido muchas emociones. Y no sé si es solo por la añoranza que ha despertado, pero un pensamiento recurrente desde que he vuelto suena hoy con más fuerza en mi cabeza: que los colores y sonidos de mi Madrid ya no me saben tanto a hogar.

—Es perfecto.

Miro a mi alrededor al salón pequeño, pero luminoso, al suelo de madera y el pequeño balcón, y por una vez estoy de acuerdo en la elección del adjetivo. Necesita un lavado de cara y algunos arreglos sin importancia, pero se acerca bastante a lo que estoy buscando.

—Me gusta, aunque querría pensármelo un par de días.

La mujer de la inmobiliaria me mira entre sus pestañas cargadas de rímel y chasquea suave la

lengua contra el paladar.

—Como quieras, bonita, solo ten en cuenta que un piso de este tipo y con este precio no dura mucho en el mercado. Tú has sido la primera visita, pero hay programadas más para los próximos días y no puedo asegurarte que vaya a seguir libre si tardas mucho.

—Lo entiendo, no se preocupe.

Me mira con cara de disgusto, pero como ya estoy acostumbrada, me limito a despedirme y la dejo rellenando el parte de la agencia.

El barrio es tranquilo, la típica zona de nueva construcción llena de parejas jóvenes, carritos de bebés y parques. Justo enfrente del portal hay uno. Como no me apetece irme a casa todavía, cruzo la carretera y dejo que mis pasos me guíen por un sendero hacia el interior.

Huele al verano que está a punto de llegar. Todavía es pronto, pero imagino que en unas horas el silencio se llenará de voces y risas de niños. Me siento en un banco frente a un pequeño lago y, mientras Zahara me susurra sentimientos en forma de canciones a través de los auriculares, pienso. En mí, en mi vida, mis sueños, mis metas... En por qué si se supone que estoy en el camino correcto, el que yo he elegido, tengo planes y sé quién soy más allá de otra persona que me defina no me siento tan feliz como hubiera imaginado.

Cierro los ojos y trato de imaginar mi futuro, no la consecuencia lógica del presente que vivo ahora, sino que dejo a mi mente volar libre y sueño.

Cuando los abro de nuevo, saco el teléfono y marco el teléfono de la agente inmobiliaria.

—¿Se ha marchado ya? —Escucho su respuesta y sonrío aliviada—. Subo en un momento.

Crecer también supone aprender a escucharse, tomar decisiones y arriesgar, aunque el resultado final no sea el que te hubiera gustado. En esos casos, supongo que solo queda ponerse en pie de nuevo, sacudirse el polvo y seguir adelante.

—¿Lo llevas todo?

—Eso creo, en el coche no cabe una caja más —bromeo con mi padre mientras mi madre me mira y trata de disimular la preocupación—. Y si me dejo algo, volveré a por ello, me voy aquí al lado, no a la otra parte del mundo.

—Podíamos haberte acompañado.

—Lo sé mamá, pero no hace falta. —Cojo sus manos entre las mías.

—No sé a qué viene tanta prisa en mudarte, podías haber esperado a que terminasen de pintar, al menos.

Le dedico una sonrisa tranquilizadora y la envuelvo entre mis brazos.

—Estaré bien.

—No es una niña, Marina. —Mi padre me da un beso y abraza a mi madre por los hombros.

—Bueno, pues creo que ya está. —Cierro el maletero y me giro hacia ellos—. Os llamo cuando llegue. Os quiero.

—Y nosotros a ti. Ve con cuidado.

—Lo haré. —Me recreo en un abrazo que alargo lo que puedo y me monto en el coche.

Madrid bulle de actividad, el buen tiempo ha llenado las calles de color y vida, y bajo la ventanilla para empaparme de ellos. Cuando entro en la M-30 la subo y me quedo a solas con mis pensamientos, y a mi lado en el asiento del copiloto, se han acomodado mis sueños. Los que me acompañan y llevo prendidos en el pecho desde que salí de aquel parque quince días atrás.

Y en ellos una casa. No muy grande, con los muros anchos y las paredes encaladas. Con un jardín en el que se mezclan árboles y arbustos, y una mesa en la que el sol me caliente por fuera mientras el café de la mañana lo hace por dentro. Una casa que tenga las contraventanas pintadas de color azul y que cuando las abra deje entrar el aire salado del mar. Una casa llena de libros, con un gato y en la que siempre suene música. Una casa que hable de mí.

Y un hombre. Un hombre con los ojos azules como el mar y una sonrisa que puede iluminar hasta el día más gris. Un hombre que deje besos con sabor a sal en mi espalda al amanecer. Un hombre que me haga sentir deseada y querida, que me rete y me saqué fuera de mi zona de confort. Un hombre con el que vivir y sentirme viva.

Cuando llego al pueblo la tarde está cayendo. Me quedo unos minutos dentro del coche con las ventanillas bajadas disfrutando del silencio, ese que tanto he echado de menos, y de la puesta de sol. Y también, no voy a engañarme, tratando de recuperar el valor que me ha ido abandonando a medida que la distancia disminuía. Observo la sólida estructura de piedra que se recorta contra los árboles y, a pesar de los nervios, sonrío. Me siento en casa.

Sopla una brisa suave que se cuele por el escote de mi blusa de cuello barco y me revuelve el pelo. Subo despacio los escalones de madera del porche que se quejan bajo mi peso. Todo lo que me rodea continúa igual. Parece que me hubiera encontrado ayer mismo frente a esta puerta. Sin embargo, no ha sido así. El tiempo ha pasado y no solo el tiempo, quizá nuestra oportunidad. Me digo que aquí parada nunca saldré de dudas, así que cojo aire, lo exhalo despacio y pulso el timbre.

—¿Eva?

Me muerdo los labios y esbozo una pequeña sonrisa nerviosa. Mis ojos recorren ávidos su rostro desde el pliegue que se le ha formado entre las cejas, al rictus tenso de sus labios. El corazón me palpita tan fuerte que no sé si voy a ser capaz de escuchar ni una sola palabra de todas las que tengo que decir.

—Hola, Bruno.

—¿Pero qué...? —Se pasa los dedos por el pelo—. ¿Qué haces tú aquí?

Alzo la palma de la mano para que no continúe.

—Mira, no sé muy bien cómo hacer esto, así que solo déjame hablar, por favor. —Cierro los ojos, respiro hondo y cuando los vuelvo a abrir busco los suyos—. Me equivoqué. Dicen que el ser humano es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra y yo no iba a ser menos. No es una excusa, sino la verdad. Tuve miedo. De no saber gestionarlo, de repetir errores. Me asusté de una distancia física, cuando la distancia real la puse yo en mi mente. Quise ser consciente de cada decisión y antepuse la cabeza al corazón. Te mentí para no exponer mis debilidades. Perdí mi norte. Y me olvidé de que el hogar no es un punto físico, una ciudad ni una casa, sino el lugar donde te sientas bien contigo mismo, sin necesidad de nada más. Y hoy por hoy este es mi hogar. Te quiero y tú eres mi hogar.

El corazón me late en la garganta. El silencio nos envuelve y Bruno me mira serio con esa intensidad que me traspasa hasta el alma.

—¿Y cuál es tu plan?

Me gustaría decirle algo contundente, que lo convenza de que sé lo que quiero y no soy una veleta que cambia de rumbo según venga el aire, pero no puedo. Lo cierto es que aparte de unos pequeños detalles fundamentales no he pensado en los demás. He comprendido que no resulta

indispensable tener un plan pormenorizado para no sentirse perdido. Basta con saber lo importante: qué te hace feliz. Y para mí eso se reduce en dos palabras: libertad y Bruno.

—He alquilado una casita a pocos kilómetros de la costa y no muy lejos del pueblo. No es muy grande y hay que reformarla, pero desde la ventana, a lo lejos, puedes ver el mar. —Hago un pausa—. Y respecto a nosotros... me gustaría que lo intentásemos. Porque lo que tuvimos fue real y merecemos la pena.

Me callo y lo miro. Su expresión me resulta indescifrable.

—¿Has terminado?

Asiento con los nervios a flor de piel.

—Vale. —Se gira y regresa al interior de la casa.

Me quedo mirando el espacio vacío con una opresión en el pecho y, tras unos segundos, pongo rumbo hacia las escaleras. Sabía que existía la posibilidad de que no saliera bien, no obstante eso no evita que duela igual. Cuando estoy a punto de bajar el primer escalón, escucho su voz.

—¿Dónde vas? —Bruno me observa divertido desde la puerta.

—A casa —digo confundida por su sonrisa.

Introduce las llaves en la cerradura, las gira y se las guarda en el bolsillo. Luego camina hacia mí y no se detiene hasta que su cuerpo se encuentra tan cerca del mío que puedo sentir su calor.

—¿Sola? —Sus manos rodean mi cintura—. ¿Creía que habías dicho que teníamos planes?

—Pero... yo... tú...

—Ya te dije una vez que yo no nos daba por perdidos. —Sus labios besan la punta de mi nariz y una sonrisa todavía tímida asoma a mi rostro—. Pero me parece que has cometido un error.

Lo miro con el ceño fruncido y él desliza sus dedos por mi frente destensando los pliegues.

—Tus planes se quedan muy cortos para lo que quiero.

—¿Y qué quieres?

—No me importa en qué casa sea, pero quiero dormir contigo cada noche y despertarme a tu lado por la mañana. Quiero que podamos hablar de cualquier cosa y que no nos guardemos nada. Que nos besemos tanto como podamos sin importar que no haya un motivo. Que nos digamos te quiero de todas las maneras posibles, incluso sin usar palabras de amor. Quiero estar contigo en cualquier lugar o manera, porque tú también eres mi hogar. Solo tenía que saber que era de verdad lo que deseabas.

Sus manos acunan mi rostro y nos fundimos en un beso que borra el regusto amargo de las últimas semanas y sabe a ilusión, a complicidad y a todo lo bueno que le pido ahora mismo a la vida. Con sus labios a centímetros de los míos me mira a los ojos y sonrío.

—Se me ha olvidado una cosa. Quiero hacerte el amor, ahora. Tu casa puede esperar porque la nuestra te ha echado de menos.

EPÍLOGO

Una brisa suave con ligero olor a mar entra por la ventana entreabierta. Bruno me besa suave el hombro desnudo y luego el lóbulo de la oreja.

—Quédate un rato más —murmura.

Me giro perezosa entre las sábanas y admiro su cuerpo desnudo mientras se viste con un pantalón suelto de algodón y una camiseta.

—Si me sigues mirando así voy a llegar tarde. —Sonríe y sus labios se posan sobre los míos.

Me acomodo mejor en la almohada y mis ojos lo siguen hasta que sale de la habitación. Prince sube de un salto a la cama y se acurruca en mi regazo. Un minuto después los acordes de *Is this love* de Whitesnake mezclados con los familiares sonidos de platos y tazas me llegan desde el salón. Suspiro y cierro los ojos de nuevo sintiéndome feliz y en calma. Nunca habría imaginado un año atrás que me sentiría tan plena con tan poco. O quizá, debería decir con tanto. Porque lo que para unos puede parecer mediocre o insignificante para otros significa felicidad en estado puro. Y mi felicidad se traduce en ser libre para tomar decisiones; y eso... mi trabajo, mi vida y mi pareja me lo proporcionan a diario. Claro, que no todo ha sido un cuento de hadas, también ha habido discusiones y desencuentros. Pero incluso con ellos, no hubiera cambiado estos doce meses por nada.

—¿Qué piensas? —Bruno deja una taza de café en la mesilla de noche y se sienta en la cama. Sus dedos se pierden en mi pelo.

En otra época quizás hubiera contestado a esa pregunta con un «nada», pero eso ha cambiado. No tengo miedo de compartir mis inquietudes o deseos por tontos que parezcan.

—Que no cambiaría esto por ninguna otra cosa. Simplemente es... perfecto.

Bruno sonrío y deja un beso en la punta de mi nariz.

—Ya te lo recordaré cuando tengamos que ponernos a lijar el suelo de la terraza.

Llevamos cuatro meses viviendo en esta casa y todavía queda mucho trabajo por hacer, pero no nos importa. No tenemos prisa. No sabemos si será nuestro lugar definitivo o si las circunstancias cambiarán en algún momento, como cuando decidimos alquilar la casa del pueblo y mudarnos aquí para estar más cerca del mar. Tampoco nos lo planteamos porque tenemos claro que el hogar se encuentra allí donde esté quien te hace feliz.

—Eso no cambia las cosas. Todo tiene su lado menos bonito. Son dos caras de la misma moneda. Como esta casa, como la vida, como nosotros. Somos perfectos en nuestra imperfección.

FIN

Agradecimientos

Escribir es mi pasión y con cada nueva historia que acabo esta afirmación cobra más fuerza. Pero incluso las cosas que apasionan requieren de esfuerzo y tiempo para llevarlas a cabo, y en el transcurso de los meses hay días buenos y otros que no lo son tanto. Es por eso que en cada libro siempre dedico unas palabras para agradecer a quienes están a mi lado durante el proceso y tras él, y lo hacen posible. Así que, vamos allá:

En primer lugar a Julio y Diego, y al resto de mi familia y amigos, por apoyarme, animarme y creer en mí.

A mi editorial, Ediciones Kiwi, por su confianza, cariño y todo los demás (gracias, Teresa).

Y por último, que no menos importante, a ti lector, que le has dado vida a esta historia. Lo digo siempre, pero sin tu confianza no serían más que palabras sobre un papel.